

HISTORIA

TODO ES

registra la memoria nacional

LOS SALDOS
DE LA

CONQUISTA

COLUMNISTAS

EL REDESCUBRIMIENTO
FALLIDO

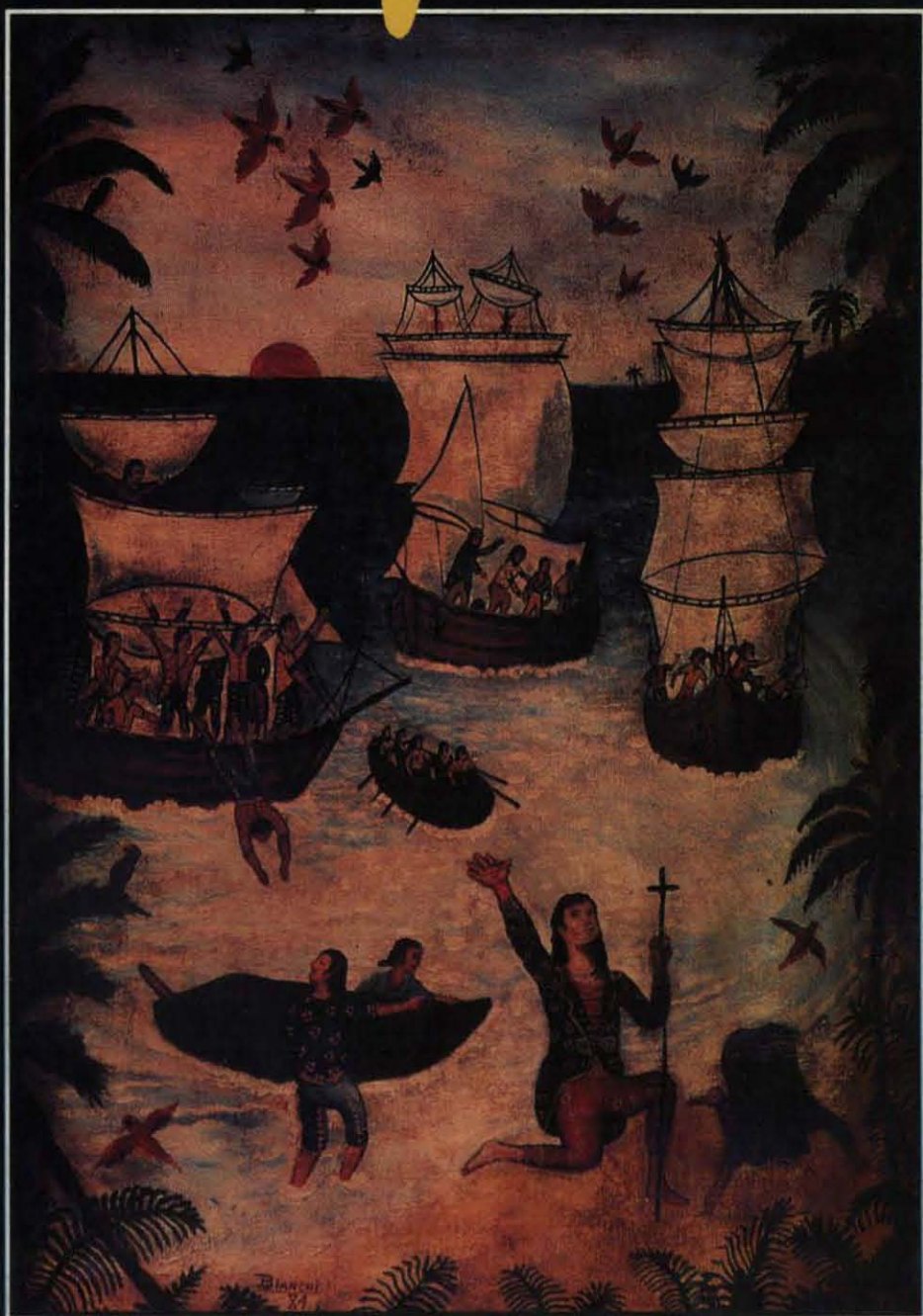
R. Terragno

CIUDADANIA PARA
EL ALMIRANTE

G. Peyrú

NUEVO LOOK
DEL DESCUBRIMIENTO

H. de Dios





Calidad firmada al pie.

Bata, la empresa de calzados más importante del mundo llegó a la Argentina, con un nuevo concepto en calzado: calidad y servicio. En los Centros Bata. Atendidos por verdaderos profesionales.

Para que cada uno de los miembros de la familia encuentre el calzado ideal. Cómodo, de moderno diseño y alta calidad.

Ahora la familia argentina ya puede poner un pie en Bata.

Centros Bata en la Argentina: Santa Fe y Callao, Capital Federal. Alvear 100, Martínez. Av. Paraná 3745, Local 3182, (Unicenter), Martínez. 9 de Julio 37, Locales 11 y 13, (Paseo de la Oriental), Córdoba. San Martín 915, Rosario. Junín 1372, Corrientes.

Gatic s.a.



AÑO XXVI
Octubre de 1992

«Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir...»

CERVANTES, *Quijote*, LIX

EDITOR
EMILIO PERINA

DIRECTOR
FELIX LUNA

SUBDIRECTORA
MARIA SAENZ QUESADA

SECRETARIO DE REDACCION
GREGORIO CARO FIGUEROA

COORDINACION EDITORIAL
CORRECCION
SERGIO RICARDO FA

ARTE Y DIAGRAMACION
LUCY VIOLINI

COLABORAN EN ESTA EDICION

EDUARDO A. CRIVELLI MONTERO
PEDRO NAVARRO FLORIA
HUGO BIAGINI
DANIEL E. LARRIGUETA
LUCIA GALVEZ
GABRIEL RIBAS
LEON POMER
IGNACIO PALACIOS VIDELA

DIRECTORA ADMINISTRATIVA
MARTHA DE GRAZIA

DIRECTORA COMERCIAL
MARTHA S. EGGERS

ARCHIVO
FELICITAS LUNA

HISTORIA

Todo es Historia, número 303, octubre de 1992.
Director: Félix Luna. Redacción y Administración:
Viamonte 773, 3° piso. Teléfonos: 322-4703/4803/
4903. Inscripción en la Dirección Nacional de
Derechos de Autor con el número 331.987. Miembro
de la Asociación Argentina de Editores de Revistas.
Distribuidor en Capital Federal: Antonio Rubbo,
Garay 4228, Buenos Aires; distribuidor en el interior
y exterior: SADYE S.A.C.I., Belgrano 335, Buenos
Aires. Impresión y encuadernación: Sociedad
Impresora Americana S.A.I.C., Lavardén 153/57
(1437) Capital Federal.

EDITORIAL

En octubre del año pasado TODO ES HISTORIA dedicó un número monográfico al quinto centenario del descubrimiento de América. Situados ahora en plena conmemoración, consagramos esta entrega a inventariar los saldos de la conquista. Si los balances históricos son empresa ardua, éste de la conquista de América parece imposible. Desde hace una década, la polémica histórica ha rodeado de una fuerte carga de pasiones y razones la recordación de los cinco siglos de la llegada de Colón a América. Desde la negación misma del episodio que señaló el comienzo de la universalización de las relaciones entre los hombres, a la valoración negativa absoluta, o a una también absoluta idealización, la tinta que corrió puede colmar un océano.

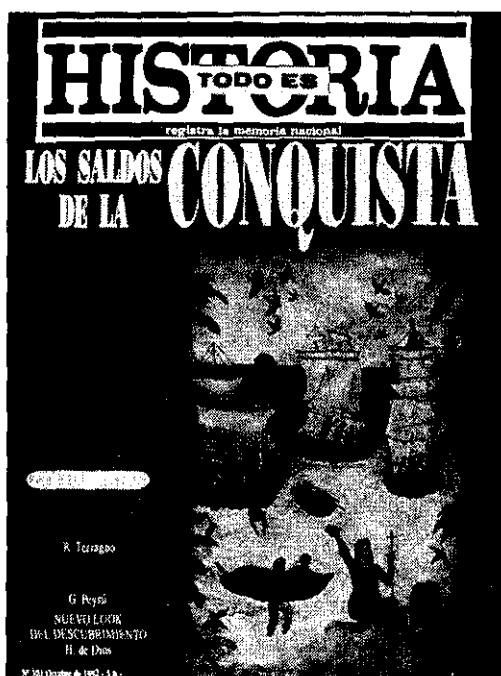
La producción historiográfica multiplicó en cantidad y calidad los conocimientos sobre la empresa colombina y la personalidad de Colón, extendiéndolos también al mundo material, de ideas y creencias, que fue testigo y cómplice de su hazaña. Hace un siglo, la glorificación del navegante genovés acaparó el afán de historiadores y ensayistas. Aunque las apologías fueron más que las críticas, como se sostiene en este número, asomó entonces el cuestionamiento que alcanza ahora su máxima extensión e intensidad. Toda polémica puede ser positiva en la medida en que supere los términos antagónicos originarios.

Si se hace del debate histórico una pesada ancla lanzada al fondo de unas estancadas aguas, el afán crítico se desvirtúa. Deja de tener la fuerza de la innovación, y se detiene en un circular empeño por perpetuar el pasado, escapar de las responsabilidades del presente y rehuir los desafíos del futuro. Entre la condena en bloque y la idealización de la conquista, se abre un amplio espacio para explorar la verdad. Mirar hacia atrás sirve en la medida en que permita a los hombres saltar hacia adelante, reduciendo los inevitables errores y evitando que esos saltos se den en el vacío de la desmemoria. El inmovilismo tradicionalista que ahora una España uniforme e intolerante, y el inmovilismo indigenista que prefiere ignorar el fabuloso proceso de mestizaje biológico y cultural acontecido en tierras americanas, prefieren disputar en un pasado superado.

Al cabo de la polémica, los conocimientos históricos se han ampliado y, más allá de la intensidad de la controversia, el tiempo mostrará que se han decantado. Cuando podamos aligerarnos de ese cargamento de prejuicios, de condenas y absoluciones, podremos transitar mejor por el presente, podremos adivinar mejor el futuro. Los artículos aquí reunidos conforman una síntesis de cuestiones, personajes y opiniones. Constituyen un pequeño inventario de la conquista, un conjunto de visiones cuya única uniformidad es el afán por internarse en ese «mar tenebroso» de la duda para poder pisar alguna vez una tierra más firme y más común.

EL EDITOR

SUMARIO



Pintura al óleo *La llegada de Colón*, según la visión *naïf* del artista boliviano Bianchi. La obra está fechada en 1984, y pertenece a una colección privada argentina.

«LOS PRIMEROS ENCUENTROS»

página
8

El encuentro entre indios y europeos no fue entre iguales. Tampoco arrojó resultados parejos para unos y otros. Los americanos resignaron su cultura, perdieron sus creencias, fueron despojados de sus tierras. EDUARDO CRIVELLI MONTERO estudia la situación del encuentro o choque en el actual territorio argentino.

«EL APOORTE INDIGENA A LA COCINA UNIVERSAL»

página
36

Lo que España encontró en América era otro mundo dentro de un mundo incompleto: otros pueblos, otras plantas, otros animales y otras costumbres. La fuerza de la realidad pudo más que los prejuicios, y esas dos realidades se mezclaron: el mestizaje fue total. MARÍA SÁENZ QUESADA estudia el producido en las comidas por el intercambio de ingredientes y gustos.

«LAS CAMPAÑAS AL DESIERTO COMENZARON EN 1492»

página
46

Las políticas de discriminación y aniquilamiento de los indios no terminaron en 1825, junto al fin del dominio español en América. Los grupos dirigentes de credo liberal y republicano dieron continuidad a esas políticas. PEDRO NAVARRO FLORIA demuestra que los proyectos de «conquista del desierto», atribuidos a los hombres de 1880, salieron de las experiencias iniciadas en la región cien años antes, y de la conquista comenzada en América en 1492.

«CELEBRACIONES ARGENTINAS DEL CUARTO CENTENARIO»

página
60

¿Cómo se recordó en la Argentina el cuarto centenario? Aquel 12 de octubre coincidió con la transmisión del mando presidencial de Pellegrini a Sáenz Peña. Sin embargo, durante meses, el país asistió a una especie de «epifanía cívica», al decir de HUGO BIAGINI, autor de la nota. Loas a Colón de parte

de tradicionalistas y liberales, y críticas de los sectores radicalizados, ponen telón de fondo a los festejos.

«FRANCISCO DE TOLEDO, PRINCIPE DE INDIAS»

Criado en casa de Carlos V, colaborador de Felipe II, Francisco de Toledo llegó al Perú ostentando su título de virrey. Imbuido del espíritu de la época, Toledo llega a regenerar el Perú, doblegar las rebeliones y organizar las minas de Huancavélica y Potosí. DANIEL LARRIQUETA hace de él una impecable semblanza.

página
70

«EL TATA VASCO Y SU UTOPIA AMERICANA»

Vasco de Quiroga, oidor de la segunda Audiencia de Nueva España, creó una institución americana inspirada en la célebre *Utopía* de Tomás Moro: los pueblos-hospitales fundados en México. LUCÍA GÁLVEZ nos presenta a este original funcionario de Indias.

página
76

«QUINIENTOS AÑOS, ENFOQUE DIDACTICO»

El profesor GABRIEL RIBAS, experimentado docente de historia, preparó este trabajo como una contribución al tratamiento del quinto centenario en las aulas del nivel secundario.

página
76

«VISIONES AMERICANAS»

América reabre las ilusiones de encontrar un mundo mejor. Las profecías son interpretadas a la luz del descubrimiento. La Europa angustiada del 1500 busca un paraíso que puede estar en las nuevas tierras. LEÓN POMER recorre esas visiones donde el futuro estaba llamado a encontrar en el Nuevo Mundo su hogar privilegiado.

página
86

OCTUBRE 1992

Número **303**

Y ADEMÁS:

«América 92, paseo por la historia»

página 31 _____

«Los Pioneros»

página 52 _____

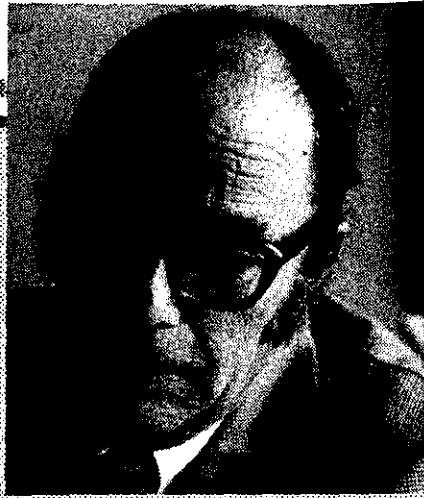
«Notistoria»

página 96 _____

«Lectores Amigos»

página 98 _____

HISTORIA
TODO ES



Félix Luna

CERRANDO EL CUMPLESIGLOS

El año pasado el mundo se indigestó de Mozart; este año estuvo indigestado de Colón. Y está bien que haya sido así. El mundo hispánico tiene derecho a conmemorar el acontecimiento que incluyó a América en el sistema planetario, y España tiene más derecho que cualquiera a hacer del aniversario un festejo. Esta edición de *TODO ES HISTORIA* alberga la intención de señalar algunos saldos del quinto centenario y agregar algunos elementos de juicio a un tema que, por vasto, parece casi infinito.

Pero lo que me interesa destacar en estas líneas es la polémica que acompañó desde el principio los diversos eventos que se fueron montando en España y América con motivo del cumpleaños de la hazaña de Colón. Fue y sigue siendo una polémica donde se cuestiona el papel de España en la conquista y poblamiento del nuevo continente, donde se marca el carácter genocida que supuestamente habría tenido este proceso, y se subraya la grandeza y refinamiento de las civilizaciones indígenas que fueron destruidas por los conquistadores. En esta discusión, por momentos amarga, han intervenido pocos historiadores: en general, quienes han tomado la bandera de la reivindicación americanista son artistas, intelectuales, gente que se siente representante de etnias indí-

genas. Por su parte, los hispanistas surgieron de las filas universitarias, periodísticas y académicas de la península y de América.

¿Por qué los historiadores han participado poco de esta discusión? Por una razón muy sencilla: porque no les interesa. Los juicios de valor sobre procesos, momentos, fenómenos y personajes históricos están fuera del área de los que hacen de la historia una profesión. Ellos no están para condenar o absolver, no son ni pretenden ser jueces. Su oficio reside en su capacidad de comprensión de los hechos históricos. Esto es lo que la sociedad espera de nosotros: que entendamos lo que ocurrió en el pasado. Y un poco más también: que proyectemos esta comprensión al mundo de hoy, como un aporte más a su manejo racional. La manida frase de Benedetto Croce sigue teniendo vigencia, pues el historiador no ejerce gratuitamente su disciplina: pretende que tenga alguna relación con su tiempo, que contribuya a su comprensión.

En este sentido es totalmente inútil y estéril una discusión cuyos fundamentos se enraizan en la subjetividad de cada cual. Hay personas que, por distintos motivos, tienen una especial simpatía por los pueblos y las expresiones culturales prehispánicas;

sienten que la invasión española frustró altas civilizaciones y sometió a millones de seres humanos a una virtual esclavitud. Reiteramos: tienen todo el derecho de hacerlo y más allá de sus exageraciones, su lucha nos resulta simpática. Entonces salen al ruedo aquellos que tienen hacia España una especial devoción, y hablan de la significación del descubrimiento, el poblamiento y la colonización de América como una gesta llena de aspectos positivos. También esta actitud de fidelidad a la Madre Patria presenta aspectos loables. Pero en tanto historiador, nada de eso me importa.

Me importa, en cambio, la oportunidad del quinto centenario para reflexionar mejor sobre lo que es América y lo que le dio España, bueno o malo, en los siglos de su hegemonía. Me importa esa confluencia que operó en el campo de la raza, la lengua, las artes, las creencias religiosas, las formas políticas, cuya sumatoria es la América de hoy. *Confluencia*: no encuentro, como se suele decir con cierta hipocresía. Pues lo que ocurrió a partir de 1492 no fue un encuentro, palabra que da idea de aproximación casual y amistosa: fue un choque, un conflicto, seguido por ese descomunal fenómeno de confluencia. En mi concepción, la confluencia es algo que define dos realidades diferentes, cada una de las cuales va marchando por su lado hasta que de pronto se alimentan mutuamente para crear algo distinto, diferente a la que ambas habían sido: un Paraná y un Uruguay que hacen su propio itinerario hasta que dan vida a algo tan poco igual a ellos como el estuario del Plata.

Esta confluencia es lo fascinante del proceso iniciado en 1492 y lo que, a mi juicio, ha merecido la mayor atención de los historiadores en este año del quinto centenario. Los congresos, jornadas y seminarios que se han realizado y todavía se realizarán, las conferencias y cursos, las ediciones de fuentes, los artículos periodísticos o académicos, cuando se hizo a nivel de historiadores, versaron básicamente sobre la confluencia, porque los profesionales de la historia advierten que este fenómeno es el fundamental. Más aún, creo que lo que espera la sociedad de sus historiadores es precisamente esto: la captura de fenómenos del pasado que le permita entenderse mejor. Cuando Crivelli Montero cuenta que los indios chaqueños y pampeanos eran pedigüños, y esto molestaba mucho a los misioneros jesuitas, pero agrega que también lo eran con sus propios caciques, quienes si no satisfacían las exigencias de los suyos perdían autoridad, ¿no me está explicando el clientelismo de las políticas de ciertas provincias? Cuando Tandeter cuenta el sistema de trabajo en las minas de Potosí y la curiosa modalidad de permitir su libre saqueo en los fines de semana, ¿no está presentando una forma más de la explotación y dilapidación

de las riquezas del continente, que aún continúa?

A veces no tenemos una conciencia clara de la importancia de las continuidades históricas. Como vivimos solamente nuestro tiempo biológico, el peso del pasado se nos escapa; y como nosotros, los argentinos, vivimos en un país que carece de testimonios significativos del pretérito, tanto el prehispánico como el colonial, tendemos a percibirnos como una comunidad casi sin raíces, nacida milagrosamente desde la Revolución de Mayo y organizada a mediados del siglo pasado. Y sin embargo, la historia está detrás de nosotros y se hace presente a cada momento de mil maneras: desde las modalidades idiomáticas hasta la gastronomía, desde las creencias y prejuicios hasta las formas institucionales. Si no entendemos el origen y la evolución de los elementos que conforman nuestra tipicidad, difícilmente podremos entender la realidad que nos circunda, esa circunstancia que, para bien o para mal, es la nuestra, forma parte de nosotros mismos.

Este es el entendimiento que obliga al historiador a no participar en las querellas fáciles y apasionadas que pretenden sentenciar lo bueno y lo malo del pasado. Tratamos de no entrar en este envite porque nos parece estéril, inútil y hasta infantil. La historia nos ha creado, nos ha dado nuestro perfil, y tenemos que asumirla en sus aspectos positivos y negativos porque no puede ser de otro modo. Nuestra función es, entonces, hacer el esfuerzo intelectual necesario para meternos en el tiempo y en el mundo de ideas de la época que estudiamos para disponer del máximo de comprensión de la misma. Y esto no quiere decir que debamos prescindir de nuestra tabla de valores, de nuestras concepciones éticas; lo que debemos echar a un lado, eso sí, es la tentación de incurrir en anacronismos, evaluar el pasado con los criterios y las normas del presente.

El saldo del año del quinto centenario es muy grande. Para muchos, este saldo tiene signo comercial o de *show*, lo cual es perfectamente legítimo. Para nosotros, los historiadores, ha sido una buena oportunidad para repensar procesos que han confluído directamente en la vida de los pueblos latinoamericanos y, en especial, de nuestra propia sociedad argentina. La polémica seguirá interminablemente, porque todos pueden juzgar el pasado según su parecer o sentir. A los historiadores, en cambio, lo que nos corresponde es aprovechar todo lo que se ha hecho este año en la procura de un mejor conocimiento de los sucesos que conformaron los procesos de conquista, poblamiento y colonización, a fin de que no se nos escape ningún elemento de comprensión importante, ningún aporte o sugerencia que puedan ser válidos para echar luz sobre esos fenómenos y, con ese resplandor, iluminar mejor nuestro tiempo de hoy.



Grabado de la obra de Ulrico Schmidt.

LOS PRIMEROS ENCUENTROS

Según Ricardo Rojas, el prurito argentino de ser una «nación exclusivamente blanca» llevó a que se eliminaran los indios hasta de los censos. La discriminación, que recrudeció hacia 1880, reconoce sus orígenes en la implantación del sistema colonial que descalificó y consideró ilegítimas las formas de vida americanas. Los indios no tenían religiones sino «supersticiones»; no tenían lenguas sino «dialectos»; sus tradiciones eran «inferiores», y ellos mismos eran «bárbaros» anónimos. Semejante visión justificó la extirpación de creencias, la sustitución de lenguas y tradiciones, y hasta la aniquilación de pueblos enteros.

EDUARDO A. CRIVELLI MONTERO

«[...] gente guerrera, astuta e yndimoniada, que peleaban bestialmente por defender su tierra queriendo echar della a los españoles hiriéndolos de heridas mortales y matando y despedaçando a algunos de ellos [...].»

Información levantada por Francisco Abad, Santiago del Estero, 1585.

¿Podemos conocer las actitudes de los indígenas del actual territorio argentino en los primeros contactos con los europeos? Podemos, al menos, intentarlo, aunque no conviene hacerse demasiadas esperanzas, porque la documentación es desesperantemente mezquina. Ninguna de las culturas nativas conocía la escritura, de manera que no hubo testimonios directos, y sus tradiciones orales no fueron oportunamente recogidas. Los escritos de los españoles son, según las suertes, de autoexaltación o de autojustificación (mucho de lo que creemos saber se ha tomado de las probanzas de méritos); a lo sumo, y como difuso telón de fondo, nos presentan un hato de bárbaros anónimos que se resisten sin causa al justo yugo que se ha venido a imponerles por el bien de sus almas.

Hasta no hace mucho, esto resultaba suficiente para nuestra historiografía. Tanto los estudiosos como sus lectores eran de procedencia europea; unos y otros se encuadraban, con buena conciencia, en el europeísmo y, más precisamente, en el hispanismo, una postura que no duda de la superioridad de la civilización ibérica respecto de la indígena y toma partido en cuestiones sobrenaturales, que —claro— no resuelve de manera documental sino costumbrista (por ejemplo, los monoteísmos son más recomendables que los politeísmos). El hispanismo encuentra legítima la conquista (que llama «Conquista») y la celebra como un avance de la humanidad, de la que al parecer América no formaba parte. Califica de *abuso* a la *violencia*, con lo que resulta cuestión de accidente y no de esencia. Minimiza como *dialectos* las lenguas indígenas y como *supersticiones* las religiones autóctonas, lo que, siendo técnicamente erróneo, es además indiferente para quienes no hablan araucano ni creen en Pillán. Confía en la *misión histórica* de España (defendida con argumentos metahistóricos) como otros en el Destino Manifiesto; pero, paradójicamente, no es quijotesco, porque se desentiende de los que han llevado la peor parte.

Por supuesto, no han faltado entre nosotros posiciones hispanóforas: a Groussac, por ejemplo, le exasperaba la falta de claridad cartesiana de los peninsulares; pero tampoco la esperaba entre los autóctonos. La razón venía siempre del occidente europeo.

En contraste, el quinto centenario encuentra, en Iberoamérica y aun en la Argentina que había sido

fiel a Europa hasta el colaboracionismo—, un avance de la postura indigenista, que valoriza las trayectorias de las culturas americanas autóctonas (me refiero a la historia social, no a la institucional, que no se aventura más allá del derecho romano). Como en cualquier historiografía, en la indigenista pesa tanto el pasado como el presente: denuncia directamente las atrocidades de la ocupación, y oblicuamente el infortunio que recorre las naciones al sur del Río Grande, prueba a la vez del fracaso del proyecto español. En esta perspectiva, el recuerdo no es una celebración.

Presentación de los redimidos

Jefe indígena del Río de la Plata. La escasa población aborigen y su rudimentaria economía retrasaron la implantación del sistema español en el área rioplatense. Grabado de Thevet, siglo XVI.

América no fue descubierta en 1492, sino muchos años antes (acaso 40.000) por cazadores asiáticos que atravesaron la lengua de tierra, hoy sumergida, que unía Siberia y Alaska. El actual territorio argentino ya estaba poblado hace 12.000 años.



Cuando la invasión europea cortó los hilos de sus respectivas historias, nuestras culturas autóctonas tenían distinto grado de complejidad, explicable por la diversidad ambiental y la interacción con las poblaciones vecinas. Fue un corte al sesgo de distintas formas de organización social. La Patagonia, las pampas y el Chaco eran recorridos por bandas que cazaban, pescaban y recolectaban, una forma de vida apropiadora y no productiva que exigía movilidad y mucha tierra para poca gente. En el noroeste (Córdoba y Santiago del Estero incluidos), en cambio, la agricultura, alguna ganadería y los algarrobales sostenían una vida sedentaria y aldeana. Por último, los guaraníes habían extendido el modelo amazónico de horticultura, pesca, caza y recolección al bosque en galería de los valles del Paraná y del Uruguay.

No hay que suponer que este cuadro era estático. En su expansión hacia el sur, los guaraníes ya habían alcanzado el Río de la Plata, y tal vez estuvieran avanzando hacia el oeste remontando el Pilcomayo. Al parecer, en el norte de la provincia de Buenos Aires, poco poblado, los asentamientos de los cazadores-pescadores se iban haciendo cada vez más numerosos. Los agricultores iban colonizando lentamente el occidente chaqueño. En la segunda mitad del siglo xv, el imperio incaico había englobado las áreas montañosas desde Jujuy hasta Mendoza, alterando la estratificación social, desplazando poblaciones e intensificando la producción minera.

El noroeste: encomiendas y rebeliones

El noroeste era la región del actual territorio argentino que más interés tenía para el español. La población, relativamente densa, era agrícola y pastoril, sedentaria en su mayoría, y producía excedentes económicos en el marco de sociedades en las que había nítidas jerarquías sociales. La conquista incaica había establecido ciertas condiciones que beneficiarían a España: intensificación de la metalurgia del bronce y de metales preciosos, y, por lo tanto, mejor conocimiento de las fuentes del mineral, traza de caminos y construcción de instalaciones que alcanzaban las minas, imposición de un sistema tributario regular e introducción del quechua como lengua general y, consiguientemente, como instrumento de unificación. Los españoles no privaron totalmente de su poder a los curacas (caciques o señores); sosteniéndolos, perpetuaban el sistema tributario que los

El guanaco y la llama aliviaban el peso de la carga de los indígenas, y proporcionaban carne y vestimenta. El aporte del mular multiplicará luego la capacidad de carga, mejorando el intercambio.



incas habían establecido en favor del Estado y evitaban la desarticulación de un orden jerárquico al que la población estaba habituada. Asimismo, los caminos incaicos les allanaron la entrada a los puntos neurálgicos del mundo andino.

Por el contrario, es posible que otros rasgos de la dominación incaica hayan ido contra los intereses peninsulares: según Rodolfo Raffino, donde el imperio del Cuzco había sentado precedentes de unificación, la resistencia fue más intensa, como veremos que sucedió en el Valle Calchaquí, en Hualfin y en Humahuaca. El considerable acatamiento de que gozaban los curacas de estos distritos lleva a pensar en la existencia de verdaderos señoríos, es decir, de

unidades políticas relativamente complejas, que abarcaban a algunos miles de individuos y que eran gobernadas por linajes de alto prestigio. Otros investigadores (como Ana María Lorandi), sin embargo, no reconocen un nivel tan alto de integración. Señalan que un jefe no tenía autoridad sobre más de una docena de pueblos, que las alianzas políticas se debatían en juntas o parlamentos, y que debían ser ratificadas cada vez que se presentase una nueva ocasión. Y en efecto, Sotelo y Narváez había observado que los diaguitas, «aunque tienen caciques y es gente que los respetan, son behetrías», es decir, se daban sus propias autoridades, no las recibían de poder central alguno. El padre Barzana coincide, cuando informa a su provincial que «toda esta tierra no ha tenido cabeza general en ningún tiempo, como la tuvieron los reinos del Perú. Cada pueblo tenía su principal y cabeza por sucesión, a quien obedecían».

que los diaguitas, «aunque tienen caciques y es gente que los respetan, son behetrías», es decir, se daban sus propias autoridades, no las recibían de poder central alguno. El padre Barzana coincide, cuando informa a su provincial que «toda esta tierra no ha tenido cabeza general en ningún tiempo, como la tuvieron los reinos del Perú. Cada pueblo tenía su principal y cabeza por sucesión, a quien obedecían».

Los primeros alzamientos

Las parcialidades del noroeste no reaccionaron inmediatamente y en bloque ante la invasión española. Es cierto que en 1536 los indios de Humahuaca resistieron la entrada de las tropas de Almagro, pero es sintomático que los documentos aclaren que sus enemigos jurados eran los yanaconas cuzqueños que venían de refuerzo. Si las relaciones exteriores estaban en los curacas principales, lo que es una posibilidad y no una certeza, es lógico que la primera actitud fuera quedar a la expectativa. En marcado contraste, veremos que las comunidades más simples reaccionaron de inmediato. Es posible también que en el noroeste sólo se viera en la conquista, en un primer momento, un cambio de amo. La realidad les mostró que sus nuevos señores, a diferencia de los

incas, no reconocían obligaciones de reciprocidad y que impugnaban los valores mismos sobre los que se fundaba la vida social.

La resistencia más firme fue la de los Valles Calchaquíes. En un marco de resentimiento indígena por el rigor del sistema colonial, el gobierno de Chile nombró nuevo gobernador de la provincia del Tucumán, considerándola su dependencia. Los indios encontraron vejatoria la política del gobernador designado, Gregorio de Castañeda, y amenazante la sujeción a Chile, porque «la cordillera es tan fría que no se pasa sino tres meses en el año y como los que van a Chile llevan consigo indios, mueren cuantos pasan, y por este miedo [...] se han alzado [...]».

Esta reacción fue la primera rebelión de los diaguitas (1560-1563), encabezada por Juan Calchaquí, cacique de Tolombón, que era tenido por «huaca», es decir, por persona sagrada. Tres recientes fundaciones destinadas a proteger a Santiago del Estero en caso de rebelión indígena, Londres, Cañete y Córdoba del Calchaquí (respectivamente en las actuales provincias de Catamarca, Tucumán y Salta), fueron destruidas, convirtiéndose Santiago del Estero en lugar de refugio. Habiendo cundido la alarma hasta el Alto Perú, la Audiencia de Charcas envió fuerzas de auxilio, que no impidieron que la rebelión siguiera su curso. La guerra volvió a poner en vigencia algunas antiguas prácticas, como la de ofrecer al sol la cabeza del enemigo muerto. Pero también se innovó: para contrarrestar la caballería española, los indígenas cavaban hoyos en los que colocaban estacas aguzadas. Los indígenas recuperaron el control de muchos valles, agregaron a sus explotaciones el trigo y la cebada; contaban además con «ganados de Castilla, de los que tomaron a los españoles cuando los mataron [durante el alzamiento calchaquí] e hicieron despoblar», y se fueron haciendo jinetes. La rebelión del Valle Calchaquí resultó difícil de sofocar, pero pudo ser circunscripta, fundándose un cinturón de ciudades (Córdoba, entre ellas) para proteger la ruta hacia el Atlántico, objetivo principal del virrey de Lima.

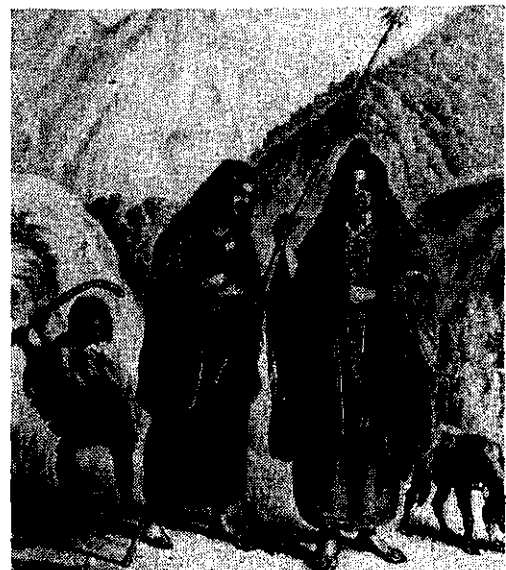
En 1588-1589, el gobernador Ramírez de Velasco recorrió el Valle Calchaquí con 100 españoles bien armados y, como aliados, 600 indios flecheros, en una campaña «de conquista y persuasión» (LEVILLIER), forzando a las poblaciones a acordar la paz. Llevó a Santiago del Estero al hijo del por entonces difunto Juan Calchaquí, con el objeto de adoctrinarlo y educarlo a la manera española. El jesuita Alonso Barzana, conocedor de varias lenguas indígenas y «vicario de campo» de esa expedición, debe de haber sido un auxiliar valioso en las negociaciones. Con todo, «recién a mediados del siglo XVII comenzó [en el Valle Calchaquí] el período colonial propiamente dicho con la instalación permanente de religiosos, la construcción de templos y pueblos de

españoles y el reparto efectivo de tierras y encomiendas» (TARRAGÓ).

La fundación de San Salvador de Jujuy (1593) fue el antecedente de la rebelión de Viltipoco, curaca de Purmamarca, en la región de Humahuaca. Se le unieron unos diez mil indios. El alzamiento cortó la comunicación con el Perú y aun se temió que los andinos se aliaran con los chiriguano (grupos guaraníes que habían alcanzado, por el Pilcomayo, los contrafuertes andinos). Pero Viltipoco fue atrapado y murió en prisión.

En general, las políticas de los indígenas del noroeste fueron oscilantes: diversas parcialidades se unieron a los españoles, los dejaron o los combatieron según percibían las relaciones de poder. Fue precisamente la fragmentación política la mayor debilidad de estas poblaciones. Como en tantos otros casos, una expansión imperial —la incaica— había suspendido, pero no erradicado, los crónicos conflictos entre entidades políticas que se consideraban autónomas. Maniobrando con habilidad, era posible ganarse la colaboración de una parcialidad contra otra con la que la primera tuviera agravios pendientes. Los pulares, por ejemplo, indígenas próximos a la moderna ciudad de Salta, actuaron reiteradamente como auxiliares de los españoles. En una conquista, que es a corto o a largo plazo una operación militar, una de las armas más eficaces es la unidad de acción, y aunque los conquistadores ejemplifican mejor la codicia divisionista que el acatamiento al rey, la norma metropolitana acababa por hacerse sentir. Los sólidos Estados nacionales surgidos en Europa a fines de la Edad Media no tenían paralelo en la América del siglo XVI, ni siquiera en los confines del imperio incaico. Aquí habían prevalecido las autonomías regionales. Sin embargo, sería la nostalgia del Inca lo que apuntalaría las futuras rebeliones: la de mediados del siglo XVII, en la que estuvo comprometido el aventurero andaluz Pedro Bohórquez, y las adhesiones de Túpac Amaru a fines del siglo siguiente.

La presencia e influencia de los araucanos se hizo sentir en el sur del actual territorio argentino. Guerreros indomables, practicaron juegos como éste que recogió el jesuita padre Ovalle.



El servicio personal en la encomienda

El sistema colonial se materializó en América por medio de la encomienda. La teoría es bien conocida: en muchos casos, los conquistadores habían invertido su propia hacienda para asegurar el poder español en América. En compensación, la corona les otorgaba mercedes de tierras. La mano de obra para explotarla se reclutaba compulsivamente entre los indígenas: un grupo de ellos, o un cacique con sus parciales, quedaba asignado a un español, el encomendero, que debía pagarles jornal, alimentarlos, vestirlos, protegerlos y darles doctrina cristiana. A su vez, cobraba el tributo que los naturales, como vasallos de la corona, debían pagar.

En los hechos, la encomienda encubría una relación servil, de trabajo forzado. A los indios en nada les iba el nuevo sistema impuesto por las armas; consiguientemente, eran tenidos por holgazanes y obligados a esfuerzos adicionales, incomprensibles en la concepción precapitalista de su propia sociedad. El trabajo que debían cumplir se apartaba totalmente de las prácticas tradicionales, se los obligaba a modificar su sistema de asentamiento (por ejemplo, concentrándolos cuando el poblamiento era disperso) y, siendo producción para un mercado, no se beneficiaban de ella sino ínfimamente. Las presuntas ventajas espirituales no podían percibirse en esta vida. Generalmente, no se les pagaba el jornal a que eran legalmente acreedores. Se violó por mucho tiempo la prohibición de sacarlos de sus tierras para obligarlos al servicio personal en las haciendas de los españoles. Los encomenderos solían prolongar las concesiones más allá de los plazos legales. Sea que se les impugne en sí misma (en una perspectiva indigenista o libertaria), sea que se deploren sus abusos (como hacen los autores hispanistas), la encomienda fue un grave detrimento para la libertad personal. Esta era una aspiración mal vista por las monarquías europeas, más preocupadas por entonces por el Estado que por el súbdito; pero era un valor explícito y sustancial en las sociedades tribales.

Las explotaciones coloniales del noroeste argentino, normalmente, no generaban utilidades que colmaran las aspiraciones del encomendero. La región no tenía abundancia de metales preciosos del Perú o de Potosí, y su potencial agropecuario era limitado. Alfonso Abad traza —no desinteresadamente— un cuadro penoso de Santiago del Estero. Fue conquistada «comiendo cigarras y langostas, hierbas, raíces, cardones, pieles de animales y otras cosas silvestres, muriendo de hambre y sed, vistiendo de cueros de venado crudos y [de] otras ramas y hierbas, padeciendo mucho cansancio, derramando mucha sangre a costa

Una población relativamente densa y sedentaria, que cultivaba la tierra, hacía intercambios, reconocía un sistema de autoridad, hicieron atractivas a las regiones del actual noroeste argentino.

de las vidas de muchos conquistadores y soldados [...]. Hallaron indios «pobres desventurados» (lo serían más en el futuro), «que no tenían con qué cubrir sus carnes sino en [...] plumas de avestruces [...]». Hacían guerra a los españoles cada día, «hasta que el excesivo castigo que recibieron los sujetó y amedrentó en tanto grado que el día de hoy están [...] quietos y en servidumbre [...]». Agrega que «al principio se padeció de [falta de] sacramentos, porque dos sacerdotes que con el dicho general [Juan Núñez de Prado] habían venido se fueron al Pirú viendo la pobreza de la tierra; y que los dichos conquistadores, para haberla de poblar, se vestían de cueros y sacaban una cabuya a la manera de esparto de unos cordones y espinos a puro trabajo de manos, de que hilándolo hacían camisas que podían servir de cilicio [...]». No pudiendo tasar a los indios afectados a las actividades que generaban ganancias tenidas por insuficientes, los encomenderos solicitaron la legalización del servicio personal, para que trabajasen en las haciendas de españoles. Ahora bien, los indígenas sometidos a este servicio (yanaconas) quedaban desarraigados de su comunidad de origen; a su vez, ésta encontraba agravada su situación impositiva, porque



debía satisfacer el tributo cada vez con menos miembros. Para librarse de esta creciente opresión, era común que los indígenas huyeran. En 1594, el P. Alonso Barzana denunciaba a su provincial la mengua de población de Santiago del Estero y Esteco «por la grande opresión con que son fatigados los indios». Las ordenanzas de Alfaro (1612) reiteraron la prohibición del servicio personal, por los abusos que acarrearba; pero pusieron en peligro la economía colonial y pronto fueron letra muerta.

Otro exceso manifiesto era la extracción de indígenas del Tucumán con destino a las explotaciones mineras de Chile y de Potosí. El gobernador Ramírez de Velasco (en ejercicio entre 1583 y 1590) trató de impedir, con éxito relativo, la saca de indios de sus territorios. Para esta época, los encomenderos solicitaban la importación de negros, porque los naturales se iban acabando. La escasez de mano de obra y la demanda de carne del Alto Perú motivó la preferencia por las explotaciones ganaderas sobre las agrícolas, especialmente en Santiago del Estero y partes de Catamarca y La Rioja.

La extirpación de las prácticas religiosas tradicionales

En ninguna de las sociedades del actual territorio argentino, ni aun en las del noroeste, que eran las más complejas, había un sacerdocio propiamente dicho. Por eso eran «idólatras de idolatrías no intrincadas», según decía Sotelo de Narváez de los de Santiago del Estero. En cambio, en todas existían terapeutas tradicionales, que eran *shamanes* (médicos brujos). Considerados discípulos del Maligno por los españoles, fueron tratados en consecuencia. Incluso para el jesuita Barzana, un hombre ilustrado, los ritos autóctonos eran cosa del demonio. El gobernador Ramírez de Velasco (1583-1590), que trató de impedir la desnaturalización de los indígenas y de construir atahonas de caballos para librarlos de las pesadas tareas de molienda, estimó al mismo tiempo que la eliminación de los médicos nativos era parte de su obligación, y varios fueron quemados por su orden. Ningún documento refleja el desamparo que debe de haber provocado la eliminación violenta de quienes protegían, siquiera místicamente, de enemigos y de enfermedades.

Otro ejemplo de los procedimientos coloniales en materia de religión es la erradicación, por el P. Diego de Torres, en 1612, de un «mochadero» (adoratorio)

muy adornado; entre los objetos cúlticos había muchas varillas emplumadas y pequeños ídolos; aquéllas fueron quemadas, y los ídolos, quitados. Así se fue perdiendo, sin registro, la vida espiritual de los indígenas del noroeste.

Córdoba: disciplinados en la guerra y barbados

Para los españoles, Córdoba evocaba las tierras de Castilla; la declararon «muy sana, porque los tiempos son muy buenos, y sus tiempos de invierno y verano, como en España». Había buenas pasturas, madera abundante, agua para el regadío y para molinos, y campos de pan llevar. Con la fundación de la ciudad de Córdoba (1573), el virreinato del Perú daba un paso hacia el Atlántico. Este cúmulo de circunstancias explica el concentrado esfuerzo por reducir a los naturales de las sierras de Córdoba, los comechingones, que no habían estado sometidos a los incas. Su marcada belicosidad ha dejado buen registro en los documentos, comenzando por su nombre. Gerónimo de Bibar, en su crónica de 1558, sostiene que «comechingón» significaba, en la lengua de la región, «muera» o «matar», es decir, no era un nombre étnico sino un grito de guerra. También fue motivo de sorpresa (y de preocupación) la disciplina que guardaban en el combate, formando escuadrones nutridos y compactos, divididos en cuatro partes o cuadrillas. Hay referencias a escuadrones formados por 500 guerreros, aunque parece una cifra exagerada. Como era general entre los indígenas, se valían frecuentemente de la sorpresa, a menudo nocturna y dirigida a puntos mal guardados. Traían «lumbre muy escondida», con la que incendiaban las chozas de los cristianos.

Para debilitar la resistencia de los comechingones, en algún caso los españoles interrumpieron la sucesión hereditaria a los cacicazgos colocando hombres dóciles o adictos. A fines del siglo XVI, estos indios ya estaban «sujetos a la ciudad de Córdoba», aunque «sirven cuando quieren» (LIZARRAGA).

Según el P. Barzana, existían en Córdoba ocho o nueve lenguas distintas, lo que era un obstáculo para la evangelización. Además, los comechingones mostraron poco interés en la prédica de los misioneros; era necesario «colmarlos de regalos, a fin de que se dignasen escuchar, y después hablarlos por medio de intérpretes, a causa de los distintos idiomas que usaban», recordaría tiempo después el padre Techo. Algunas prácticas prehispánicas persistían aún en el siglo XVII, más o menos secretamente, pese a la prohibición española. Una de ellas, que tenía parale-

los en otras etnias, era una ceremonia de pubertad femenina, es decir, un rito de iniciación o de pasaje, que celebraba la primera menstruación. Se hacían cortes en la piel de la joven para sacarle sangre, que se utilizaba en las danzas. Asimismo, se presentaba algún espíritu —identificado por las fuentes con el demonio—, con el que se dialogaba.¹ Otro ritual, de significado más oscuro, tenía lugar en el monte, tal vez en un cercado *ad hoc* en el que se colocaban figuras de animales. En torno de una india cubierta sólo por una piel de tigre, participantes de uno y otro sexo danzaban «cantando al uso antiguo y llamando al demonio». Como era habitual en los rituales americanos, había una gran borrachera. Estas ceremonias apenas quedaron documentadas, y sólo al efecto de erradicarlas.

La responsabilidad de hacer llover, que de antiguo estaba en cabeza de los *shamanes*, fue pasando de mano: el padre Lizárraga encontró en la ciudad de Córdoba, a fines del siglo XVI, a un franciscano que era «gran conjurador de nublados». Sacerdotes cristianos y médicos brujos coincidían en las mismas responsabilidades; eran, por lo tanto, profesionales en competencia.

Valles de Cuyo: los infortunios de la virtud

La vecindad de Chile condicionó fuertemente las características de la conquista de esta región, que había sido el límite sur del imperio incaico. La primera entrada española en Cuyo tuvo lugar en 1551, cuando el muy activo Francisco de Villagra —que regresaba del Perú con refuerzos para enfrentar la resistencia araucana— hizo un reconocimiento de la vertiente oriental andina, cumpliendo órdenes expresadas del gobernador de Chile, Pedro de Valdivia. Encontró que los naturales de Cuyo, los huarpes, eran «indios de pocos bríos, [...] muy quitados de cosas de guerra» (MARIÑO DE LOVERA) y «amigos de estarse en casa» (SUÁREZ DE FIGUEROA). En suma, no ofrecieron resistencia a la primera instalación española y se dejaron sujetar tanto al servicio personal como al tributo, que les fue impuesto de inmediato. En general, aprendieron rápidamente la lengua española.

Esta actitud complaciente o resignada ejemplifica bien los infortunios de la virtud: las encomiendas cuyanas estaban en manos de poderosos personajes trasandinos, residentes en Santiago o en La Serena, que necesitaban mano de obra para sus explotaciones agrícolas y mineras de Chile. La demanda de las minas era especialmente insaciable, porque literalmente devoraba la mano de obra. Con argumentos inverosímiles se comenzó a trasladar a los huarpes a

territorio chileno, violando las leyes vigentes, que disponían que los indígenas servirían en sus propias tierras y que el encomendero debía residir en las que había recibido como merced. Una presentación hecha por encomenderos de San Juan afirmaba que el camino entre esa ciudad y La Serena (que, obviamente, comprendía el cruce de la Cordillera) era corto, bueno y podía recorrerse todo el año.

Para evitar las fugas durante el viaje, los aborígenes eran dispuestos en largas hileras, asegurados de las muñecas con sogas, como si fuesen esclavos o presidiarios. De morir alguno en el trayecto, se cortaba el brazo y se abandonaba el cuerpo, para no tener que reordenar la caravana. Las cartas anuas testimonian que más de un millar de personas (incluidos mujeres y niños) eran trasladadas anualmente, casi desnudas, y que no recibían doctrina cristiana. Muchos de los que huían en invierno hacia sus lugares de origen morían helados en la cordillera. Las lagunas de Guanacache y los montes se convirtieron en lugares de refugio para quienes escapaban de lo que una carta anua de 1609 llama «diabólico servicio».

También los naturales que habían quedado sin encomendero por haberse cumplido el término de adjudicación de la encomienda eran enviados a Chile, a título de indios de mita. Normalmente, no se les daba la paga que les correspondía. En uno y otro caso, la desnaturalización, que debía ser por un lapso determinado, se hacía permanente.

Se levantaron protestas, sobre todo de religiosos, contra esta situación, no sólo porque era de manifiesta injusticia, sino porque las ciudades cuyanas se iban despoblando y los vecinos no encontraban mano de obra. En carta a Felipe II, en 1602, el obispo de Santiago de Chile confesaba, con «grandísimo cargo de conciencia», que los repartimientos que habían tenido doscientos o trescientos indios contaban por entonces con sólo veinte o treinta. Uco y otros valles antiguamente muy poblados se veían yermos, expresa una carta anua de 1613. Desde comienzos del siglo XVII, la situación de la ciudad de Mendoza resultó especialmente difícil, ya que a la despoblación se agregaba la carga de sostener a las tropas españolas que, desembarcadas en Buenos Aires, cruzaban a Chile para participar en las guerras contra los araucanos. Mientras permanecían a la espera de la apertura de la cordillera, debían ser mantenidas por

los vecinos. Esta situación parece haber cesado hacia 1630.

Una violencia apenas menor se ejerció sobre la organización social de los huarpes. Como en otras partes, los doctrineros la emprendieron contra la poliginia (es decir, la pluralidad de esposas), el sororato (posibilidad del varón de casarse con la o las hermanas de su mujer) y el levirato (obligación del esposo de tomar por esposa a la viuda de su hermano). Esta última práctica tenía un objetivo de seguridad social.





Indio charrúa, según dibujo del viajero Pernetty, del siglo XVIII. La versión atribuye a esta tribu el haber dado muerte y luego devorado a Solís y sus compañeros. Sin embargo, no comían carne humana.

Ya avanzado el proceso de colonización, hubo atisbos de resistencia huarpe, que tomó tres direcciones. En la primera mitad del siglo XVII, según el padre Rosales (a quien volveremos a encontrar más abajo), las minas cuyanas se habían abandonado porque los indios de la región «quieren antes morir peleando que cavando». Por entonces, según la misma fuente, la disminución de la población indígena era drástica (y en efecto, la nación huarpe dejó de ser una entidad real hacia mediados del siglo XVIII).

Otros actos hostiles de los últimos huarpes eran los pequeños robos y engaños a los españoles, que permitían mantener el estereotipo del indio ladrón. Se notará que quienes quedan institucionalmente privados de bienes que otros consumen con ostentación, tienden a robarlos. Finalmente, una forma pasiva de resistencia fue la persistente adhesión a sus creencias tradicionales. Ofrecían maíz y chicha a Hunuc-huar, un dios de las montañas andinas «al que respetan, aman y temen». Al parecer, también perduró el culto a los astros, al rayo y a los ríos. Las ceremonias mortuorias autóctonas siguieron aun entre los indígenas acristianados. Se proveía al muerto de alimentos y bebidas, y los que acudían al entierro bebían chicha, danzaban y batían tambores. Contra la enseñanza de los evangelizadores, continuaban las grandes borracheras multicomunales, de carácter ritual, en las ceremonias de iniciación masculina, que guardaban cierta semejanza con los ritos *selk'nam* (ona) de Tierra del Fuego. Un cacique invitaba a los indios de otros poblados a la celebración; al efecto, se construía una choza en la que los hombres bailaban y bebían tres o cuatro días sin dormir. Las mujeres estaban excluidas; su papel se limitaba a llevar bebidas alcohólicas a sus maridos, lo que, bajo amenaza

de muerte, debían hacer con la cabeza vuelta y los ojos cerrados. Un anciano rodeado de bailarines tocaba el tambor para convocar a un espíritu en forma de hombre, de zorro o de perro, que con grandes aullidos irrumpía en la ceremonia. Los padres le presentaban a sus hijos, a los que el espíritu hacía sangrar con sus garras (a semejanza de la ceremonia cordobesa de menarca referida más arriba). Fuera de esta ocasión, los jóvenes eran presentados a «ciertos viejos», que les levantaban la piel con las uñas y les rasgaban el cuero cabelludo con punzones, hasta hacerlos sangrar en abundancia; luego, les imponían largo ayuno, con el que se consideraba que los jóvenes se robustecían.

La evangelización de los huarpes ofrecía aún un obstáculo más: las mujeres eran delgadas, altas y de proporciones adecuadas al gusto europeo. «Traen los pechos de fuera —escribió Bibar en 1558—; son causa de que se estraguen los hombres [...]». Los jesuitas advertían a sus propios doctrineros que las huarpes podían provocar «distracción del espíritu y caídas miserables».

El Río de la Plata y el Litoral: el hambre y la consolación

La muerte de Solís, descubridor del Río de la Plata, es un primer ejemplo de mala fe por ambas partes, si hemos de creer a los documentos. Remontando la banda oriental del río en 1516, los navegantes notaron que muchos indios los observaban con señas y ofrecían hacer intercambios, poniendo sus productos en el suelo. Solís decidió desembarcar para saber más y, de paso, raptar algún natural para exhibir en España. Lo esperaba una emboscada en la que fue muerto con casi todos los que lo acompañaron a la costa. El grumete Francisco del Puerto salvó la vida y vivió algunos años entre los indios. De las muchas historias que pudo haber contado, los expedientes sólo registran que una década después informó a Caboto de las fabulosas riquezas de tierra adentro. Aquí se detenía el interés de los descubridores.

La versión de que Solís y sus compañeros fueron comidos no ha sido generalmente aceptada, máxime cuando los matadores parecen haber sido charrúas, que «no comen carne humana, manteniéndose de pescado y caza», según dejó asentado Diego García en su memoria de viaje (1527). Varias fuentes coinciden en el buen tratamiento que los charrúas daban a los cautivos, de los que, por otra parte, poco provecho económico podían sacar. La versión truculenta, útil para oponer salvajes y civilizados, debe

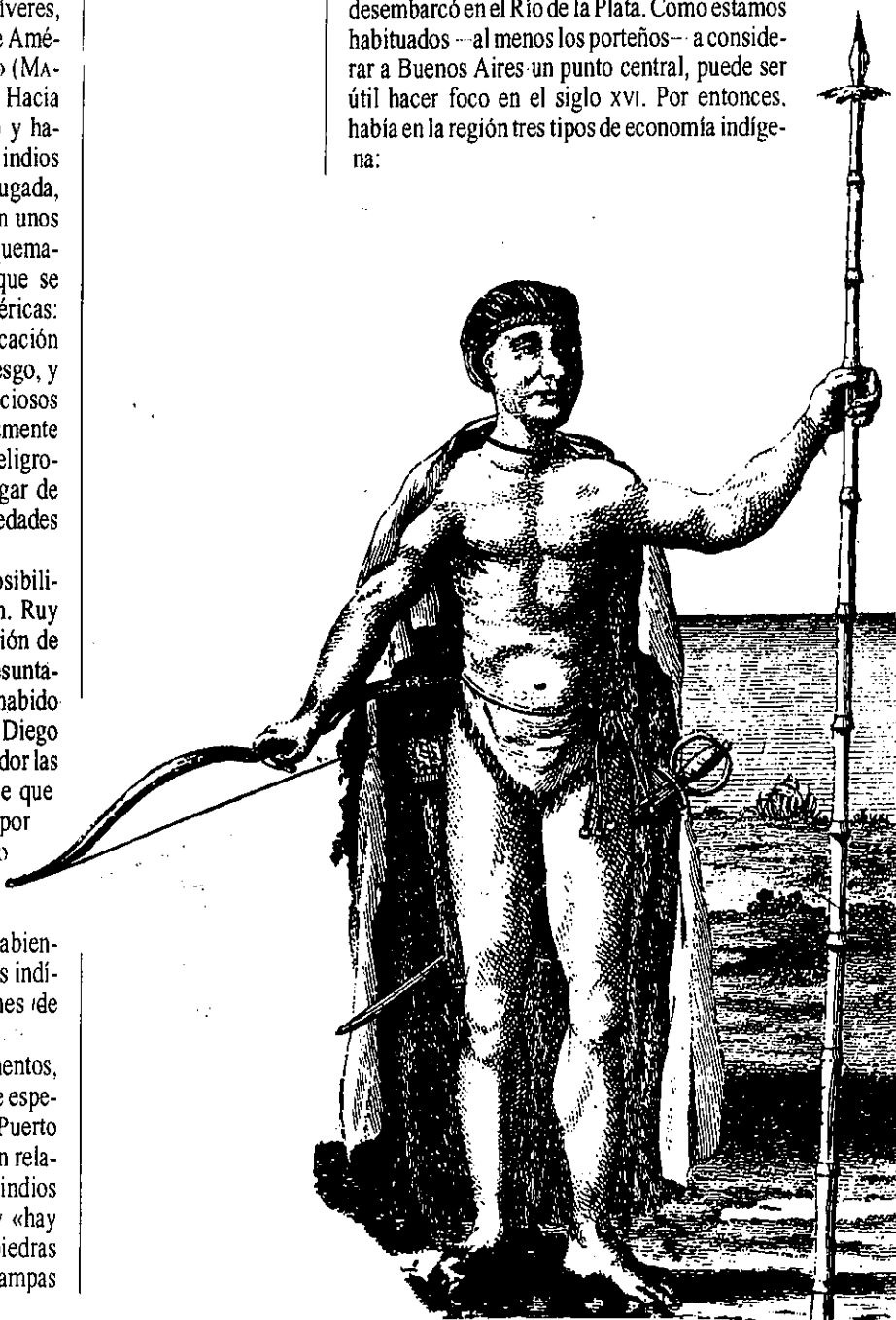
haberse inspirado en las prácticas antropofágicas de los tupinambás, reales y bien testimoniadas (por ejemplo, por el cautivo Hans Staden, en Brasil), pero excepcionales y rituales, y no cotidianas y alimentarias. Hay que hacer notar, además, que el canibalismo no ha sido característico de las sociedades más simples (cazadoras-recolectoras), sino de las medianamente complejas, sostenidas por el cultivo. El primer asentamiento español en la región —el fuerte de Sancti Spiritus, junto al Carcarañá (1527), erigido por Caboto— debe de haber tenido algún atractivo para los indígenas, en la primera hora, porque a cambio de alimentos podían obtener baratijas. Poco después, por temerse alguna iniciativa hostil, los naturales cercanos al establecimiento fueron muertos, sus casas, quemadas y sus víveres, apropiados. Este episodio fue «en esta parte de América, la primera y cruel destrucción de indios» (MADERO). Hubo asimismo escaramuzas menores. Hacia agosto/septiembre de 1528, faltando Caboto y habiendo cierto descuido en las guardias, los indios comarcanos atacaron Sancti Spiritus de madrugada, portando antorchas; en la operación murieron unos cuarenta españoles. El fuerte fue saqueado y quemado. Aunque las causas específicas del ataque se desconocen, es fácil imaginar las razones genéricas: para los indígenas locales, la sólida fortificación estaba resultando un factor permanente de riesgo, y sus ocupantes, obsesionados por metales preciosos que faltaban por completo en la región y eficazmente armados, debían de parecer locos extraños y peligrosos. Además, atesoraban las riquezas, en lugar de distribuirlas, como se esperaba en esas sociedades indígenas.

Siempre en este plano conjetural, cabe una posibilidad más, que los documentos no contemplan. Ruy Díaz de Guzmán hizo del ataque una operación de captura de Lucía Miranda, mujer española presuntamente residente en el fuerte. Pero no habría habido mujeres en las expediciones de Caboto y Diego García; al menos, las instrucciones del emperador las vedaban. En estas condiciones, es imaginable que los españoles se interesasen crecientemente por las indígenas. Estas podían obtenerse como esposas pagando un precio, pero si las cosas no se hacían así, había agravio ético y patrimonial. Podemos dibujar una contraleyenda: habiendo tomado los españoles por la fuerza mujeres indígenas, Sancti Spiritus fue atacado con fines de venganza y resarcimiento.

En este punto conviene tornar a los documentos, donde nos espera otra digresión, esta vez sobre espejismos. No sólo el cautivo Francisco del Puerto alimentó la imaginación de los navegantes con relatos de oro y plata. Diego García recogió de los indios del Paraná la versión de que en el Paraguay «hay mucho oro y plata y grandes riquezas y piedras [preciosas]». Los querandíes (indios de las pampas

del norte de Buenos Aires y del sur de Santa Fe) dieron a los hombres de Caboto «muy buena relación de la Sierra [de la Plata] y del Rey Blanco [...]», según escribió trabajosamente Luis Ramírez en 1528. Cabe preguntarse cómo se obtuvo de los indígenas rioplatenses, materialmente muy pobres, tal cantidad de referencias sobre metales preciosos, que por faltar en sus tierras sólo podían obtener en pequeñas cantidades por intercambio, y en qué medida era un discurso autista de los exploradores europeos. Estos espejismos del Perú lejano legaron a una cubeta de limo el improbable topónimo de *Río de la Plata*, del que, como es sabido, deriva el de *República Argentina*.

En 1536, la gran expedición de Pedro de Mendoza desembarcó en el Río de la Plata. Como estamos habituados —al menos los porteños— a considerar a Buenos Aires un punto central, puede ser útil hacer foco en el siglo XVI. Por entonces, había en la región tres tipos de economía indígena:



1. Hasta el Río de la Plata alcanzaba el bosque en galería del Paraná, y del Uruguay, y, consiguientemente, la horticultura de tipo amazónico de los guaraníes, aunque debilitada por los inviernos rigurosos.

2. Buenos Aires marcaba también el límite sur de la movilidad canoera y de la pesca muy productiva en los ríos troncales y correntosos, base, por ejemplo, de la subsistencia de los timbúes, «señores de mucho pescado» (ISABEL DE GUEVARA).

3. En las pampas del sur, el guanaco había provisto hasta esa época carne y vestimenta; pero no existía de este lado del río Salado. El venado lo reemplazaba sólo a medias, porque es más chico, no tiene piel lanuda y los machos exhalan un olor almizclado que se percibe de lejos y contamina la carne.

Ahora bien, ninguna de estas tres formas económicas autóctonas resultaba óptima en la zona de la fundación, que era, por lo tanto, un área marginal. Para subsistir, los querandíes debían echar mano a una amplia gama de recursos, ninguno especialmente productivo: caza mayor y menor, pesca costera y recolección, recorriendo estacionalmente un territorio más extenso.

Las relaciones entre los querandíes y los fundadores de la primera Buenos Aires describieron la característica curva de amistad, crisis y choque. En las dos primeras semanas, los indios llevaron alimento a los europeos (¡que no eran menos de ochocientos!), un esfuerzo considerable para una economía que desconocía la agricultura. Nuestro mejor testigo, Schmidl, no menciona que hayan recibido por ello compensación alguna, aunque es probable que al desembarcar se les haya hecho algunos regalos. Tal vez los conquistadores se considerasen acreedores a estas atenciones por simple sentimiento de superioridad. Pero en todas las sociedades americanas se esperaba alguna forma de reciprocidad, siquiera diferida, y el reconocimiento de la propiedad territorial.² Habiendo dejado de venir «solamente un día», don Pedro de Mendoza mandó a un alcalde con dos soldados para reclamar. Los enviados «se condujeron de tal modo, que los indios los molieron a palos y después los dejaron volver a nuestro campamento», relata Schmidl. El alcalde, humillado, insistió ante el adelantado para que se castigara a los querandíes. Don Pedro envió a su hermano a la cabeza de la infantería (los lansquenets entre los que marchaba Schmidl) y 30 jinetes bien armados. Los indios, que nuestro testigo exagera en 4.000, ya habían hecho huir a sus mujeres e hijos y «se defendieron de tal manera que nos dieron bastante que hacer». Las boleadoras resultaron eficaces contra la caballería, que fue rechazada, y «si no fuera por la infantería, que atrás venía, todos quedarán en el campo», recordaría otro protagonista, Francisco Villalta. En este combate —conocido como «de Corpus Christi» por haberse librado el 15 de junio de 1536— murieron don Diego de Mendoza y otros 34

europeos. Al cabo, los querandíes escaparon, dejando un modesto botín de cueros de nutria y de productos de la pesca. También quedaron algunas redes, con las que en los dos meses siguientes los europeos habrían de hacer su propia, laboriosa pesca a cuatro leguas (más de veinte kilómetros) de distancia de la ranchería de los españoles. Días después, los indios la sitiaron. Esta operación de resultado diferido poco se avenía con las tácticas de guerra de grupos nómades que, a esa altura del año, no podían tener muchas reservas de alimentos. Es posible que más que un asedio formal fuera una concentración de tribus aliadas contra los intrusos. Sólo duró unas tres semanas, pero bastó para llevar el hambre a Buenos Aires. Aunque racionados, los alimentos fueron insuficientes, «la gente no tenía que comer y se moría de hambre [...] los caballos no podían utilizarse [...] no bastaron ni ratas ni ratones, víboras ni otras sabandijas; hasta los zapatos y cueros, todo tuvo que ser comido» (SCHMIDL). Además, las primeras cosechas de maíz (cereal al que los europeos se habituaron rápidamente) fueron escasas, según declaró Francisco Ruiz Galán en 1538. Es bien conocido un macabro episodio de antropofagia: tres españoles fueron ahorcados por haber carneado clandestinamente un caballo; esa misma noche, sus cadáveres fueron parcialmente comidos por algunos de sus compañeros. «Vinieron los hombres en tanta flaqueza —recuerda Isabel de Guevara— que todos los trabajos cargaban las pobres mujeres ...[incluso] hacer centinela, rondar los fuegos, armar las ballestas [...], dar alarma por el campo a voces, sargenteando y poniendo en orden los soldados».

Mendoza envió una expedición Paraná arriba, «a buscar indios, para lograr alimentos y provisiones», fuera rescatando —es decir, por intercambio— o maloqueando —por asalto—. En este último caso, se saqueaban campamentos y se raptaban mujeres. Alertados, los indios huían a la vista de las embarcaciones, no sin antes quemar sus alimentos; «éste es su modo de hacer la guerra», explica Schmidl, que fue de la partida. El hambre seguía Paraná arriba, y cobró la mitad de los que fueron.

El fracaso de la ingente armada de don Pedro en el Río de la Plata tuvo, sin duda, muchas causas; una de ellas, haber querido proveerse de alimentos en tribus que apenas tenían excedentes, e intentarlo con prepotencia. De cualquier manera, la baja densidad demográfica de estos indígenas y su economía simplemente apropiadora hacían difícil la implantación del sistema español, que consistía en reducirlos a servidumbre y vivir parasitariamente de ellos. Una dificultad adicional para un entendimiento pacífico era la atomización sociopolítica de estas etnias. No tenían jefaturas de largo alcance; al contrario, estaban divididas en segmentos autónomos o bandas, cada una de las cuales se conducía con los extranjeros según sus propias decisiones. No llegaba a estable-

cerse una rutina: cada «rescate» (trueque) era una operación novedosa, cargada de incertidumbres. Este estado de cosas subyace a las instrucciones que hacia junio de 1541, al tiempo de despoblar la primera Buenos Aires, dio Irala, quien, como veremos, ya era baqueano en cuestiones interétnicas: con los guaraníes de las islas, los chanás y los querandíes, podían hacerse rescates o no, y como eran enemigos, se les podía «hacer todo el daño que [se] pudiere», abiertamente o bajo simulación de amistad, «porque así hacen ellos».

Por entonces, los europeos habían sentado reales junto al río Paraguay y fundado Asunción. Había población indígena numerosa, bien dispuesta y con excedentes de alimentos en un medio muy productivo, de manera que de simple apeadero en el camino a la Sierra de la Plata se tornó en asentamiento permanente. Schmidl enumera, con el entusiasmo de quien viene del hambre: maíz, batata, mandioca, pescado, ovejas de la tierra, casa...

Españoles y guaraníes se entendieron. Aliados, emprendieron guerras de exterminio o de saqueo contra tribus vecinas menos cooperativas. Los focos de alzamiento fueron reprimidos con dureza, y poco después quedaba establecido el Paraíso de Mahoma, horror de clérigos y consuelo de marinos. Los doctrineros mencionan la tenencia de ocho esposas por español como cosa frecuente, lo que revela, entre otras cosas, un eficaz sistema económico y la captura de mujeres de otras tribus. Irala dio el gran ejemplo pasando el día entero en la cámara del bergantín con la hija de un cacique de los payaguás, que Ayolas había puesto bajo su protección. Los indios «se alborotaron mucho [...] y se la quitaron», pero había reservas. A causa de sus tatuajes, las mujeres timbúes parecían horribles a los europeos (SCHMIDL.), pero las guaraníes sólo diferían de las españolas en que iban desnudas. A corta distancia de la Candelaria estaba Tapu, «el puerto de la jodienda», donde Irala se dejó estar quince o veinte días en buena compañía. Entretanto, los payaguás se cobraban matando a Ayolas. A su tiempo, Asunción se pobló de «mancebos de la tierra», y varios de ellos acompañaron a Juan de Garay en la segunda fundación de Buenos Aires (1580), que fue en buena parte, entonces, obra de criollos. La resistencia de los querandíes se hizo sentir una vez más: dieron algunos asaltos nocturnos, tratando de quemar las casas; pero sufrieron una seria derrota. Según el jesuita José Guevara, uno de los soldados preguntó a Garay: «Sr. General: si la matanza es tan grande, ¿quién ha de quedar para nuestro servicio?» «Ca, déjame --le respondió-- que esta es la primera batalla, y si en ella los humillamos, tendremos quien con rendimiento [sumisión] acuda a nuestro servicio».

Garay parece haber sido hombre seguro de sí mismo. En 1581, con treinta acompañantes y algunos caballos, exploró la costa bonaerense hasta más allá de

Cabo Corrientes (Mar del Plata), sin haber encontrado oposición. Sus observaciones prefiguran la organización indígena de la región en los siglos venideros: atraídos por la abundancia de yeguarizos cimarrones, crías de los animales traídos por Pedro de Mendoza, los indios cordilleranos o trasandinos comerciaban activamente con los pampas locales.

Dos años después, Garay, en ruta hacia Santa Fe, acampó con deliberado descuido junto a una laguna. Algunos soldados que lo acompañaban, venidos de Chile, habían querido se hiciesen guardias; Garay respondió que los indios le temían y que los tenían muy sujetos, y que se estaba allí tan seguro como en Madrid. Al primer sueño fueron atacados y muertos por querandíes. De hecho, las pampas serían un mundo riesgoso para todos por mucho tiempo más. Ya en 1587, los españoles aprovechaban los caballos cimarrones, pero «con peligro de indios, porque no se ha allanado la tierra ni hecho venir a servir a los indios, que están como en el primer día que aquí se vino a poblar [...]», según las palabras de Hernando de Montalvo. Al principio de la fundación de Garay entraban al servicio más de seiscientos aborígenes;

pero cobraron horror al español y se alejaron. Para fines de siglo, las relaciones se mantenían tensas: muchos indios habían muerto, tanto en combate como de hambre, pues se les quitaban los medios de subsistencia. Continuaban los esfuerzos para que colaborasen en la cosecha; pero como ésa era precisamente la época en que, como ya había notado Schmidl, se iban tierra adentro, solían desaparecer de la noche a la mañana. Así lo deplora la carta del gobernador Rodrigo Valdés y de la Banda de 1599, quien ordenó malocas para traerlos a servir y buscar se asentasen, sin resultados duraderos. Ese mismo año, un obispo del Río de la Plata denunciaba el rigor de los años como una de las causas de la mengua de indígenas.

Ya entrado el siglo XVII, los indígenas bonaerenses se acercaban a la ciudad para comerciar y lue-



go tomaban distancia prudencial. No eran abiertamente hostiles a los españoles, ni oponían resistencia activa al acaparamiento de las antiguas tierras tribales por unos pocos latifundistas, porque la cría era extensiva y los campos estaban descuidados. Recién en la segunda mitad del siglo xvii, aliados con los araucanos de Chile, empezaron a competir por los ganados cimarrones, pusieron límite a las vaquerías y merodearon la frontera para asaltar caminos y estancias. Pero ésta ya es otra historia.

Llanos del centro del país: en los umbrales del bandolerismo

Aún entrado el siglo xvii, los indios de las llanuras del sur de Córdoba y San Luis no estaban reducidos, pero, siendo pocos y aún pedestres, no resultaban de cuidado. Su historia es paralela a la de los pampas. «...[A]unque no reconocen sujeción ninguna... escri-

be Ovalle--, se portan con los españoles como con amigos, a que ayuda el ver que están en las ciudades tan pobladas y defendidas que no es tratable entre ellos ningún alboroto o motín contra ellas; antes entran y salen como quieren, y cuando han cobrado afición a algún español y se hallan obligados de su buen trato y correspondencia, vienen muchos de ellos al tiempo de las cosechas a ayudárselas a recoger, y luego se vuelven a las anchuras de su libre y vaga habitación.» De esta manera, los indios nómades, colaborando a cambio de alguna compensación, pero actuando sin mengua de su libertad sacrosanta, ayudaban a paliar la escasez de mano de obra, uno de los problemas crónicos de la agricultura en las llanuras argentinas y de la conquista en general. «Algunos suelen haber --continúa Ovalle-- que juntándose en tropas salen a los caminos a los españoles que van en carretas, para los cual suelen [éstos] llevar en ellas buena munición y arcabuces, y no parten sino en conserva muchas juntas, porque algunas veces han sucedido algunas desgracias; pero de ordinario [los indios] se contentan con que les den algo, y para esto llegan a las carretas y lo piden con

gran libertad, como si fueran dueños de todo, y en dándole algún bizcocho y vino o algún otro regalo, se van con Dios; pero si los caminantes son escasos, no van muy seguros, aunque siempre se hacen respetar las bocas de fuego.» En el texto se reconocen elementos que perdurarán hasta el siglo xix: la altanería de los nómades, el profundo temor a las armas de fuego.

Es posible que los indios reclamasen, en estos primeros tiempos, el llamado *derecho de cacicazgo*, que consistía en un pago por circular por territorio ajeno, y que era causal de guerra cuando no se satisfacía. Pero la posibilidad del botín atrajo pronto la atención de quienes de otra manera difícilmente hubiesen podido participar de la producción colonial. No siendo jinetes, no les era fácil dar un golpe eficaz. Ya entrado el siglo xviii, bien montados y amalgamados con los araucanos, se constituirían en un peligro para las estancias fronterizas y las caravanas de carretas y, de paso, disuadían a los colonos de la intención de apropiarse de aquellos extensos campos que, poco poblados, se les aparecían sin dueño. Ya se los llamaba *ranqueles*.

El cronista Bibar informa que los llamados *puelches* del sur de Mendoza eran «gente belicosa y guerrera y dada a latrocinios, y no dejarán las armas de la mano a ninguna cosa que hagan. Son muy grandes flecheros y, aunque estén en la cama, han de tener el arco cabe sí [...]». No prestaban servicio a los españoles, «por estar en tierra [...] tan



agria y fría e inhabitable [...]». La evangelización de los pueblos de Cuyo fue difícil y lenta, porque eran móviles y habitaban en tierras altas, inadecuadas para la agricultura. La práctica de sacrificar guanacos sobre una piedra «que ellos tienen situada y señalada», y que era untada con la sangre del animal, debe de haber sido motivo de preocupación para quienes tenían por misión suprimir los antiguos ritos.

Patagonia y Tierra del Fuego: gigantes y antropófagos

Los navegantes que invernan en las costas del sur patagónico antes de emprender el cruce del Estrecho de Magallanes nos legaron informaciones sumarias sobre la gente local. De la zona cordillerana, explorada desde Chile, no tenemos noticias precisas hasta el siglo XVII. En cuanto al área patagónica central, permaneció por mucho tiempo inexplorada por europeos, para quienes tenía poco interés económico. Las primeras noticias sobre Patagonia y Tierra del Fuego son tan fantásticas como las del Rey Blanco. Inspiradas en una realidad desacostumbrada, las magnificó —como ha señalado De Gandía— cierta familiaridad con la mitología clásica, la imaginería medieval y el hallazgo de huesos de animales fósiles. De estos productos fabulosos, los más duraderos fueron los gigantes.

En el otoño de 1520, Hernando de Magallanes, navegante portugués al servicio de España, inverna en Puerto San Julián (en la actual provincia de Santa Cruz) antes de continuar la búsqueda de un paso entre los dos océanos y de la ruta a las islas de las especias. Es una prueba más de la escasa población patagónica el que recién al cabo de dos meses se hiciesen ver los primeros indígenas, que impresionaron por su estatura y robustez y por sus mantos de pieles de guanaco. Magallanes los llamó *patagones*, inspirándose en el *Primaleón*, una novela de caballería que daba ese nombre a unos hombres bravos y solitarios, que comían carne cruda y vestían con pieles de animales; entrecruzó así la experiencia directa con aquella narrativa desatinada que había secado el cerebro de don Alonso Quijano. El caballero Antonio Pigafetta, cronista de la expedición, contribuyó a forjar la leyenda de los gigantes patagones afirmando que los europeos no les pasaban de la cintura. Los tehuelches meridionales eran, en efecto, altos y corpulentos, pero, como comprobó Francis Drake en 1578, «no son tan monstruosos ni gigantes como se dijo [...],

habiendo algunos ingleses tan altos como los más altos entre ellos [...]».

Espontáneamente, los diferentes grupos humanos tienen la sensación de que sus valores son superiores a los del resto. Esta concepción estrecha, el etnocentrismo, es universal y ayuda a los hombres a identificarse con su propio grupo. La humanidad patagónica apareció anormal a los ojos de los europeos. Maximiliano Transilvano, otro de los cronistas de la expedición de Magallanes, opinó que el color de los indígenas era más oscuro «de lo que [...] aquella tierra y región requería [...]», con lo que esbozó una verdadera teoría de la formación de las razas: los soles oblicuos de las latitudes altas no podían generar morenos. Otro aspecto que los cronistas de 1520 encontraron extravagante fue que las mujeres cargaran «como asnos» (PIGAFETTA) con todos los enseres (cueros y palos del toldo, vasijas, niños, etc.), en tanto los hombres llevarán sólo sus arcos y flechas. Pero es ésta una solución general en la que han coincidido los pueblos cazadores: los varones deben estar desembarazados para perseguir cualquier pieza que se presente. Finalmente, el etnocentrismo abarca también los criterios de belleza. Andrés de Urdaneta (1526) tuvo por feo al patagón que conoció, y un cronista prolijo, Juan Ladrillero (1558), encontró que las mujeres eran «bastas de los rostros». Las nociones de belleza y fealdad, culturalmente definidas y por consiguiente relativas, pueden ser un serio obstáculo para la convivencia étnica.

Magallanes estaba decidido a llevar a España a algunas de estas rarezas que, al parecer, consideraba ajenas al género propiamente humano. Habiéndose presentado cuatro patagones desarmados, simuló que les hacía un regalo y, con astucia que alaba Pigafetta, logró engrillar a dos. «[A]unque, cuando notaron el hierro transversal, les asaltó la duda, ante el gesto de seguridad del capitán permanecieron firmes [...]. A duras penas pudimos maniatar a los otros dos —continúa Pigafetta—, y fueron enviados a tierra con nueve hombres, para que los condujesen [...] hasta donde estaba la esposa de uno de los que habíamos apresado. Porque él lloraba a voces, según dedujimos de sus ademanes.» Uno de los maniatados pudo huir; el otro fue retenido a golpes en la cabeza. Previsiblemente, los dos patagones embarcados murieron durante la navegación.

Como las sociedades cazadoras-recolectoras, eminentemente igualitarias, fueron tenidas por carentes de orden social, es interesante subrayar que los patagones eran capaces de buenas relaciones exteriores. El que había recibido algunas chucherías de los hombres de

En 1520 Magallanes no dividió a los indígenas en la costa sur. Se sorprendió por el resplandor de sus hogueras con las que bautizó a esa zona como Tierra del Fuego. Indígena del lugar en obra del siglo XVIII. (gentileza del Museo Mitre)



Magallanes las retribuyó llevándoles un guanaco. En 1578, en Puerto Deseado, compensaron los regalos de la gente de Drake dejándoles plumas, un objeto de hueso y alimentos, «mostrándose felices de poder hacernos un favor» (las palabras son de Fletcher) o, lo que es más probable, cumpliendo con normas tradicionales de reciprocidad. Pocos años después, Diego de la Rivera testimonió una verdadera sesión de trueque, que fue un «acto de paz» en el que «se estuvo con ellos una hora».

En suma, la actitud de los patagones hacia los extranjeros fue generalmente pacífica y amistosa (aunque Drake y Fletcher anotaron episodios de desconfianza, el segundo, entre los indios más viejos). Antes de acercarse a los europeos, dejaban sus armas (que quedaban ocultas en los arbustos, porque eran confiados pero no dementes), retribuían regalos y trocaban bienes. «[F]ueron más bondadosos que muchos cristianos», recuerda Fletcher (1578). De hecho, varias tripulaciones que tocaron las costas patagónicas se beneficiaron de la hospitalidad de los tehuelches, y sólo en algunos casos correspondieron. Sin embargo, podía chocarse con ellos, como sucedió cerca del Estrecho de Magallanes.

Los puertos del hambre

Hasta 1579, los puertos españoles del Pacífico habían estado libres del peligro de piratería inglesa; pero ese año, Francis Drake atacó el puerto de El Callao, en el que se embarcaban para la península las riquezas del Perú. El hecho convenció a la corona española de la importancia estratégica del Estrecho de Magallanes, que era el paso entre el Atlántico y el Pacífico. Se encomendó a Pedro Sarmiento de Gamboa («ambicioso, letrado y devoto, muy versado en astronomía, magia y alquimia, lo que le valió [...] algunas sospechas de la Inquisición», recuerda Emperaire) la responsabilidad de perseguir al inglés y de hacer reconocimientos en el Estrecho.

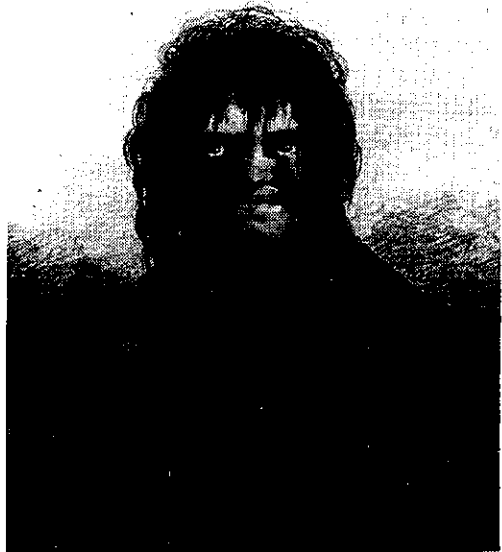
Al atravesarlo en la primavera de 1520, Magallanes no había visto indígenas en la costa sur, pero había divisado sus hogueras, que ganaron para la región el nombre hermoso de *Tierra del Fuego*. En febrero de 1580, la expedición de Sarmiento conoció a los *selk'nam* u *onas*, los cazadores de guanacos de la isla, a los que llamó «gente grande» --eran, en efecto, del mismo porte que los patagones—. Anotó que eran temidos «de la gente que está más hacia el Mar del Sur [los canoeros], y [que] como gente valiente tiene la mejor tierra de la que hasta aquí vimos». Una partida de estos indios se acercó a la costa y dio voces. Sarmiento envió un grupo de hombres armados con

el expreso objetivo de capturar alguno para que sirviese de intérprete o lenguaraz (los expedicionarios no invertían tiempo en un acercamiento gradual y respetuoso). Los *selk'nam* dejaron las armas en el suelo y se aproximaron, recelosos, a la oferta de regalos. Diez españoles atraparon a uno de ellos, aunque con dificultad, porque era grande y fornido. Los restantes indios volvieron por sus armas y flecharon a los raptos, pero no pudieron evitar que huyesen con el cautivo en el bote.

Las operaciones de Sarmiento contra el inglés no habían tenido el resultado previsto. La corona decidió entonces hacer fortificaciones y erigir poblaciones, para lo cual dispuso una gran expedición. Después de muchas vicisitudes, en febrero de 1584 desembarcaron en el extremo oriental del Estrecho de Magallanes unas cuatrocientas almas (como era un verdadero plan de colonización, se incluyeron mujeres) e ingentes bastimentos. Sarmiento hizo dos fundaciones costeras: Ciudad del Nombre de Jesús, cerca del cabo Vírgenes, en la zona esteparia del actual territorio argentino, y Ciudad Rey Don Felipe, en ambiente boscoso, en lo que es hoy Chile. La primera estaba en territorio de los patagones y la segunda, en el de los *alacalufes* o *kawaskar*, los cazadores-recolectores canoeros del Estrecho de Magallanes.

Con los patagones, la paz duró poco: «[...] vinieron de paz doscientos cincuenta indios, varones y hembras agigantados, a hablar con los españoles, los cuales los regalaron, con que se fueron», recordaría Tomé Hernández, uno de los pocos sobrevivientes del malhadado ensayo. Estos indígenas demostraban haber tenido ya algún contacto con españoles, porque saludaban al grito de «paz», «capitán», «Santa María» y «Jesús». Pero, continúa el testigo, «de allí a tres

Indio fueguino. Sarmiento de Gamboa conoció a los onas, cazadores a los que llamó «gente hermosa», pues tenían parecido porte que los patagones. Dibujo de C. Martens, del Beagle, 1834.



noches vinieron a dar sobre los nuestros, y pelearon un rato con ellos, de que salieron algunos soldados heridos». Poco después, una partida española topó con un grupo de patagones, con sus familias (lo que indica que no venían de pelea), «los cuales llegaron a hablar con los españoles en su lengua, de manera que [éstos] no les entendían, y [los indios] les tentaban los pechos, para ver si los traían armados». La confusión hizo crisis cuando el capitán Iñiguez, a quien habían tomado de la mano, creyó, con o sin razón, que querían raptarlo. A su llamado, «los soldados [...] con arcabuces derribaron muchos indios y cobraron su capitán. Y cuando les tiraban, se sacudían con las manos lasostas [balas] que les alcanzaban en los cuerpos, pareciéndoles que era cosa que con sacudirla se les caería. Y las mujeres de ellos les daban voces y hacían señas a los españoles que se fuesen. Y así lo hicieron, recogiendo al real».

A poco, en la primera angostura del Estrecho salieron «once indios agigantados» al encuentro de Sarmiento y de los 80 soldados que lo acompañaban. Estaban en buenos términos cuando un franciscano creyó oportuno explicar a uno de los patagones que Sarmiento era el jefe de los españoles. «Y el indio [...] respondió que él era el capitán, dándose un golpe en los pechos, y mostrando enojo de que el fraile le hubiese dicho que Pedro Sarmiento era capitán. Y apartándose un poco, se metió por la boca una flecha y lastimándose con ella echó alguna sangre por la boca [y] se untó con ella los pechos airadamente. El fraile le advirtió a Pedro Sarmiento que se fueran de allí, porque esos indios eran hechiceros y los engañaba el diablo [...]». De no ser por la violencia de los hechos y su mal desenlace, estos equívocos entre quienes no tenían lengua ni conceptos en común para describir el mundo parecerían comedia de enredos.

Como en tantos otros casos, las razones precisas de los choques no han quedado explícitamente documentadas. Un episodio comparable acaecido en 1753 en Puerto San Julián puede aportar algo. Por entonces, un rancho que oficiaba de vivienda y depósito fue asaltado por los patagones, que se llevaron los víveres y sacaron los flejes de los toneles para hacerse hojas de cuchillos, más eficientes que las de piedra. No intentaron hacer mal a los que residían allí; sólo se repartieron lo que había. Entre los patagones (y en general en las sociedades cazadoras-recolectoras) no había diferencias importantes de riqueza; las normas sociales imponían suprimir rápidamente cualquier desequilibrio redistribuyendo los nuevos bienes según distintos mecanismos. Simétricamente, los riesgos se enfrentaban colectivamente. Los caciques tenían la responsabilidad de mantener la homogeneidad del grupo, y una de sus condiciones más apreciadas era precisamente el desprendimiento. En el caso de las fundaciones del Estrecho, podemos imaginar que los indígenas esperaban participar de la gran masa de bienes desembarcada y almacenada en

los poblados, y que los colonos, en tierra inhóspita, se aferrarían a estas reservas como cosa de vida o muerte.

Una segunda razón, omnipresente en el proceso de colonización, es que las poblaciones españolas usurpaban el territorio indio. El país de los patagones debía parecer casi vacío a los ojos de los europeos (recordemos que Magallanes estuvo dos meses en San Julián antes de ver a los primeros indígenas); pero se trata de un hábitat muy poco productivo que, hoy como entonces, sólo puede sostener a un reducido número de seres vivos. Todo él era importante; sólo que no se usaba al mismo tiempo. Dos siglos después, la fundación de Carmen de Patagones, aunque cuidadosamente negociada con el Cacique Negro, sería tenida por grave mutilación territorial.

Sin embargo, lo que acabó con las poblaciones del Estrecho no fueron las escaramuzas con los indios, sino el hambre. Los colonos no adoptaron activamente las prácticas cazadoras-recolectoras de aquéllos, habiéndose limitado, al parecer, a distribuirse por la costa para recoger mariscos (un recurso fácil, pero de bajas calorías y que debe de haberseles ido agotando) y a esperar en vano que Sarmiento volviese con auxilios. Cuando a principios de 1587 el pirata inglés Thomas Cavendish entró en el Estrecho, en la zona de Rey Don Felipe —al que llamó *Puerto Hambre*— restaba una veintena de sobrevivientes. La mayoría de las muertes habían sido por inanición. Muchos cadáveres estaban aún en las casas, y de la horca pendían ajusticiados. Cavendish embarcó al citado Tomé Hernández, convirtiéndose, paradójicamente, en salvador de uno de quienes tenían por misión exterminar piratas (y sólo de uno, porque habiéndose levantado buen viento, no esperó a los demás). En lo que parece la venganza final, el español persuadió a los ingleses de que un grupo de alacalufes, que el día anterior les habían obsequiado alguna caza, tramaban una celada, consiguiendo que los arcabucearan, matando a muchos e hiriendo a otros. Tal vez como justificación, el cronista de Cavendish remató la obra colgándoles sin razón el sambenito de la antropofagia.

La ruina de las fundaciones del Estrecho de Magallanes ejemplifica el rigor de las fronteras culturales: pese a que la costa de Rey Don Felipe era frecuentada por los canoeros alacalufes y que Nombre de Jesús estaba en territorio patagón, los españoles no se integraron a los grupos indígenas, que sí sabían obtener sustento en ese mundo. Muestra, asimismo, que la adaptación a condiciones de vida sociales o ambientales diferentes no es fácil ni automática.

Las cosas transcurrieron mejor con los *haus* (una etnia del este de Tierra del Fuego, emparentada con los *selk'nam* pero más volcada a los recursos marinos). En 1619, varios de estos indígenas se acercaron, desarmados y haciendo señas de paz, a algunos españoles que formaban parte de la expedición de los hermanos Noda. Les atraían especialmente los obje-

Mujer fueguina con su hijo a la puerta de su choza. El dibujo de W.P. Snow reproduce con detalles la flora del lugar. Publicado en Londres en 1857.





Actual

Un Banco que opera de manera justa con los tiempos que corren. Con eficiencia, modernidad y atención especializada. Los más modernos cajeros automáticos del país y tecnología de avanzada en la operatividad de los más ventajosos productos. Porque Banco de la Ciudad, sumado ya a la era digital, introduce un nuevo concepto en modernización bancaria.

Banco de la Ciudad, el banco actual de tradición centenaria.



banco de la ciudad

tos de metal, invaluable para quienes sólo tenían instrumentos cortantes de piedra o de valva. El cronista anotó que los indios no comían el pan blanco que les daban, prefiriendo las hierbas, y que las sardinas que recogían de las playas las comían crudas y enteras, de lo que concluyeron que eran lisa y llanamente salvajes. Es éste un buen ejemplo del prejuicio nacido del choque cultural, ya que los cazadores-recolectores de Tierra del Fuego desconocían los cereales y sus harinas, aprovechaban --como todo el mundo-- los productos vegetales comestibles y no tenían las mismas aprensiones que los europeos respecto del pescado. En los días siguientes, los españoles trataron de capturar por la fuerza a algunos de estos indios, que sin embargo huyeron ágilmente.

Los canoeros

Los canoeros del Estrecho de Magallanes ya han aparecido en este relato. En la primera hora, llamaron menos la atención que los imponentes cazadores de guanacos de las estepas, y su cultura fue imaginada en términos definitivamente negativos. Parecía increíble que, en contraste con los selk'nam y los patagones, se expusiesen casi desnudos a los vientos helados (sin tener en cuenta que en el clima húmedo en el que vivían era más fácil secar la propia piel que un grueso abrigo). Además, dieta y aspecto personal chocaban con los hábitos europeos, y los gestos con que buscaban llamar la atención de los navegantes se tomaron por amenazas. En resumen, se los tuvo por salvajes (más que los otros), inhumanos, asociales y, para completar el estereotipo, antropófagos. Al amparo de los barcos, los marinos solían dispararles por gusto, una práctica que continuó hasta el siglo XIX. El que muchos de estos navegantes no hayan sido españoles demuestra que la hostilidad hacia los indígenas era una conducta general de los europeos.

El primer encuentro de la expedición de García Jofre de Loaysa con los alacalufes (1526), en el Estrecho de Magallanes, fue confuso. «Nos mostraron antorchas encendidas, con lo cual los nuestros pensaron que querían prender fuego a nuestros barcos, y por ello no se atrevieron a acercarse a la costa [...]» El propio Loaysa admite que «[n]o les vimos armas, aunque les tomamos mujeres y muchachos, y tornamos a soltar las mujeres». Claramente, los chicos fueron secuestrados, y es probable que a poco muriesen, como tantos otros integrantes de esta expedición.

De la expedición holandesa de Sebald de Weert (1599) quedan algunos relatos tendenciosos y completamente fantásticos (salvajes de más de tres metros de altura, que arrancaban los árboles de cuajo y los blandían amenazantes para impedirles el desem-

barco) y la versión, más real, de la captura de una mujer alacaluf con sus dos hijos; al cabo de dos días la devolvieron a la costa, pero su hija mayor fue retenida y llevada a Amsterdam, donde murió.

Casi simultáneamente, los miembros de la expedición de Olivier de Noort, también holandesa, ponían el sello de la violencia a los encuentros con los aborígenes, fuesen selk'nam o alacalufes, disparándoles indiscriminadamente o raptándolos para tomar informes.

Los yámana, cazadores-recolectores canoeros del canal del Beagle, recién fueron documentados por los europeos en 1624, con el viaje de L'Hermite. Fue una experiencia traumática: a causa de una tormenta, 19 europeos desarmados quedaron en la costa de la isla Navarino (en el actual territorio chileno); 17 de ellos fueron muertos por los yámana con hondas y mazas, aunque el cronista asegura que no habían hecho a los indios ofensa ninguna. Hoy resulta imposible reconstruir las causas precisas de este desenlace. Como los indígenas se llevaron algunos cadáveres, los expedicionarios dieron por supuesto que fueron devorados, lo que ganó también para estos canoeros la fama indebida de antropófagos. Adicionalmente, se les negó orden social alguno y se los asimiló a animales. La relación de esta expedición se acompañó con una interesante lámina que reproduce, con cierta fidelidad, la cultura material de los yámana e ilustra, inevitablemente, la escena de la matanza.

Región del Nahuel Huapi y del Neuquén

La penetración española en el noroeste patagónico, muy tardía, se asoció a objetivos aparentemente muy distintos entre sí pero inextricables: la toma de esclavos para Chile, la búsqueda de la Ciudad de los Césares, la evangelización y la expansión de la Compañía de Jesús. El tema de los Césares apenas necesita presentación. Se decía que un grupo de hombres de Caboto, encabezados por el capitán Francisco César, había sido despachado del fuerte de Sancti Spiritus en 1530 a la búsqueda de metales preciosos y del Mar del Sur, es decir, del Océano Pacífico.

La reconstrucción precisa de su ruta es imposible, por estar entreveradas tradición y leyenda. Habrían pasado por las sierras de Córdoba: la expedición de Villagra recogió noticias, en Calamuchita, de unos españoles que iban a pie, al parecer portando un cañón («una casa pequeña, y desde la tiraban daba muy gran trueno»). Los indios de las pampas de San

Luis y Mendoza les habrían referido las riquezas del Inca del Perú, de las que no debían de tener mayores precisiones. Los españoles habrían emprendido el regreso cuando estaban a la vista de la Cordillera.

A poco, tal vez para compensar de penurias y polvaredas, la leyenda imaginó una ciudad fundada por españoles en tierras riquísimas y bien servidas por naturales. Era la Ciudad de los Césares, por otros nombres *Linlin*³ y *Trapalanda*. Entre muchos otros, el gobernador Gonzalo de Abreu buscó la Ciudad de los Césares, pero --previsiblemente-- sólo dio con «tierra poco poblada y miserable», según sabemos por Sotelo de Narváez. Cuando el norte y el centro del país hubieron sido explorados, la leyenda migró hacia las tierras desconocidas del sur, donde todavía podían aguardar maravillas, y lo hizo al estímulo de los desastres del Estrecho de Magallanes (el naufragio de la flota del obispo de Plasencia, en 1540, y la ruina de las fundaciones de Sarmiento de Gamboa). Los sobrevivientes habían hallado riquezas inmensas en una tierra llamada *Trapalanda*, y allí vivían con fausto y servidumbre.

Al imán de la leyenda, algunos actores principales de la colonización del territorio argentino marcharon hacia el sur: al cabo de cuatro meses, Hernandarias fue hostigado por la esterilidad de los campos y por los indígenas, y finalmente detenido por el río Negro (1604). Jerónimo Luis Cabrera abandonó en 1622, después de habérselo incendiado 29 carretas. Desgraciadamente, de ninguna de estas expediciones ha quedado relación alguna.

Los patagones eran cazadores-recolectores. Disponían de escasos recursos, y lo que disminuía su número no fueron las escaramuzas sino el hambre. El ganado traído por los españoles diversificó luego sus actividades económicas.

Pero la carrera por los Césares se había lanzado antes desde Chile: en 1550, el capitán Jerónimo de Alderete había penetrado en el Neuquén en busca de informes sobre el paradero de los sobrevivientes del naufragio de la flota del obispo de Plasencia, ya incorporados a la leyenda de los Césares. Tres años después entraba Villagra, con la doble finalidad de extraer sal y de apresar indígenas para que sirviesen como esclavos en las minas de Chile. Aunque prohibida por la legislación, esta práctica tuvo larga vigencia, en perjuicio de los cazadores de guanacos de las mesetas patagónicas.

Hacia 1620, el capitán Juan Fernández, también procedente de Chile, alcanzó con 46 hombres el lago Nahuel Huapi (la meta, una vez más, era la Ciudad de los Césares) y testimonió que los indios comarcanos eran corpulentos, belicosos y que contaban con muchos caballos. En las mesetas del Chubut, un indio «de tierra adentro» les dijo haber tenido noticias de que en Tierra del Fuego había invernado un navío. Cuando se le pidió que los guiara, «espantado de nuestra determinación, se levantó en pie, que hasta aquel punto había estado sentado en el suelo, y cogiendo muchos puños de arena los echaba al aire, diciendo que él guiaría, mas que supiésemos que había más indios que granos de arena tomaba él en las manos [...] y por ser poca la gente con que íbamos, pareció a todos los compañeros no pasar adelante, y así nos volvimos [...]». El mismo capitán, en 1627, hizo una entrada al norte neuquino con el propósito de reprimir a los pehuenches, que, en plena guerra de



Arauco, hostigaban a las poblaciones españolas. Llevó 30 prisioneros como esclavos y ahorcó al resto.

También con fines esclavistas entró en Neuquén, en 1649, el capitán Ponce de León, a la cabeza de una fuerza compuesta mayormente por araucanos de Chile. Resistida la maloca, tuvo lugar un combate en el lago Huechulafquen. La dirección de la defensa estuvo a cargo de algunos holandeses desertores de la expedición de Brouwer, que había operado en las costas chilenas. Al cabo, Ponce de León, triunfante, se hizo de 300 esclavos. El resultado fue un levantamiento indígena en la zona cordillerana del Neuquén, que persuadió al gobierno chileno de la conveniencia de enviar un buen diplomático que restableciera la paz. La elección recayó en una figura notable, el jesuita Diego de Rosales, que nos ha dejado escritos de real valor. Rosales exigió que se liberasen los esclavos cobrados, y con ellos llegó al Huechulafquen. Como los sacerdotes eran una novedad por allí, fue tenido por *perimontu* (visión) o por *huecuvú* (ser sobrenatural) y objeto de verdadera curiosidad. El jefe local, Malopara (alto, cubierto con un quillango de jaguar, muy pintado y las flechas, emplumadas y de punta de pedernal, aseguradas a la red que le cubría el cabello), lo recibió con un discurso, que el cronista nos transmite, al parecer, un tanto retocado. El cacique admite que su nación vive ignorante del mundo, a la manera de las bestias, pero en paz, austeramente y sin ambiciones, merced a la razón natural. Se trata de una exposición clásica del tema del buen salvaje. Su nación... continuó Malopara... miraba a los españoles con respeto, «como a *viracochas* o hijos del sol»; pero en los parlamentos mantenidos en Chile, a los que acudieron, fueron despreciados por pobres e inútiles, y «aquí nos dejaron». Volveremos sobre este sentimiento de minusvalía de los cazadores-recolectores norpatagónicos; entretanto, dejemos anotado que la leyenda (indígena, esta vez) que llevó a identificar a los europeos con los hijos del sol, y que tanto ayudó a la conquista en México y Perú, alcanzaba hasta el Neuquén.

El final de la ceremonia, que debía quedar consagrada con un sacrificio animal, muestra la simplicidad material de esta cultura. «Y aunque no tenemos *tokis* [dijo Malopara, aludiendo a los emblemas araucanos de mando], ni instrumentos de guerra, por no faltar a la ceremonia [de paz], quebraré estas flechas [...]. Y así lo hizo; y el cacique Guinubielu,⁴ en lugar de oveja de la tierra, que ni una tienen, ni de las de Castilla, mató una vaca, que [...] era única en toda la tierra [...].»

Poco después, en 1670, entró en la zona del Nahuel Huapi el padre Mascardi, también desde Chile. Su viaje tuvo múltiples propósitos: al igual que Rosales, devolver a sus tierras indios esclavizados;

además establecer una reducción evangelizadora y, *last but not least*, buscar a los Césares. Su correspondencia demuestra que sabía que daba un paso peligroso, porque los indígenas trataban de evitar que las fuerzas conquistadoras de uno y otro lado de la cordillera comunicaran entre sí, conscientes de que ese encuentro les sería fatal. La importancia estratégica de los pasos andinos crecía al ritmo de los arcos de ganados bonaerenses a Chile, y las tribus comarcanas mantuvieron todavía por dos siglos un rígido centro, contra el que chocaron sucesivamente los exploradores Cox (1863), Musters (1870) y Moreno (1880).

En 1670, Mascardi encontró junto al Nahuel Huapi varias etnias distintas, con lenguas propias; a algunos llama *puelches*, palabra araucana para «gente del este», y a otros *poyas*, término que encubre cierta diversidad. Todos recibieron como jefe un protector, capaz de ponerlos a cubierto de los ataques que constantemente temían. Gracias a su venida, declararon, «empezaban ya a vivir sin temores ni recelos de ser maloqueados» y podrían encender sus fuegos a toda hora. Al parecer, los indígenas comarcanos estaban dispuestos a integrarse en unidades políticas mayores como remedio contra la guerra interna o externa. Era una actitud coherente tanto con el uso generalizado del caballo (que haciendo posible ataques fulminantes a distancias considerables, había puesto en crisis las fronteras territoriales tradicionales) como con la amenaza española.

Mascardi retribuyó la buena acogida haciendo disparar al aire tres arcabuzos, una operación que los indios apreciaban porque expulsaba los malos espíritus. La sorpresa, sin embargo, los volteó, con sus recipientes de chicha, «y, luego que pasó el susto, comenzaron a reírse unos de otros y se levantaron los caciques principales y me vinieron a agradecer el agasajo que les había hecho y a contar el suceso y desgracia de su chicha». En este clima amable, un episodio sincrético dio nuevas esperanzas al misionero, que en su altar de campaña había colgado, a falta de cosa mejor, una tela manchada con sangre de los penitentes de Semana Santa. Cuando los indios supieron de qué se trataba, identificaron el rito mortificador cristiano con su propio hábito de sangrarse con piedras filosas en señal de duelo, y siguió una espontánea ceremonia de expiación colectiva, «espectáculo [...] alegre para Dios y para los ángeles [...]».

Los poyas del sur de Nahuel Huapi le dijeron «que ellos eran aquéllos a quienes los españoles llamaban bárbaros y que comían carne humana, y que yo [Mascardi] con su trato de ellos echaría de ver que no eran tan bárbaros e intratables como decían [...]». En otra reunión, algunos poyas de prestigio admitieron «haber vivido como animales».

Evidentemente, la desvalorización de que eran objeto por parte de araucanos y de cristianos había

sumido a los cazadores en un sentimiento de inferioridad.

Al final de su carta-relación, Mascardi anota que los indios de la zona de Nahuel Huapi habían sido conminados por aucas y pehuenches para que lo matasen o enviasen de regreso a Chile, pero habían jurado defenderlo. Al parecer, este primer riesgo fue conjurado, porque continuó sus exploraciones entre 1671 y 1673 (de las que no se conocen detalles precisos) y aún remitió cartas en distintos idiomas a los Césares; pero en septiembre de 1673 fue muerto, junto con su guía, el cacique Manqueunai, por poyas «gentiles», es decir, no convertidos al cristianismo. La *Vida apostólica* de Mascardi, que exhumara el P. Furlong, no especifica las causas. Seguramente, algunas tribus querían desalentar la penetración europea en un área de creciente importancia económica para los indígenas de ambos lados. La historiografía jesuitica sostiene que los sucesores de Mascardi, los padres Laguna y Guillermo, murieron envenenados, lo que, sin ser imposible, no está probado. Sospecha el P. Olivares que al segundo le resultó fatal haber reconocido el camino de los Vuriloches, «por el recelo [de los indios] de que entrasen por él los españoles a hacerles la guerra».

Epílogo

La primera etapa de la conquista está marcada, en general, por la ausencia de normas en común, no sólo entre europeos y americanos, sino también entre los primeros; por consiguiente, hubo incomprensión y violencia recíprocas. Se imaginaron intenciones aviesas por ambas partes. En esta hora inicial, los españoles buscaron obsesivamente metales preciosos, en consonancia con la teoría económica mercantilista, que cifraba la riqueza no en la producción de bienes sino en la posesión de metálico. Se condujeron como un ejército invasor cuya misión era la ocupación y el saqueo; la evangelización apenas se practicaba y casi no se alegaba. La implantación de un sistema colonial más o menos directamente controlado por la metrópoli es un fenómeno ulterior, que tomó muchos años y se fue desplazando lentamente, como una frontera móvil, a medida que los españoles y criollos aumentaban en número (América sirvió así mismo de válvula de escape a la presión demográfica europea) y aplicaban tecnologías apropiadas al aprovechamiento de distintos ambientes. La inexistencia de metales preciosos llevó lenta y

resignadamente a la valoración de otras fuentes de riqueza y a la transformación del conquistador en colono.

En este segundo momento, la evangelización cobró papel político, contribuyendo a la postergación de las reivindicaciones indígenas con su prédica en favor de la resignación, la mansedumbre y la renuncia a este mundo en beneficio del venidero. La caridad aún se haría esperar. Las causas del triunfo español se reconocen desde hace mucho: hierro, pólvora y caballos. La perspectiva ecuménica de los americanos —que no hacían navegación de ultramar— era comparativamente estrecha: a menudo se aliaron a los españoles como a una tribu más y no a un poder aparte, ajeno, con el que no había reglas de juego en común. La resistencia indígena impresiona muchas veces como carente de unidad y desmañada, que es lo que sucede cuando no hay una organización política estatal y un ejército profesional. En muchos casos, se limitó a una huida a comarcas pobres, de escaso interés para los colonos, que así quedaron convertidas en países de maderos y, más adelante, en las tierras marginales, de valor ínfimo, cuya propiedad se reconoció a los indígenas.

Universalmente, los contactos entre grupos extraños se rodean de normas protocolares. En la primera hora de la conquista, el argumento infundado de que muchos grupos indígenas carecían de normas sociales sirvió de pretexto para ignorar el derecho de gentes. Por ejemplo, para orientarse en ese mundo ignorado, los primeros exploradores acudieron al expediente sumarisimo de secuestrar nativos para hacerse de informantes y lenguaraces. Donde se procedió así, el recelo se tornó en violencia.





La presencia y los objetivos de los españoles deben de haber resultado inexplicables para muchas de las sociedades indígenas. Aunque éstas valoraban el oro y la plata, la obsesión febril de los intrusos tiene que haberlas alarmado. Había agravantes: el poder bélico, la intromisión en la vida privada y social mediante actos de imperio, el proselitismo religioso. Por esto, a pesar de la fascinación que causaban los objetos que ofrecían en sus trueques y la ayuda que prestaban en los ajustes de cuentas interétnicos, los europeos fueron juzgados, en muchos casos, imprevisibles y peligrosos, y tratados como enemigos, frontalmente a veces, más a menudo con engaño o sorpresa, de acuerdo con las normas corrientes de hacer la guerra de las sociedades tribales.

El característico objetivo monárquico de unidad y de supresión de lo diverso, ya explícito por lo menos desde los Reyes Católicos, se exacerbó bajo Felipe II, que aspiraba a un imperio sin matices. La conquista de América fue uno de los pasos más drásticos dados en dirección a la modernidad, un proceso que ha tenido que homogeneizar las culturas vaciándolas en el molde de un caso dominante: el europeo. Desde el punto de vista antropológico, la concepción del mundo que toda cultura elabora es una plasmación única, intrínsecamente valiosa, una demostración de la variedad de los caminos del hombre; en esta perspectiva, tal vez melancólica, la conquista ha sido un detrimento. La implantación del sistema colonial implicó, automáticamente, la ilegitimidad de las formas de vida americanas. Las prácticas cotidianas fueron tenidas por absurdas; las lenguas, juzgadas bárbaras, fueron generalmente sustituidas por el español o por algún idioma útil para la evangelización, como el quechua o el guaraní. Las tradiciones, que insertan al individuo en su entorno natural y social, fueron desvalorizadas y sometidas a escarnio. Las creencias religiosas, que impregnaban todos los aspectos de la existencia, fueron declaradas demoníacas, prohibidas y violentamente extirpadas donde se las creyera entrever. En tanto los politeísmos suelen ser tolerantes (casi siempre cabía un dios más, incluso extranjero, en el panteón de Roma), los monoteísmos son celosos y excluyentes. La mentalidad española

LA IGLESIA PEDIRÁ PERDON

El 12 de octubre de 1992 se reunirá en Santo Domingo la IV Asamblea General del Episcopado Latinoamericano para celebrar el quinto centenario de la primera evangelización de América y sentar las bases de la «nueva evangelización» en el continente más católico del mundo (por el momento), en vísperas del tercer milenio.

Cuando anunció esta reunión, hace nueve años, Juan Pablo II dijo: «La Iglesia quiere acercarse a celebrar este acontecimiento con la humildad de la verdad, sin triunfalismo ni falsos pudores, solamente mirando la verdad para dar gracias a Dios por los aciertos y sacar del error motivos para proyectarse renovada hacia el futuro» (*Homilía de Santo Domingo*, 12/10/1984).

Haciendo pie en este mensaje papal, el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) fue un poco más lejos al afirmar: «Es preciso reconocer con humildad los errores del pasado donde los hay y pedir perdón por las faltas cometidas contra el Evangelio que se predicaba. De esta manera creceremos en madurez cristiana y seremos fieles a la verdad que es Jesucristo. En ningún momento podemos olvidar la evangélica opción preferencial por los pobres. Es preciso reconocer sus derechos y dar la palabra al indio, al negro, al humilde, al marginado, al vencido» (*Instrumento preparatorio*, CELAM, febrero de 1990).

Estas intenciones de los obispos quedaron plasmadas en el siguiente texto, el último de los escritos en preparación de la Asamblea de octubre: «Al recordar los 500 años que han pasado, nos sentimos invitados a distinguir sus luces y sombras y a evaluar su significado para la nueva evangelización, la promoción humana y la cultura cristiana [lemas de la Asamblea Episcopal]. Desde el corazón de los pueblos latinoamericanos y ejerciendo nuestro compromiso pastoral con Jesucristo [...] queremos unir al reconocimiento admirado y agradecido por tanta bondad del Señor, la petición de perdón por nuestras deficiencias y la llamada a la reconciliación» (*Documento de trabajo*, CELAM, abril de 1992).

La Iglesia latinoamericana pedirá perdón por los errores y los excesos de la primera evangelización. Pero no todos los católicos, ni todos los sacerdotes, creen que deba hacerlo. El padre Henrique Urbano, de 53 años, sacerdote dominicano de origen portugués que trabaja en el Centro Bartolomé de las Casas de Cuzco, sociólogo y antropólogo, ha declarado en un alarde de ingenio y sofisma: «¿A quién se le va a pedir perdón si no hay interlocutor? Las religiones prehispánicas ya no son interlocutoras: no hay incas, no hay aztecas, hoy todos son mestizos» (Reportaje en la revista *Esquiva*, 3-9/5/1992). El padre Urbano es muy ingenioso, pero omite algunos hechos: 1) En Latinoamérica el 10 por ciento de la población es todavía indígena pura; 2) Los mestizos son también auténticos descendientes de aquellos a quienes la conquista destruyó sus civilizaciones y sus culturas y arrebató sus vidas, tierras y dioses; 3) Aun suponiendo que no quedara un solo indio ni un solo mestizo, habría que pedir perdón a Dios, para los cristianos el Señor de la Historia, y a la propia conciencia. Y no sólo pedir perdón, sino reparar: en otro lugar he escrito que estos 500 años representan la gran oportunidad para que España y los gobiernos de América latina se decidan a colaborar seria y eficazmente con la resolución del problema indígena, que sigue siendo una gran mancha en Latinoamérica.

Entre el humor europeo e impiadoso del padre Urbano y la humilde veracidad de los obispos latinoamericanos, me quedo con la filosofía de estos últimos, aunque corra el riesgo de ser exagerada.

IGNACIO PALACIOS VIDELA

del siglo XVI, intransigente y prerrenacentista, nos ha condenado a la pérdida indocumentada de muchos de los rasgos principales de las culturas autóctonas, y no sólo de las religiones. Para valernos de un ejemplo local: a pesar de dos siglos de contactos regulares entre indios y españoles, la lengua de los querandíes se extinguió sin que de ella nos haya quedado siquiera un vocabulario. Los europeos crearon, asimismo, la abstracción del indio genérico. Estos hombres, en realidad, se concebían diversos y actuaban como tales frente a la invasión.

En resumen, los americanos debieron resignar su cultura para ingresar, como elementos subalternos, a los escalones inferiores de un sistema extraño y ajeno, rígidamente estratificado. Si algo propio querían conservar, debían hacerlo secretamente y con un grado variable de riesgo. Estas condiciones explican el bandolerismo étnico de los cazadores-recolectores que en el siglo XVII se hicieron jinetes: resistieron activamente la asimilación, con su carga de humillación y de trabajos forzados, y participaron del sistema colonial como merodeadores fronterizos con intereses propios, distintos de los del Rey.

Notas

1. Aunque los españoles miraban estos ritos como orgías perversas, los indígenas los consideraban imprescindibles para la integridad de la vida social. El grupo del cacique tehuelche Chulilaquini llevó a cabo una ceremonia similar, a fines del siglo XVIII, pese a la amenaza de ataque inminente por parte de una confederación de indios de otras naciones.
2. El obispo del Río de la Plata fray Reginaldo de Lizárraga informaba al rey, en 1609, que «sobre si entró una nación a pescar o cazar en las de su vecino [...] manan las guerras.»
3. Este nombre, tan de leyenda, derivaba del de una localidad de Calamuchita, *Lin Lin*.
4. Seguramente *Huenuvilu*, «serpiente del cielo» en araucano.

Bibliografía

- ABAD, ALONSO, 1918, información levantada por el procurador del Cabildo de Santiago del Estero, en LEVILLIER, ROBERTO, *Gobernación del Tucumán, correspondencia de los cabildos en el siglo XVI*, Rivadeneyra, Madrid.
- DE GANDÍA, ENRIQUE, 1946, *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*, Centro Difusor del Libro, Buenos Aires.
- Idem, 1932, *Historia de la conquista del Río de la Plata y del Paraguay*, García Santos, Buenos Aires.

- Documentos históricos y geográficos relativos a la conquista y colonización rioplatense*, 1941, Peuser, Buenos Aires.
- FURLONG, GUILLERMO, 1943, *Entre los tehuelches de la Patagonia*, Talleres Gráficos San Pablo, Buenos Aires.
- GONZÁLEZ DE PRADO, PEDRO, 1919, Capítulos de una información de los servicios prestados por ..., que entró en las provincias del Tucumán y Río de la Plata con Diego de Rojas, en LEVILLIER, ROBERTO, *Gobernación del Tucumán, probanzas de méritos y servicios de los conquistadores*, Madrid, 1, 5.
- GUEVARA, JOSÉ, 1882, *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán hasta fines del siglo XVI*, Buenos Aires.
- GUSINDE, MARTÍN, 1982-1991, *Los indios de Tierra del Fuego*, 4 tomos en 9 vols., Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires.
- LORANDI, ANA MARÍA y BOIXADÓS, ROXANA, 1989, «Etnohistoria de los valles calchaquíes en los siglos XVI y XVII», *Runa*, 17-18 (1987-88), 263-419.
- MADERO, EDUARDO, 1939, *Historia del puerto de Buenos Aires*, Ediciones Buenos Aires, Buenos Aires.
- MICHELI, CATALINA TERESA, 1983, *Los huarpes prehistóricos*, Inst. Inv. Arqueol. y Museo, U. N. de San Juan, San Juan.
- Idem, 1985, *Los comechingones según la crónica de Gerónimo de Bibar y su confrontación con otras fuentes*, Inst. Inv. Arqueol. y Museo, U.N. de San Juan, San Juan.
- OTTONELLO, MARÍA MARTA y LORANDI, ANA MARÍA, 1987, *Introducción a la arqueología y etnología. Diez mil años de historia argentina*, cap. IX, EUDEBA, Buenos Aires.
- PRIEGUE, CELIA N., 1971, *La información etnográfica de los patagones del siglo XVIII en tres documentos de la expedición Malaspina (1789-1794)*, Cuadernos del Sur, Bahía Blanca.
- Raffino, Rodolfo (dir.), 1981, *Los inkas del Kollasuyu*, Ramos, Buenos Aires.
- SARMIENTO DE GAMBOA, PEDRO, 1950, *Viajes al Estrecho de Magallanes (1579-1584)*, 2 tomos, Emecé, Buenos Aires.
- SCHMIDL, ULRICO, 1942, *Viaje al Río de la Plata*, Emecé, Buenos Aires.
- Idem, 1948, *Crónica del viaje a las regiones del Plata, Paraguay y Brasil*, Peuser, Buenos Aires.
- SOTELO NARVÁEZ, PEDRO, 1915, «Relación de las provincias de Tucumán para el presidente de la real Audiencia de La Plata», en JAIMES FREYRE, RICARDO, *El Tucumán colonial*, Buenos Aires, 1, 85.
- TARRAGÓ, MYRIAM, 1984, «El contacto hispano-indígena: la provincia de Chicoana», *Runa* 14, (1984), 145-85.
- VIGNATI, MILCIADES A., 1964, «Antecedentes para la protoetnografía del norte de la Patagonia», *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, 34, Segunda Sección, 1963.

EL FALLIDO REDESCUBRIMIENTO

RODOLFO H. TERRAGNO



El prejuicio decimal -- que mueve a glorificar a todo cuanto termina en cero -- exigía festejar, este año, los 500 años de la América europea. España comenzó a prepararse la década pasada.

Su empeño, sin embargo, tuvo un efecto impensado: condenas a los avasallantes conquistadores y exaltación del «buen salvaje», sometido en nombre de la Santa Cruz.

No era difícil convertir la Conquista en un *western* dado vuelta, en el cual el indio fuera el héroe y el europeo el villano. Cuando pidió la ayuda de Fernando e Isabel para buscar una nueva ruta a Catay (el antiguo nombre de China), Cristóbal Colón propuso el viaje como una misión evangélica.

En 1492, mientras él descendía con la cruz en la diestra sobre una isla del Caribe, su Iglesia -- esa Iglesia a la que se habían adscripto sus padres españoles, tras abjurar del judaísmo -- tenía como papa a Alejandro VI, jerarca corrupto, padre (y cómplice) del sanguinario César Borgia y la disoluta Lucrecia.

Colón portaba una civilización que incluía a inquisidores que -- como se ha dicho del papa Alejandro IV -- amaban la arquitectura de fortalezas y prisiones, hacían de verdugos y carceleros los súbditos preferidos, y asistían a la tortura sin mover ni una ceja. Era la cultura del fanatismo, en la cual la sangre producía «una gélida exaltación».

Es fácil combinar historias de cruzados e inquisidores, elogios a la civilización azteca que destruyó Cortés, imágenes de Machu Pichu y los apuntes de fray Bartolomé de las Casas sobre la mita y el yanacozgo. Con eso basta para construir una historia de crueldad

unilateral y tomar partido por las víctimas. No es lícito, sin embargo, vivir el pasado con pasión contemporánea.

La reivindicación de las culturas indoamericanas (comparables a la sumeria o a la del Egipto predinástico) no precisa de la denostación universal de aquella civilización más avanzada que, junto con el dogmatismo y la crueldad religiosa, trajeron los conquistadores europeos.

Nuestra rebeldía retroactiva es irrisoria: requiere ignorar que nuestra sangre es tan conquistada como conquistadora.

Todo ser humano necesita sentirse *inevitable*. Cuesta aceptar que uno es el resultado de un único espermatozoide y un único óvulo entre espermatozoides y óvulos infinitos. Es difícil admitirse un accidente.

El nacido en Iberoamérica necesita creer que -- de no haber financiado los Reyes Católicos la aventura de 1492 -- su vida habría sido diferente. Lo cierto es que no habría sido.

No habríamos sido los millones que fuimos y los millones que somos. No habríamos nacido distintos, ni en otra parte. Somos un resultado improbable. Existimos *porque* hubo una conquista. Podemos juzgarla, pero no podemos dejar de asumirla.

El Quinto Centenario, sin embargo, ha sido aprovechado para la liviandad contestataria y la insurrección anacrónica o -- de otro lado -- la hispanofilia verborrágica y la exaltación escolar.

Hemos dejado pasar la ocasión servida por ese prejuicio decimal que obliga a adorar números como el 500. La ocasión de conocer-nos a nosotros mismos.

Buenos Aires rescata para América el quinto centenario como festejo

LA MAYOR EXPO QUE TUVIMOS NUNCA

HAN TRANSCURRIDO CINCO SIGLOS DE UNO DE LOS ACONTECIMIENTOS MAS TRASCENDENTES EN LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD. UN NUEVO MUNDO. EL ENCUENTRO DE DOS CULTURAS. UNA CONMEMORACION QUE EL MUNDO CELEBRARA DE INNUMERABLES MANERAS. LA REPUBLICA ARGENTINA LO HARA A TRAVES DE LA REALIZACION DE UNA FERIA INTERNACIONAL Y ESPECTACULO-HOMENAJE A LA AMERICA DE TODOS LOS TIEMPOS EN LA ZONA PORTUARIA DE LA CIUDAD.



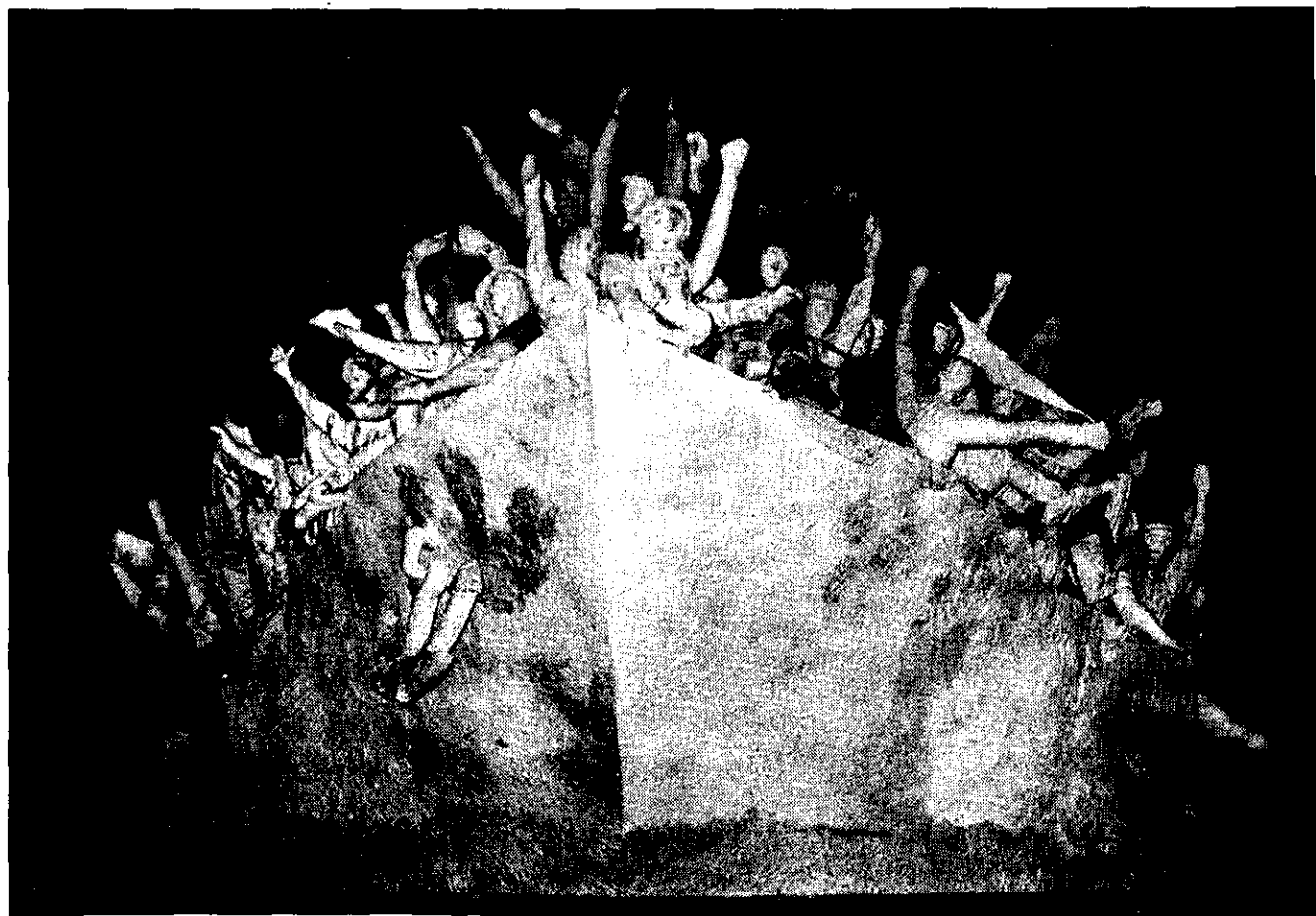
E

l ambicioso e imaginativo proyecto de América 92 concreta la mayor exposición que se haya realizado nunca antes en la Argentina, a la vez que constituye el aporte más importante de nuestro país a la celebración del Quinto Centenario. Se calcula que más de tres millones de personas recorrerán la gigantesca muestra, que se clausurará el penúltimo día del año. Ubicada en un predio de treinta hectáreas del antiguo Puerto Madero, se levanta América 92, montada a lo largo de ocho meses de trabajos intensivos sobre una idea del empresario *Fernando Marín*. Lo que la muestra se propone es un apasionante paseo, casi una aventura, por más de cinco siglos de historia americana en el que se incluyen museos precolombinos y coloniales del noroeste argentino.

Ese pasado americano se codea con el presente, y ambos rozan el futuro. Una estupenda réplica tamaño natural del andaluz Puerto de Palos y la carabela *Santa María*, amarrada a él, permiten recrear con fuerte realismo las condiciones en que Colón consumó la hazaña del descubrimiento. Más allá, en los bajos de antiguos elevadores de granos, la historia da un salto y se detiene en 1880-1920, cuando cientos de

miles de inmigrantes del Viejo Mundo llegaron masivamente a la Argentina, ingresando por este mismo puerto e instalándose transitoriamente en el vecino Hotel de Inmigrantes. Datos personales de más de tres millones y medio de inmigrantes, procesados por el Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos con apoyo de los Padres Scalabrinianos y la Fundación Agnelli, pueden ser consultados por los visitantes.

De espaldas, y a un costado de la Casa Rosada, se alza el monumento a Cristóbal Colón. Atrapado entre ruidosas avenidas de tránsito ligero, un Colón de pie contempla los trajines de la ciudad, aunque los apurados porteños que transitan cerca de él apenas si advierten su presencia. Desde el pie de ese monumento y hasta uno de los accesos a la exposición, un puente de doscientos metros permite pasar directamente desde el subte de Plaza de Mayo a la muestra. Enormes flechas señalan los ingresos a la muestra, proponiendo itinerarios con sentido. Hacia el fondo, canal de por medio, se alcanzan las alturas de los silos repintados de atractivos colores y convertidos en altos miradores o restaurantes a los que se llega en ascensor.



Banderas de los países presentes, luces, la pirámide mexicana, se apiñan ordenadamente en el predio. El anfiteatro tiene capacidad para nueve mil personas, y por su escenario desfilan algunos de los trescientos números artísticos programados para los casi tres meses de la exposición. Este paseo por el pasado y el presente demanda mucha atención y tiempo. Treinta toneladas de un trozo de Muro de Berlín están expuestas no muy lejos de la réplica de una plaza europea renacentista, en contraste de épocas y realidades: la del humanismo de esta última y la del símbolo del totalitarismo del siglo xx.

Con **América 92** la Argentina retoma la tradición en materia de grandes exposiciones, como las que impulsó Sarmiento en la segunda mitad del siglo pasado y como las que se programaron para el Centenario en 1910. Una modalidad que comenzó en Londres en 1851 y que fue contagiando a toda Europa, pues estas muestras gigantescas pretendían erigirse en catedrales del progreso. Precisamente la primera exposición londinense englobó el tema del «progreso», y atrajo a seis millones de personas. **TODO ES HISTORIA** dialogó con Fernando Marín, el padre de la idea y el nervio impulsor de la iniciativa. «Hace cinco años comencé

a imaginar este proyecto. Pensé que hasta final de siglo quedaban dos celebraciones fundamentales, insoslayables: el Quinto Centenario y el 31 de diciembre de 1999. En ese momento, esa noche, terminará un año, comenzará otro; concluirá un siglo, empezará otro y entraremos en el tercer milenio. Sobre esto estoy terminando las ideas generales para otro proyecto que tendrá impacto internacional», dice el empresario.

RECORDAR CON ENTUSIASMO

Pero también advirtió respecto al Quinto Centenario que las celebraciones principales tendrían lugar fuera de América y que los programas conocidos hasta entonces excluían la participación masiva de la gente. Encuentros académicos, debates entre eruditos historiadores, los gestos rituales de los gobiernos, las loas y las más duras condenas. Mientras éste era el poco atractivo menú americano, los españoles en Sevilla trabajaban desde 1982 para quitar de excesivas solemnidades a los festejos. Después de todo, el encuentro



con el Nuevo Mundo debía dar lugar a una gran verbena, con espectáculos, colorido, música, atracciones y muestras culturales aptas para el consumo de multitudes.

Marín recorrió varios países de América latina, anotó ideas, añadió propias y decidió impulsar, contra viento y mareas burocráticas, su proyecto. El viejo puerto se había convertido a la vez en tierra de nadie y de todos. Las jurisdicciones superpuestas de organismos diversos y desconectados entre sí compartían la administración de los restos del puerto. Algunos particulares acampaban allí y hacían sus negocios, sin autorización alguna. Ratas y basuras se habían apoderado de los depósitos abandonados. Hubo que remover muchos obstáculos hasta que la Municipalidad convoca una licitación, se adjudican las obras y se comienza a trabajar a partir de marzo de este año. Se montó una estructura empresaria, se requirió y obtuvo el aporte de arquitectos y consultores de primer nivel, se firmaron convenios con las más importantes empresas internacionales en distintos rubros, como la de programación artística. Se habló con empresas privadas, se entusiasmó a gobiernos, se invitó a provincias, se sumaron esfuerzos, se acumularon aportes.

RECREACION DE UNA EMPRESA

Quinientos años de historia americana están recreados en este espacio. La gran pirámide mexicana alberga muestras del pasado precolombino de las civilizaciones que poblaban esas tierras. Fraternitas trajo un Murillo del Museo Vaticano. La provincia de Jujuy facilitó íntegro el Museo de Tilcara. Tucumán su Museo Precolombino. Sobre una enorme pantalla tridimensional aparecen en un diálogo imaginario Colón y la reina Isabel la Católica, conversación a la que se agregan muchos de los hombres que hicieron la historia americana. Hay diálogos fuertes, sin complacencias. Sobre un trabajo de Eduardo Mignona (cineasta) y de Félix Luna, se despliega esa historia compleja y rica.

No es todo. Francia ha facilitado el Museo de la Villette, especializado en ciencia y tecnología. Un rayo láser intentará cruzar al que se proyectará desde el faro de Colón en República Dominicana, obra fabulosa que se construyó a partir de 1927. Un delfinario con ejemplares traídos de Rusia, un helipuerto, un parque de diversiones mexicano, fuegos artificiales, sonidos espaciales y aguas que danzan, rodean de espectacularidad a estos aportes culturales. De Miami han llegado los dinosaurios robóticos. La cocina internacional se despliega en un festival gastronómico.

En el marco de las actividades de la ALADI se realizarán seminarios sobre el Mercosur con la participación de economistas de varios países latinoamericanos, Estados Unidos y Europa. Italia tiene un stand de 10 mil metros cuadrados en el que participan varias de sus empresas especializadas en tecnología de punta. En este pequeño y abigarrado mundo, un atractivo especial es el que aporta la Expoflora. Un trigal de dos hectáreas a un costado de la muestra puede verse cerca de una exposición de variedades exóticas de la flora americana.

Uno de los atractivos mayores es el Pabellón de los Inmigrantes, ubicado dentro de uno de los viejos silos del puerto. Paneles con fotos de archivo en sepia dan el marco adecuado al sitio donde se exhiben documentos, pasaportes, instrumentos de trabajo, baúles y utensilios de uso cotidiano que pertenecieron a los inmigrantes. El aporte más interesante quizá, desde el punto de vista histórico, es el rescate que el CEMLA hizo de la documentación archivada en el viejo Hotel de Inmigrantes y salvada en parte de la destrucción. Aunque estos registros sufrieron deterioros y pérdidas. Un equipo de 160 personas trabajó a full con cuarenta computadoras para procesar los datos asentados en esos libros de ingresos de inmigrantes. Vestidos típicos, voces con acentos regionales europeos, una maqueta con la proa de un barco repleto de inmigrantes ansiosos de tocar tierra, completan este sector.

La gente puede participar, vestirse a la antigua, obtener un video luego; llevarse los antecedentes de sus abuelos inmigrantes; recorrer algunos stands en visitas guiadas. A su modo, los argentinos protagonizan otro descubrimiento: el de los aportes culturales del pasado indígena y americano; el de los aportes de la empresa privada de varios países; el del arte, la gastronomía, la música, la informática, los medios de comunicación y también la historia escrita. Asisten a un redescubrimiento de la antigua zona del puerto, de la vieja Aduana, puerta de entrada a tierra firme por el río, puerta de salida al mundo. Un puerto que se inauguró casi cuarenta años después de iniciados los primeros proyectos, y que demandó casi treinta de esfuerzos a Eduardo Madero, el hombre que llevó adelante la obra. En el acto inaugural en enero de 1889, Carlos Pellegrini destacó los afanes de este hombre y destacó con su nombre esta zona, sin ignorar los aportes que hizo el ingeniero Huergo a través de la Comisión de obras del Riachuelo, por lo cual el Puerto Nuevo fue bautizado con el suyo. Después de todo, por el olvidado y en su momento denostado puerto, entraron las corrientes de inmigrantes, salieron los productos argentinos al mundo y fue el puerto el que designó como *porteños* a los habitantes de esta Buenos Aires que antes lo olvidó y que ahora lo recuerda como un capítulo importante de esa historia de cinco siglos que comenzó con naves venidas también del Viejo Mundo.

Elija la nueva Cruz Azul, pionera en medicina personalizada.

- Terapia Intensiva y Unidad Coronaria, sin cargo, los 365 días del año.
- Internación en habitaciones individuales, sin cargo, los 365 días del año.
- 100 % de los medicamentos en internación, sin cargo.
- 100 % del material descartable

- en internación, sin cargo.
- 100 % del material descartable y medicamentos en cirugía cardiovascular y neurocirugía, sin cargo.

Amplia cartilla con consultorios privados, sanatorios y centros de diagnóstico.

Plan para embarazadas, parto sin cargo.

**Plan para matrimonio con dos hijos
con odontología: \$ 149.-**

Planes especiales para pequeñas y medianas empresas.

**59 AÑOS A LA VANGUARDIA
DE LA MEDICINA PREPAGA.**

CRUZ AZUL-PREVER, con su Sanatorio Quintana y consultorios propios.



Av. Córdoba 1368 - Tel.: 40-8777/2979/45-7726

EL APORTE INDIGENA A LA COCINA UNIVERSAL

Así como ciertas comidas criollas serían inconcebibles sin el aporte de ingredientes y formas de guisar traídas por los españoles, así también muchos platos de la cocina europea no hubieran sido posibles sin los ricos frutos que aportó la naturaleza americana. Después de las relaciones carnales, la cocina fue el lugar donde se dio el más intenso, placentero y perdurable intercambio entre indios y europeos.

El mestizaje culinario no sólo modificó gustos y hábitos del comer, sino que introdujo cambios en el paisaje rural, los intercambios comerciales y las vinculaciones entre seres humanos en el Viejo y en el Nuevo Mundo.

MARIA SAENZ QUESADA



¿Cuál fue el aporte de los vencidos a la mesa de los conquistadores y, a través de ellos, a la de Europa y los demás continentes? En primer término, parece adecuado hablar de *encuentro culinario*, no de *choque*, *guerra*, porque en materia de alimentación se produjo desde el principio un acercamiento forzoso y grato.

Los españoles y, seguramente, los demás europeos que vinieron al Nuevo Mundo, carecían de las provisiones suficientes para alimentarse en el curso de sus exploraciones terrestres, apenas alcanzaban las bodegas atiborradas de guisantes, tocinos y galletas, en las largas travesías, en las que en más de una ocasión debieron comerse los ratones y el bicherío de a bordo. Una vez en tierra, el secreto de la supervivencia dependía de su inteligencia, de su capacidad de observación y de su valoración de las novedades que ofrecía la mesa de los pobladores autóctonos. Y en ese sentido los progresos fueron más rápidos y fecundos, menos dramáticos, también, que en otras materias.

La sorpresa ante los alimentos de la cocina indígena fue relatada por los cronistas de Indias, y a ellos nos remitimos para comprobar qué elementos autóctonos fueron aceptados de inmediato y luego pasaron a la mesa de Occidente, mientras que otros quedaban relegados en calidad de alimentos de los vencidos, de los pobres, de los marginales.

Hombres (y mujeres) de maíz

El continente americano tenía a su disposición una larga serie de plantas silvestres domesticables y una fauna escasa desde el punto de vista de la domesticación. Los cultivos se iniciaron aproximadamente en el 7000 a 5000 a. de C., a partir de tres focos distintos: *Mesoamérica* (actualmente América Central y parte de México) domesticó el maíz, el frijol, chile, calabaza, cacao, etc., y entre los animales, el pavo y el perro.

En la *zona andina central de Sudamérica*, los cultivos se diferenciaban según fueran las zonas climáticas: en las *yungas* o valles templados, hasta 2500 metros de altitud, se cultivaba chile o ají, tomates, pepinillos, frijoles, aguacates, chirimoyas, guayabas, camotes. Las alturas eran el dominio de la papa y de la quinoa, mientras en las terrazas se sembraba maíz. La llama era el valioso cuadrúpedo doméstico cuya carne proporcionaba un alimento excepcional.

Al noroeste de *Sudamérica* se ubica la cultura de la yuca o mandioca, de donde pasó en fecha tardía a las islas del Caribe, produciendo una verdadera explosión demográfica.

Variedad de ajíes, el condimento por excelencia de los pueblos precolombinos, que se ofrecen en el mercado sabatino de Oaxaca, México. (foto gentileza de Lucía Gálvez)

Porque, en la época del descubrimiento de América por los europeos, el rendimiento por hectárea de las plantas que estaban a disposición del indio americano superaba al de los cultivos que por esa misma época se practicaban en el Viejo Mundo.

Los especialistas discuten en cuál de las regiones de la América prehispánica se cultivaron por vez primera esas plantas, pero el debate está teñido de nacionalismo. Fue en todos los casos un proceso lento y gradual, que se combinó con alimentos provenientes de la caza, la pesca y la recolección.

Investigaciones arqueológicas recientes indican que el maíz se cultivó primero en Mesoamérica, mientras la calabaza, esa humilde planta que alimenta a los bebés y protege las digestiones de la tercera edad, es originaria de la costa peruana, donde aparece como el cultivo más antiguo; en el sudeste asiático también se la encuentra hacia el 7000 a. de C. Una doble pertenencia, asiática y americana, posee asimismo el cacahuete o maní, cuyo ancestro americano nativo fue identificado en Yucatán y se encuentra en yacimientos neolíticos de China.

Los pueblos americanos crecieron y se multiplicaron gracias a estos alimentos básicos que permitieron el desarrollo de culturas tan sofisticadas como la de los mayas en Yucatán y Guatemala, los incas peruanos y los aztecas, tarascos, zapotecas y demás poblaciones de México. Ellos reconocieron el valor de sus alimentos en los cultos religiosos y en los relatos míticos que hablan del origen del hombre. El más célebre de esos relatos, contenido en el *Popol Vuh*, el libro sagrado de los mayas quichés que inspiró el título de una novela del guatemalteco Miguel Ángel Asturias, *Hombres de maíz*, revela la preocupación de los dioses por crear al hombre de una sustancia noble, y sus sucesivos intentos fracasados antes de alcanzar la perfección.

«He aquí el comienzo de cuándo se celebró consejo acerca del hombre, cuando se buscó lo que entraría en la carne del hombre. He aquí los nombres de los animales que trajeron el alimento Zorro, Coyote, Cotorra, Cuervo, los cuatro animales anunciadores de las mazorcas amarillas, las mazorcas blancas nacidas en Casas sobre Pirámides. He aquí que se conseguía al fin la sustancia que debía entrar en la carne del hombre construido, el hombre formado, esto fue su sangre, esto se volvió la sangre del hombre, esta mazorca entró al fin en el hombre, por los Procreadores, los Engendradores. Se regocijaron pues, de haber llegado al país excelente, lleno de cosas sabrosas, muchas mazorcas amarillas, mazorcas blancas, cacao fino, innumerables zapotillos rojos, las anonas, las frutas, los frijoles Paternoster, los zapotes matasanos, la miel silvestre, plenitud de alimentos exquisitos había en esa ciudad llamada Casa sobre Pirámides, cerca de la mansión de los peces. Entonces fueron molidos, el maíz amarillo, el maíz blanco, y la Antigua Ocultadora hizo nueve

bebidas. El alimento se introdujo en la carne, hizo nacer la gordura, la grasa se volvió la esencia de los brazos, los músculos del hombre.» Hasta aquí, el libro sagrado de los mayas del sur.

Los pueblos nahuas de la meseta mexicana también atribuían al maíz un origen sagrado. Sus antiguas crónicas, que hablan del origen de la pareja humana, asignan a cada una de las edades vividas la aparición de alimentos cada vez mejores. En la quinta edad, la época del «sol en movimiento», en Quetzalcóatl, el héroe cultural por antonomasia, quien luego de crear con su sacrificio la primera pareja humana va en busca de la Hormiga Negra que sabe donde está escondido «nuestro sustento», o sea, el maíz. Llegado allí obtiene el precioso alimento para dioses y hombres, ya que los dioses adoptan para sí el maíz desgranado que el dios puso en los labios de la primera pareja, Oxomoco y Cipactonal, para que se «hicieran fuertes».

Entre los incas, el maíz se llamó *zara*, porque era el pan que ellos tenían, dice Garcilaso; explica el célebre Inca sus dos maneras, uno duro, que es el que se llevó a España, y otro que se cría tierno y delicado. Es el primer inca el que enseña a cultivar la tierra, pero entre los peruanos antiguos no aparece el maíz con la misma fuerza mítica que entre los mesoamericanos. Incluso los sacrificios más solemnes se hacían sobre la base de ofrendas de animal y en segundo término de chicha, brebaje a base de agua y maíz fermentado. En contraste agudo con el respeto que el maíz inspiraba a los pueblos precolombinos, véase la opinión de una historiadora muy acreditada de la alimentación, Maguelonne Toussaint-Samat, en su *Historie naturelle et morale de la nourriture*: «El trigo, desde la Antigüedad hasta nuestros días, encierra sus flores con tal recato que nunca las alcanza el polen clandestino que escapa de las especies de su misma familia, lo que no da lugar a mestizaje alguno, a ninguna hibridación. El se fecunda solo, pues sus flores son bisexuales. Además, no hay inseminación artificial que haya tenido éxito en su caso, pues al intentársela se produce un verdadero fenómeno de rechazo. El trigo es virtuoso. Por el contrario, el maíz está listo para todos los adulterios. El polen macho, en la punta de la flor, se esparce al menor soplo de viento; los órganos femeninos, en los brotes bajos, se prestan gustosamente a la primera fecundación que venga, sea de sus propios compañeros, sea de otro polen vagabundo de la misma especie, o de una planta del mismo género». El historiador venezolano José Rafael Lovera observa con indiscutible acierto que en una historia calificada de moral, el juicio transcrito es, sin duda, «el más gratuito y europeizante vituperio que se haya dicho a nuestro calumniado maíz». Lovera reclama para el maíz, que los españoles llamaron «trigo de Indias», el carácter de auténtico símbolo de la identidad americana. Los conquistadores no se resignaban del todo a adoptarlo, y vivían obsesionados por

Servidores aztecas atienden a los invitados a un banquete. Ilustración del Códice Florentino.

adaptar el trigo europeo al paisaje americano. No obstante su importancia creciente dentro de la dieta colonial, el maíz nunca se igualó al trigo, considerado de excelencia en materia de nutrición, y, en la religión, vehículo indispensable para la transubstanciación.

Indiferente a esta visión negativa de sus cualidades morales, y precisamente gracias a su buena disposición hacia la mezcla y el mestizaje, el maíz cumple en la actualidad funciones insustituibles; es el que convierte mayor cantidad de grano en kilos de carne, y se utiliza por lo tanto para el engorde de hacienda bovina o porcina. El trigo no sirve a ese efecto.

Cocina mexicana

¿Cómo era la mesa de los mexicanos, nobles y plebeyos, en el momento de la conquista? Con el menosprecio característico del paladar francés ante lo que no provenga de la cocina gala, el americanista Jacques Soustelle opina que se trataba de un menú monótono y que el mexicano de la época era frugal, como lo es todavía hoy. La base de su alimentación era —y en parte es— la tortilla, el atole y los tamales, frijoles y granos de amaranto de chia, además de una serie de plantas silvestres, batracios e insectos.

Históricamente, la voluntad de supervivencia del pueblo azteca —y también su eclecticismo en materia alimenticia— se había manifestado cuando, relegados por pueblos más poderosos que ellos a la tierra inhóspita de Tizapan, no vacilaron en comerse las culebras que allí abundaban. Así solucionaron tanto el problema de la comida como el riesgo de las culebras venenosas. Desde esos tiempos de escasez, sabían aprovechar los alimentos de la región lacustre y pantanosa donde levantaron su capital. No desdeñaban ni siquiera una sustancia flotante en las lagunas, parecida al queso, que prensaban para hacer panes. Pero una vez organizada la confederación azteca y dispuesto el sistema de tributos que venían de todos los puntos del imperio, se logró evitar las hambrunas periódicas, consecuencia de sequías, plagas e inundaciones, y al mismo tiempo hacer más sofisticada la mesa de los poderosos.

Un mexicano, anterior a Cortés, desayunaba a las diez de la mañana con un tazón de atole, pasta de maíz más o menos espesa azucarada con miel o condimentada con chile; los ricos bebían cacao, producto de lujo importado de tierras calientes al que se agregaba miel perfumada con vainilla, maíz tierno, o chile. La comida fuerte se hacía al mediodía y era asunto rápido para la gente común: tortillas de maíz, frijoles, salsa de chile y tomate, a veces tamales, y rara vez carne, que era de venado o de patos y guajalotes. Se bebía

solamente agua. Pero en casa de los poderosos se servían hasta trescientos platos, como los que se ofrecían en la mesa del emperador Moctezuma: pavos, faisanes, perdices, cornejas, patos domésticos o salvajes, venados, jabalíes, pichones, liebres, conejos; con un ceremonial que incluía bellas mujeres que traían los manjares. El emperador concluía su comida con unas pocas de las muchas frutas que la tierra producía y, finalmente, bebía cacao y se entretenía con las bromas de los bufones enanos antes de dormir la siesta.

Un hábil cocinero azteca conocía al menos siete especies de tortilla, veinte guisos de carne de aves, seis de tamales y una diversidad infinita de platos de legumbres, chiles, tomates, camotes. La fruta se servía a veces con caldo de aves, y había un renacuajo local muy apetecible, el axolotl; hormigas aladas, gusanos del maguey, y varias raíces formaban, asimismo, parte de su dieta.

Entre la gente acaudalada, los mercaderes se distinguían por las grandes comilonas que los convocaban al atardecer y que duraban horas. Para preparar un banquete, debía contarse con maíz y frijol en abun-

El maíz se cultivaba en toda América a partir de un foco inicial que probablemente estuvo en Mesoamérica. (dibujo perteneciente a la crónica de Huamán Poma de Ayala)

TRAVAXO ZARACALICHALARCVIDA



dancia, de ochenta a cien pavos, tomate, veinte perros y veinte cargas de cacao, que se saboreaba a final junto con cañas de humo de tabaco mezclado con carbón de leña y liquidámbar. Por otra parte, no puede obviarse la importancia de las bebidas alcohólicas, como el pulque, destilado del espinoso maguey; ni las sanciones sociales que merecía el vicio de la embriaguez, que sólo se toleraba en los ancianos.

Como los antiguos mexicanos no disponían de grasa ni aceite, todo lo comían asado o cocido, muy sazonado y picante, como en la actualidad.

La falta de grasa era consecuencia de la escasez de animales comestibles. Disponían exclusivamente del pavo o totolin, cuyo macho es el *uexólotl*, de donde deriva *guajalote*, originario de México, donde se lo domesticó desde muy antiguo. Los españoles lo llamaron «gallina del país», y era el ave de corral por excelencia, base en la actualidad de la excelente cocina criolla yucateca. Después de la conquista, los indígenas se habituaron a las gallinas europeas, más rústicas y resistentes que el guajalote. Perros sin pelo se cebaban para consumo, aunque su carne fuera menos apetecible que la del pavo, por lo cual, según relata fray Bernardino de Sahagún, se la intercalaba en los tamales para hacer bulto. Tanta era la fuerza de la costumbre, que el cronista Muñoz Camargo dice que él tenía algunos perrillos mucho tiempo después de la conquista, cuando la introducción del ganado europeo, reproducido en libertad, había abaratado el precio de la carne vacuna en el México central.

Vicios: tabaco, chicle, chocolate

El tabaco tenía, en Mesoamérica, sentido religioso y fines tanto medicinales como rituales. Su uso no estaba extendido entre las clases populares. «El tabaco, como el cacao — escribe Eric Thompson —, al ser anexionados por los españoles y otros europeos, fue arrancado de su ambiente de ceremonia religiosa y se olvidaron de sus virtudes medicinales. En un medio cultural nuevo, sobrevive solamente por procurar placer.»



Su antiguo uso ceremonial, reservado a los poderosos, se verifica en los relieves de la ciudad maya de Palenque, en los que el humo aparece como una cascada de puntos negros que nacen de las narices de un personaje encumbrado. A los primeros cronistas les costaba describir el rito de fumar, que formaba parte de la iniciación de los muchachos; pero, además, el tabaco mezclado con cal era una especie de rapé que no se aspiraba, sino que se mascaba, lo mismo que la coca, y tal vez por su influencia. Se trataba, en todo caso, de un rito elegante, en el que el tabaco se ofrendaba en tubos y que era, asimismo, asequible para los ricos mercaderes, antes y después de las comidas. En la adivinación provocaba estados hipnóticos, debido al efecto probable de la cal; se le atribuían virtudes protectoras de las tormentas, contra la magia negra y contra la muerte, explica Thompson en *Historia de la religión de los mayas*. Sahagun ha narrado cómo comían los señores, y, con su minuciosidad característica, se ha ocupado de los detalles del servicio, especialmente en lo que hace a la calidad, consistencia y presentación de las tortillas de maíz, blancas y calientes, dobladas, cubiertas con un paño blanco, unas más blancas y delgadas, otras más gruesas o algo pardillas «de muy buen comer». Menciona también a los panecillos alargados y otros ahojaldrados, muy apetitosos, y los tamales, blancos o colorados según fuera la preparación. Muchas gallinas de la tierra en empanadas, a veces enteras, y con chile amarillo, codornices asadas y «una manera de cazuela de gallina hecha a su modo», con chile bermejo y con tomates y pepitas de calabaza molida. «Osaban también comer peces en cazuela - prosigue el fraile -, peces blancos, con chile amarillo, y una de hormigas aludas, cazuela de camarones con tomates y chiletépitl. Muchas maneras había de comer frutas, zapotes y anonas, una cierta raíz que se llamaba *batata*. A las mazorcas ya hechas, tiernas y cocidas llaman *éotl*. Había potajes hechos a su modo, con chile amarillo y tomates y pepitas de calabaza y muchas mazamoras, atole con chile amarillo y miel.» Describe las tonalidades del cacao, colorado, bermejo, negro, blanco, servido en jícaras pintadas y con cucharas de tortuga para revolverlo. Pero el chocolate, tal vez la oferta más exquisita del Nuevo Mundo a los paladares de Occidente, no fue apreciado de inmediato. Para los españoles peninsulares paladear esta bebida era una marca de criollismo, y por lo tanto desvalorizada, mestiza. Así lo entiende el padre Joseph de Acosta en su *Historia natural y moral de las Indias* (Sevilla, 1590).

«El cacao es una fruta menor que almendras y más gruesa, y la cual tostada no tiene mal sabor. Es tan apreciado por los indios y aun entre los españoles, que es uno de los ricos y gruesos platos de Nueva España, porque como es fruta seca guardase sin dañarse mucho tiempo. El principal beneficio de este cacao es un brebaje que hacen que llaman *chocolate*

que es cosa loca lo que en aquella tierra le precian, y algunos que no están hechos a él le hacen asco, porque tiene una espuma arriba y un borbollón como de heces, que cierto es menester mucho crédito para pasar con ello. Y en fin es la bebida preciada y con que convidan a los señores que vienen a pasar por su tierra, los indios y los españoles, y más las españolas hechas a la tierra, se mueren por el negro chocolate.» En cuanto a la preparación, podía ser caliente o frío: se usaba echarle especias y mucho chili y, agrega Acosta, dicen que es pectoral, contra el catarro, pero a los que «no se han criado con esta opinión no les apetece».

Con el tiempo, el cacao haría la riqueza de la costa de Venezuela, porque cuando resultaron insuficientes las plantaciones de cacao en las tierras bajas de México y Guatemala fue preciso traer a la capital del virreinato en una flota especial el que se cultivaba en



El borracho camina a los tumbos, desaliñado y sucio. El vicio de la embriaguez merecía severos calificativos y sanciones en la sociedad azteca, que sólo lo toleraba en los ancianos.

otros puntos del Caribe. Este comercio intercolonial hizo la riqueza de los grandes cacaos, el grupo social dominante en la Venezuela colonial, tanto o más prestigiosos que los criadores de ganado de las pampas rioplatenses.

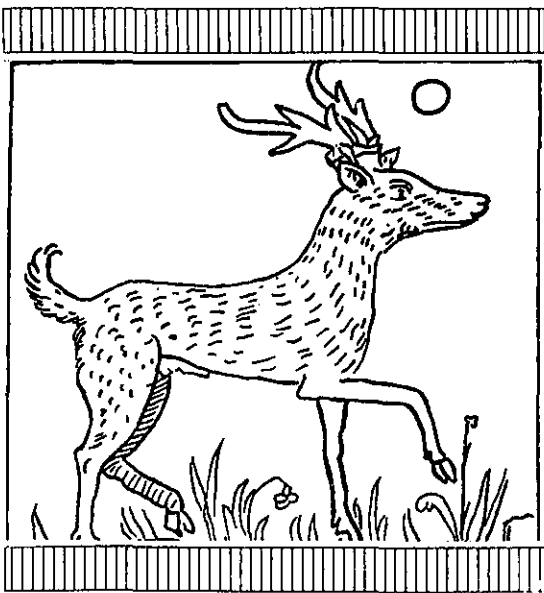
Antes de abandonar Mesoamérica e incursionar en Sudamérica y su contribución a la alimentación mundial, mencionemos un hecho curioso. El chicle, sustancia que produce el árbol del chicle, que crece en las selvas del Petén, tenía un significado especialísimo en Tenochtitlán. Sahagun relata que las mujeres mascaban *tzictli* mezclado con una sustancia que lo ablanda, pero que sólo lo hacían en público las solteras y doncellas, mientras las casadas y viudas se conformaban con masticarlo en privado, lo mismo que los varones. Sólo las prostitutas se atrevían a

mascarlo con toda desvergüenza en las calles y en el mercado, «sonando las dentelladas como castañetas»; «lo hacen para echar el reuma y porque no les hieda la boca y por tal razón ser rechazadas y también para limpiar los dientes», agrega el fraile con irremediable rechazo.

La papa, alimento de altura

Sudamérica tiene, desde el punto de vista de esta historia, dos vertientes geográficas y culturales. En la parte andina, el aporte más notable a la comida universal ha sido la papa, aunque no puede olvidarse la mención del cultivo de la coca, de tan dramática repercusión en el mundo contemporáneo.

«De los mantenimientos naturales fuera del maíz, hay otros dos que se tienen por principal bastimento entre los indios», escribe Cieza de León en la *Crónica del Perú*. «Al uno lo llaman *papas*, que es a manera de turmas de la tierra, el cual, después de cocido, queda tan tierno por dentro como castaña cocida: no tiene cáscara ni cuesco, más que lo que tiene la turma de la tierra, porque también nace debajo de la tierra, como ella; hay otro bastimento muy bueno, a quien llaman *quinua*, la cual tiene la hojani más ni menos que bleo



morisco y crece la planta de casi un estado de hombre. y echa una semilla muy menuda, blanca y colorada. de la cual se hacen brebajes, y también la comen guisada como nosotros el arroz.» Menciona asimismo el sabio cronista la clase de ganado que «nosotros llamamos ovejas, que más propiamente tiran a camellos», es decir, la llama, y a los venados, las perdices.

Venado que ilustra el Códice Florentino. La caza, que abundaba en las zonas lacustres y boscosas de América central, proveía de carne a la dieta de los pueblos de cultura nahua.

palomas y otras cazas, además de muchas otras raíces y semillas.

John V. Murra, especialista en etnohistoria peruana, ha llamado la atención acerca de las diferencias botánicas y ecológicas de dos clases de cultivos; por una parte, el grupo de los tubérculos de altura, como la papa y la quinua, resistente a las heladas y domesticado localmente. Por otra parte, el maíz, cereal de clima templado, cultivado en toda América.

Observa Murra que en los pisos ecológicos andinos, propios de la accidentada geografía de la región, los únicos cultivos nativos son quinua, papa, olluco, mashua, oca, que llegan a florecer, en algún caso, a 5000 metros de altura y producen tubérculos a 4000. Fueron los habitantes del Collao los que contribuyeron al desarrollo de la civilización andina mediante la domesticación de auquénidos y tubérculos, y la elaboración de chuño y charqui. Eran tan comunes los tubérculos en la dieta regional, que una de las unidades de tiempo usadas antes de 1532 equivalía al necesario para cocer una olla de papas. Todavía hoy pueden coleccionarse en el Perú centenares de variedades de papas, grandes o pequeñas, de tonalidades amarillas, blancuzcas o violáceas. La papa, resistente a las heladas, sensible sin embargo a la protección humana, resultó un elemento formidable para domesticar la altura y la puna haciéndola habitable.

En la región andina el maíz se cultiva tanto en la sierra como en la costa, pero en clima templado, pues requiere una buena cantidad de humedad y de calor, aunque excepcionalmente se lo haya aclimatado a gran altura, pero en cantidades pequeñas para uso ceremonial, «como rosa en jardín casero», explica Murra. Las quebradas más apropiadas para ese cultivo, a salvo de las heladas, se volvieron aprovechables mediante grandes obras públicas, andenes de cultivo y canales de riego que dan su originalidad al paisaje. Para tal fin se hicieron trabajosamente los andenes estatales de Yucay, y de Colcamapata, cerca de Cuzco, que Garcilaso vio en su juventud. Los cultivos de clima templado (maíz, algodón, ají, quizás coca) se hacían en chacras. En los Andes, un mismo grupo étnico tenía como aspiración el control de la mayor cantidad de pisos ecológicos, porque así disponía de dos clases de alimentos básicos, tubérculos y maíz.

Pero en materia ritual se prefería el maíz y se hablaba poco de la papa, de menos prestigio, alimento de los pordioseros, de los pastores muy pobres, o como dice Huamán Poma de Ayala, «de indios que tienen poca fuerza y ánimo y gran cuerpo ceboso y gordo porque comen todo chuño y beben chicha de chuño». El autor de *Nueva crónica y buen gobierno* compara a estos débiles indígenas con los habitantes del norte y de la costa, más pequeños pero de cuerpo animoso porque lo sustentan el maíz y la chicha de maíz, que da vigor y fuerza y se prefiere en las ofrendas ceremoniales.

El capítulo de las frutas no debe olvidarse cuando se evoca el aporte alimentario del Nuevo Mundo a la cultura universal. En la zona tórrida, Cieza menciona la fertilidad de la tierra, la gran cantidad de guayabas muy buenas, de aguacates (paltas) y tunas, melones de la tierra que tal vez sean sandías, además de plátanos y piñas.

El padre Acosta dedica largo párrafo a la piña que aquí llamamos «ananá»: de tamaño y aspecto exterior se parecen a las de Castilla, pero tienen excelente olor y un sabor «agrillo, dulce y jugoso»; aunque según sus críticos engendren cólera. Se comen haciendo tajadas, con agua y sal; se dan en tierras cálidas y húmedas, las mejores en las islas de Barlovento. Narra Acosta que al emperador Carlos V le fue presentada una fruta que seguramente fue transportada con esfuerzo desde tierra americana. Carlos alabó su olor pero no se atrevió a probarla.

El autor de la *Historia natural y moral* elogia a otros productos del suelo americano, como los pepinos, sabrosos, frescos y de fácil digestión; las paltas, calientes, delicadas, de carne blanca y, cuando están maduras, como manteca; a los guayabos, de más difícil digestión, y a la llamada frutilla de Chile, apetitosa de comer, que casi tiene sabor a guinda, pero en todo diferente por ser yerba y no árbol. Por relatos de la guerra del Arauco, parece que a los españoles les gustaba tanto que se bajaban de sus caballos en zonas de alto riesgo para arrancarla de las laderas de la montaña en donde crecen naturalmente: el indio aprendió a hacer emboscadas en las vecindades de esas laderas cubiertas de tentadoras frutas, como parte de la nueva estrategia militar que ensayaba.

Pero el paladar europeo no se rendía ante tantas y tan deliciosas frutas del trópico. El mismo Acosta, luego de describir a piñas, paltas y guayabas, sostiene que a todas ellas prefiere los melocotones, manzanas y peras de Europa.

La búsqueda de las especias era una de las motivaciones de las navegaciones que dieron origen al descubrimiento. Pero en las Indias occidentales no se halló otro condimento propio que el ají, vocablo tomado, como tantos más, de las islas antillanas, y que en Cuzco se dice «uchu» y en México, «chili». Esa «pimienta de Indias», de colores diversos, tiene un gusto «bravo que llaman *caribe*, que pica y muerde reciamente. Otro hay manso y alguno dulce que se come a bocados». Comida con moderación, ayuda al estómago, pero, advierte Acosta, «provoca efectos perjudiciales en los mozos, más que a la salud, al alma, porque provoca la sensualidad, porque todo lo quema el fuego que tiene en sí». ¿Se trataba, quizás, de un afrodisíaco? El temor a la sensualidad del indígena, del mestizo y del criollo, se insinúa con pretextos variados en toda la literatura de la época. Hace Acosta un gran elogio del plátano, al que distingue de la especie conocida en Europa, aprecia-

da por la sombra y que no lleva fruta. El plátano de Indias no es bueno para sentarse a su sombra, pero sí son excelentes sus racimos, porque sacando la cáscara es todo de buen comer, explica. Puede comerse crudo, asado o guisado, en potaje o conserva. En México se los trae de Cuernavaca; en Perú, de los Andes.

De la coca, el sabio Acosta dice que es una superstición aún mayor que la del chocolate. Mueve un gran comercio en Potosí, de noventa mil cestos de ella, al doble de precio que en el Cuzco; esta hoja verde pequeña que nace en arbolillos de clima muy húmedo y cálido, es delicada y viene de los valles de calor insufrible de los Andes. Los reyes incas no autorizaban su uso por la plebe, y los españoles pensaron en algún momento en prohibir su cultivo, porque acaparaba los esfuerzos y las tierras disponibles. Se la masca y no se la traga, y supuestamente es imaginación el bienestar que produce. «Yo por decir verdad no me persuado de que sea pura imaginación, porque se ven efectos como es con un puño de coca caminar doblando jornadas sin comer», reconoce el clérigo.

Manjares de los tupinambás y de los tehuelches

En la parte norte de Sudamérica, y en la región del Caribe, en este vasto mundo selvático que poblaron los pueblos tupi guaraní, el tubérculo comestible máspreciado era la yuca, con la que se prepara el pan cazabe. Van Staden, que estuvo prisionero entre los tupinambas, en la costa de San Vicente (Brasil), habla de la mandioca, un arbusto pequeño que produce tres raíces. Los indígenas, cuando quieren consumir las raíces, arrancan el arbusto y después lo meten de nuevo en la tierra. Rallan las raíces sobre una piedra, luego exprimen el jugo, después lo cuelan y, por último, amasan tortas delgadas; también dejan podrir las raíces frescas en agua y luego las ponen a secar y preparan harina.

La mayoría de estos indígenas no come sal, y cuando hierven algo le agregan pimienta verde. La carne y el pescado lo preparan asado, sobre palos encima del fuego regular que hay debajo, hasta que quede seca, luego la vuelven a hervir y la comen. Esto es el moquem, muy usado también para preparar carne humana, la de los prisioneros de guerra que exigía un complicado ritual y el acompañamiento de bebida hecha a base de mandioca fermentada, masticada por las jóvenes de la tribu. Los días excepcionales en que se cocinaba este asado humano, los más chicos comían la papilla llamada *myngau*, preparada con las entrañas del muerto.

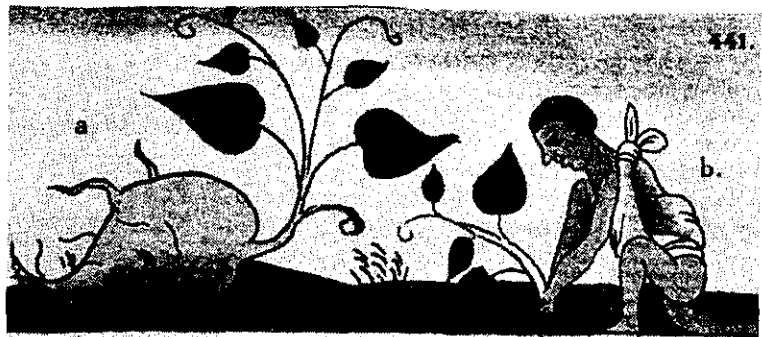
Lovera agrega otras precisiones acerca del pan cazabe, que es aún hoy uno de los alimentos que se comen habitualmente en Venezuela. Elaborado a partir de la yuca, tubérculo que usualmente en su estado natural contiene el mortífero ácido cianhídrico, requiere los procedimientos de rallar su pulpa y exprimirla para sacarle el jugo venenoso, operación que con el riesgo de muerte se transforma en fuente de vida. Durante dos milenios, numerosísimos seres humanos debieron al cazabe su sustento, porque les dio la primera posibilidad de almacenar comida. No otro fue el alimento de las expediciones conquistadoras y de exploración marítima en la etapa fundadora.

Más al sur, en el territorio andino argentino y chileno, el piñón de la araucaria fue un alimento apreciado por las tribus que habitaban en los bordes de la cordillera. Del piñón todavía nos hablan los viajeros y exploradores de la Patagonia en épocas relativamente recientes, porque en esas regiones, el encuentro de los dos mundos, el choque, la confrontación, tuvo lugar hace poco más de un siglo. George Musters, uno de esos exploradores que dejó un minucioso registro de su vida entre los patagones, dice que se alimentaban preferentemente de la caza de guanacos y avestruces, y describe un asado de avestruz que se come ensopado en el caldo. Encuentra excelente la carne de guanaco, aunque los indígenas prefirieran la de avestruz; se charquean las ancas, explica, se corta la carne en tajadas finas y después de echarle un poco de sal se seca al sol. Cuando está bien seca se la asa al rescoldo, apretada entre dos piedras y mezclada con la grasa del avestruz; el producto conviene para hacer un largo viaje, como los de los tehuelches. En los toldos del país de las manzanas - que ya es un elemento importado -, Musters probó con delicia los piñones, cuyas blancas pepitas, parecidas a almendras, pero del tamaño de un dátil, estaban ensartadas en hilos, asadas como castañas, en sus cáscaras, o cocidas.

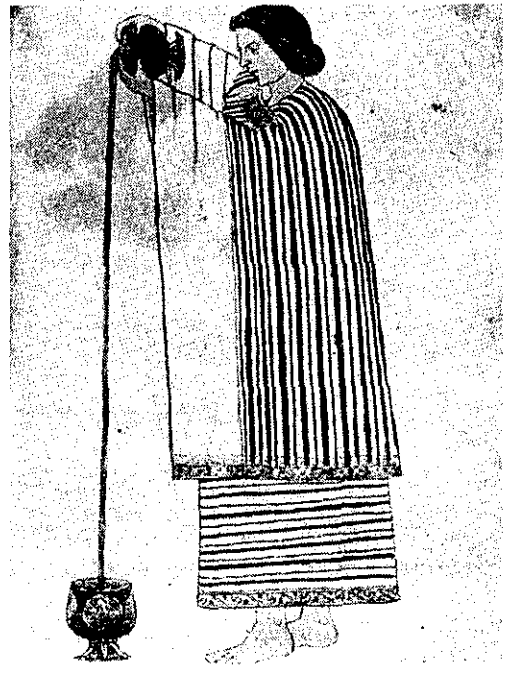
Los europeos aceptaron algunos de estos alimentos producidos por los indígenas, se apropiaron de ellos, les dieron funciones diferentes, como al tabaco o la coca, los hicieron base de su cocina, como ocurre en Alemania con la papa o en Italia con el tomate. Otros quedaron relegados en su condición de alimentos de los vencidos, que permiten detectar incluso el origen social de quien prefiere el sabor de la tortilla de maíz, o el de las arepas calientes en lugar del pan de trigo. Lo cierto es que a partir del dramático encuentro entre europeos e indígenas, las plantas aclimatadas desde milenios antes por el ingenio de los precolombinos emprendieron el camino hacia otras latitudes, otros usos también que les darían dimensión universal.

BIBLIOGRAFIA

CARDOSO, CIRO F.S.; PÉREZ BRIGNOLI, HÉCTOR, *Historia económica de América latina. Sistemas agrarios e historia colonial*, Barcelona, Crítica, 1984.
 CIEZA DE LEÓN, PEDRO, *La crónica del Perú*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1923.



Tubérculos como la batata se incluyen entre los aportes de la alimentación precolombina a la mesa Occidente.



Mujer azteca preparando chocolate. Facsímil del Códice Tudela (1553)

- DE ACOSTA, JOSEPH. *Historia natural y moral de las Indias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- LEÓN PORTILLA, MIGUEL. *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961.
- LOVERA, JOSÉ RAFAEL. *Gastronáuticas*, Caracas, C.E.G.A., 1989.
- MURRA, JOHN V., *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1975.
- MUSTERS, GEORGE CHAWORTH. *Vida entre los patagones*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1964.
- POMA DE AYALA, FELIPE GUAMÁN. *Nueva crónica y buen gobierno*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.
- Popol Vuh*, traducción de Miguel Angel Asturias y J.M. González de Mendoza, Buenos Aires, Losada, 1935.
- SAHAGUN, BERNARDINO DE, *El México antiguo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1981.
- SOUSTELLE, JACQUES. *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.
- THOMPSON, ERIC S., *Historia y religión de los mayas*, México, Siglo XXI, 1979.



Indígena que sostiene ristras de piñones tostados (chomé) sistema común de conservación.

JULIAN JUDERIAS:

LA LEYENDA NEGRA

Los conocedores del tema saben que Julián Juderías y Loyot es un erudito español, clásico autor de un libro famoso: *La leyenda negra*. Pero no estoy seguro de que todos sepan que esta obra de singular documentación (más allá de su sesgo apologético y a la defensiva) ha sido reeditada en 1986 por Editorial Swan, S.I. Avantes & Hakeldama, con asiento en Colonia de la Iglesia 31, Navacerrada, Madrid.

El copyright incluye la leyenda de práctica: «*Printed and made in Castilla, Spain*». La edición es una joyita de buen gusto que desatará la sensualidad de los bibliófilos con sus guardas, grabados, diseño de la portada y arabescos tipográficos. En el colofón puede leerse: «Con motivo de la aparición de este texto, undécimo volumen de la colección "Torre de la Botica", Swan ofreció una libación, escanciándose Marqués de Cáceres, se convocó a los mil duendes del viejo e implacable cubo de Herrera, a cuya sombra, perplejos, los mudos siglos de la Historia duermen. *Sic erat in factis*».

Juderías publicó la primera edición de *La leyenda negra* en 1914 y la segunda en 1917. Para elaborar la obra aprovechó su trabajo en el por entonces llamado «Ministerio de Estado», donde oficiaba de intérprete de no menos de 16 lenguas vivas, entre ellas húngaro, bohemio, croata, servio, búlgaro y rumano. Había nacido en 1877 en Madrid y murió en la misma ciudad en 1918.

En el prefacio de su obra, erudita y sólida (aunque a veces exagerada y arbitraria en las interpretaciones, como que se trata de una obra apologética), bajo la expresión «Al que leyere», dice entre otras cosas: «Anda por el mundo, vestida con ropajes que se parecen al de la verdad, una leyenda absurda y trágica que procede de reminiscencias de lo pasado y de desdenes de lo presente, en virtud de la cual, querámoslo o no, los españoles tenemos que ser, individual y colectivamente, crueles e intolerantes, amigos de espectáculos bárbaros y enemigos de toda manifestación de cultura y de progreso. Esta leyenda nos hace un daño incalculable [...]. Somos y tenemos que ser un país fantástico: nuestro encanto consiste precisamente en esto, y las cosas de España se miran y comentan con un criterio distinto del que se emplea para juzgar las cosas de otros países: son cosas de España» (op. cit. p. 22).

Y en el último capítulo, entre otros párrafos, concluye: «Siendo idénticos los caracteres que han ofrecido y ofrecen en todas partes el sentimiento religioso y sus derivados, la intolerancia y la superstición, ¿por qué adjudicar a España el monopolio de estos caracteres? ¿Sería mucho pedir de propios y extraños que demostrasen imparcialidad y calma en materia de tanta monta? Si la honra de los individuos se respeta, ¿por qué no ha de respetarse la de los pueblos? [...] Fuimos, sí, un país intolerante y fanático en una época en que todos los pueblos de Europa eran intolerantes y fanáticos; quemamos herejes cuando los quemaban en Francia, cuando en Alemania se perseguían unos a otros en nombre de la libertad de conciencia, cuando Lutero azuzaba a los nobles contra los campesinos sublevados, cuando Calvino denunciaba a Servet a la Inquisición católica de Vienne y luego le quemaba por hereje, quemamos a las brujas cuando todos sin excepción creían en los sortilegios y maleficios, desde Lutero hasta Felipe II. [...] Impusimos nuestros criterios a sangre y fuego cuando no se conocían otros procedimientos para la dominación, y colonizamos nuestras posesiones con más miramientos que los extranjeros las suyas. [...] Porque habremos podido ser intransigentes y fanáticos, pero no impusimos nuestro criterio en nombre de una libertad de pensamiento que era un sarcasmo; ni nos asesinamos unos a otros como en los países donde reinaba la libertad; ni perseguimos en nuestras guerras más ideales que aquéllos que por serlo verdaderamente, por no referirse a cosas materiales, sino a cosas del espíritu, nos condujeron a la decadencia y a la ruina; que la causa verdadera de ambas cosas [...] debe buscarse en una falta extraordinaria de sentido práctico [...]. El ingenioso hidalgo fue vencido por el caballero de la Blanca Luna, que no era hidalgo ni caballero, y don Quijote pensó en hacerse pastor, que es, en cierto modo, lo que pensaron los españoles a raíz de las guerras coloniales. Quedémonos, si es posible, en este estado [...]; que los ensueños y locuras a que aludía el caballero de la Mancha, son, en nuestro caso, demasiado bellos para renunciarlos y olvidarlos en aras del industrialismo y de la plutocracia triunfantes [...].»

IGNACIO PALACIOS VIDELA

RESTAURANT

Salsor

CORDOBA 451
CAPITAL
312-8730

Las Campañas al Desierto comenzaron en 1492

La ocupación criolla de las tierras del sur argentino en el siglo pasado parece inseparable de la conquista española iniciada en 1492. Las campañas al «desierto», diseñadas y ejecutadas por Roca en pleno ciclo republicano, prolongaban aquellas políticas de acoso fronterizo, expansión territorial y apropiación de tierras ensayada durante el período colonial. Como dice Carlos Fuentes, la ruptura de los vínculos con España no trajo aparejado un abandono de esas líneas maestras del trato con los indios, sometidos a una nueva conquista hacia 1880. Más allá de decisiones individuales, esa apropiación fue dictada por las necesidades del mercado mundial de alimentos.

PEDRO NAVARRO FLORIA



La cuestión del Quinto Centenario y de la conquista de América al sur de la vieja línea de frontera Buenos Aires-Mendoza, despierta la suspicacia de los que no creen que 1492 tenga nada que ver con estas tierras, dado que la conquista blanca comenzó supuestamente en 1879. La historiografía sobre la «Campana del Desierto», tanto en su versión triunfalista como en las críticas a la ideología roquista del progreso, refuerza esta impresión. En el primer caso, porque Roca y su generación adquieren el rango de próceres fundadores, «civilizadores» de indios «salvajes», «infieles», etc. En el segundo caso, porque, generalmente, el cuestionamiento al plan de conquista y guerra contra el indio en la Patagonia y la pampa es parte de la crítica de la generación del 80, sin ver más allá de ellos. Pero ¿fueron realmente de la generación del 80 los planes de ocupación de las tierras del sur? ¿Tienen algo que ver las campañas del siglo XIX con la conquista española de América?

La suspicacia que decíamos antes también proviene de la actitud de los grupos indianistas mapuches, que se suman al indianismo continental para repudiar lo ocurrido en 1492, sin buscar las explicaciones adecuadas a su situación particular.

La perspectiva tradicional, que ve la conquista criolla del siglo XIX como algo aislado de la conquista española, se derrumba con sólo acercarse un poco a la realidad chilena o mendocina. Allí no hubo solución de continuidad entre el acoso fronterizo y el expansionismo blanco antes y después de la independencia de España. Mucho después de las revoluciones de 1810 y las campañas de San Martín, los mapuches todavía llamaban «españoles» a los *huinca* (que significa «extranjero» o «enemigo»). La frontera de Chile y Cuyo fue una *frontera intensa*, de intercambios permanentes, mestizaje, diálogo, comercio, y de dramática competencia — en la Araucanía— por el espacio vital. La de la pampa, en cambio, fue una *frontera extensa* en el sentido de que los contactos fueron esporádicos — y muchas veces violentos—, el intercambio cultural y material fue escaso, y la «línea» de frontera nunca fue tal.

El *encuentro* entre blancos e indios del sur, entonces, tiene esas dos vertientes bastante bien diferenciadas. Sin embargo, hay una homogeneidad del espacio norpatagónico, dada, según creemos, por su carácter de *corredor bioceánico natural montado sobre el eje de sus grandes ríos*. Esto ya lo sabían muy bien los indígenas, que orientaban sus principales rastrilladas y caminos en sentido este-oeste mucho antes de que existieran la ruta nacional 22 (Bahía Blanca a Zapala) o la ruta «Expedicionarios del Desierto» (General Acha a Colonia 25 de Mayo). El control de los pasos cordilleranos en Mendoza y Neuquén era vital para el control del espacio.

Pero esa realidad, fundada, como decíamos, en la existencia de los ríos Colorado y Negro y sus afluen-

El encuentro del español con el indio, según Ulrico Schmidl. La representación del indio es estilizada e idealizada.

tes, también fue advertida por los españoles, y *mucho antes que Roca*. Además de la frontera de la pampa, que fluctuaba más o menos al sur entre sus cabeceras de Cuyo y Buenos Aires, según los vaivenes de la lucha por el ganado cimarrón, los españoles «construyen» imaginariamente otra frontera, menos conocida. Se trata de la línea en sentido norte-sur, que a partir de la costa atlántica se va corriendo progresivamente hacia el oeste hasta coincidir con la Cordillera. Volveremos sobre este punto.

Permítame el lector una digresión. Hace unos días tuve ocasión de charlar con Daniel Larriqueta, el autor de *La Argentina renegada*, uno de los mejores libros de historia argentina de los últimos años. Larriqueta sostiene y enriquece la vieja tesis de las «dos Argentinas», el Interior y el Litoral, que el llama, respectivamente, «la Argentina del Pacífico» y «la Argentina del Atlántico», vinculándolas con marcos mucho más amplios, con civilizaciones. En su análisis, aquella Argentina «del Interior» se revela —en rasgos muy gruesos— cerrada, tradicionalista, incluso autoritaria; y la «del Litoral», en cambio, es abierta, tolerante, liberal.

El Virreinato del Río de la Plata contendría, entonces, la audaz originalidad impresa por su fundador Carlos III, el más liberal de los Borbones, de constituir un núcleo administrativo de primer rango, pero abierto al Atlántico, al comercio, a las ideas europeas, a la innovación. Por esta puerta americana a la civilización atlántica entraron la independencia y la ideología del progreso, que llevó a los argentinos a fundar un país, entre Carlos III y Roca.

La empresa patagónica

Volvamos a la Patagonia. Las reales órdenes y las instrucciones despachadas por el ministro José de Gálvez a Buenos Aires en 1778, mandando fundar puertos en toda la costa patagónica para impedir el asentamiento de extranjeros, fueron el inicio de una gran empresa. De ese primer ciclo fundador resultaron la población de Carmen de Patagones y otros puertos hoy desaparecidos. Con ellos, la *Argentina del Atlántico* instalaba en la costa patagónica su primera línea de frontera en el sentido norte-sur, y mirando hacia el oeste.

Tanto miraban hacia el oeste, que Basilio Villarino remontó trabajosamente el Negro, el Limay y el Collón Curá, siguiendo así el curso del principal de la cuenca, llegando casi a cumplir su sueño de comunicarse con la ciudad chilena de Valdivia por alguno de los pasos cercanos al lago Huechulafquén (cerca

de Junín de los Andes). Y más al sur, Antonio de Viedma remontó los ríos santacruceños hasta el lago que hoy lleva su nombre, buscando otro eje interoceánico. Y varios navegantes, incluso el brillante Alejandro Malaspina en 1789, se entusiasmaron con la posibilidad de que el golfo de San Jorge se internara hasta el pie de los Andes, y se pudiera cruzar por allí. Villarino sacó varias conclusiones útiles de sus viajes. En primer lugar, unas ganas locas de seguir más allá, de explorar el río Neuquén y el Colorado, ambiciones frustradas por miopía política y por su muerte prematura en un entrevero de lanzas en Sierra de la Ventana. Además, el piloto gallego observó que los indios pasaban los ríos por sitios fijos, fundamentalmente la isla de Choele Choele, y la Confluencia (donde está hoy el puente Neuquén-Cipolletti de la ruta 22). Estos serían, entonces, los lugares a ocupar y fortificar para obtener el control del espacio. De allí en adelante, pasando por el proyecto de Sebastián Undiano Gastelú planteado al virrey en 1804, por las variantes de Pedro Cerviño, de Feliciano Chiclana y muchos otros, todos los planes de ocupación del territorio del sur llevaban como objetivo fundamental la fortificación de esos dos puntos. Bien podemos considerar a Undiano, capitán de milicias de la frontera mendocina y buen conocedor de la cuestión, autor del plan de campaña de Roca, *setenta y cinco años antes*.

Esta primera etapa del ciclo fundador de la presencia española en la zona norpatagónica, que termina con la muerte de Villarino y con la orden del virrey Vértiz de levantar los establecimientos salvo el del Carmen, en 1783, se ve complementada por una segunda etapa. En este segundo momento, cuando ya las autoridades centrales claudicaron en sus posibilidades y en su interés por la empresa patagónica, serán las autoridades y las corporaciones locales las que asumirán la tarea de avanzar. Con el auspicio de los cabildos chilenos de Talca y Concepción, y el Consulado de Buenos Aires, donde trabajaba el visionario Manuel Belgrano, se realizaron entre 1802 y 1807 varios viajes a través de la Cordillera buscando los mejores pasos, por el sur mendocino y el norte neuquino. El secretario Belgrano adicionará un interés científico al aspecto mercantil, cuando encarga al talquino Cerro Zamudio, para su primer viaje de regreso a Chile en 1803, que observe cuidadosa y metódicamente todo cuanto pueda servir a un mejor conocimiento del territorio.

El único resultado concreto de avance de la frontera a lo largo de toda esta época, sin embargo, se consiguió gracias a una de esas expediciones, organizada por el virrey Sobremonte. Este buen gobernante, que no goza de buena prensa en Buenos Aires por aquello de las invasiones inglesas, auspició el trato pacífico con los pehuenches, y consiguió con ello la fundación de San Rafael —llamado así en su honor— en 1805. El control de los pasos cordilleranos se convertiría, en

esta segunda etapa, en el objetivo no logrado. Habría que esperar una cierta consolidación interior del Estado argentino, y a que las vacas hicieran «punta» en la necesidad de apropiarse de nuevas tierras, para que la generación del 80 retomara viejos proyectos de casi un siglo.

¿Contenían estas primeras avanzadas alguna idea clara acerca de qué hacer con el dueño de la tierra a ocupar, el indio? Hagamos un repaso por sobre algunas ideas y representaciones del indio, formuladas desde el campo «cristiano». Tradicionalmente se sostiene que la idea de guerra contra el indio por sobre la iniciativa pacífica, de diálogo cultural e integración, es característica de la conquista y colonización anglosajona en América del Norte y otros puntos, pero no de los españoles y criollos, que no concebían el exterminio como fin. Algunos críticos de la ideología del progreso de la generación del 80 señalan que semejante punto de vista racista y positivista bien pudo ser adoptado por Roca y su gente, de acuerdo con las ideas del momento, pero no antes por Rosas o los gobernantes coloniales. Sin embargo, nos encontramos con datos que ponen en duda aquella visión corriente. Veamos.

Destrucción con guerras y alcohol

Tengamos en cuenta el contexto histórico en que se realiza el *descubrimiento político* de la región norpatagónica, su puesta en valor geoestratégico y económico. Para los criollos de Buenos Aires, Córdoba, San Luis o Mendoza, el indio era el que robaba el ganado en la frontera. ¿Lo robaba? Evidentemente que en la concepción indígena de la propiedad no podían considerarse muy lógicos los derechos proclamados por los porteños sobre el ganado cimarrón, o aun sobre animales marcados pero situados en estancias de límites muy imprecisos. La frontera era una ancha franja de intercambios, en donde el mismo criollo que denunciaba el «robo» del ganado, lo vendía y admitía en las plazas de los pueblos y aun de las capitales a los indios que ofrecían sus productos. Según la presión de la demanda indígena (y chilena) de ganado pampeano, la cosa se volvía más o menos áspera, llegando a producirse verdaderos ciclos bélicos durante los cuales indios y españoles se maloneaban y maloqueaban unos a otros buscando forzar una mejor situación ante la inevitable negociación final. Tal contexto, incluyendo al malón como estrategia de guerra económica, fue muy bien explicado en estas mismas páginas por Eduardo Crivelli Montero. ¿Cuál sería, entonces, la estrategia criolla

frente a un enemigo que presionaba sobre el stock ganadero y eventualmente saqueaba y cautivaba en los mismos pueblos de la campaña? No abunda la documentación en la que funcionarios o propietarios criollos den a conocer sus pensamientos íntimos, pero podemos arrimar algunas hipótesis.

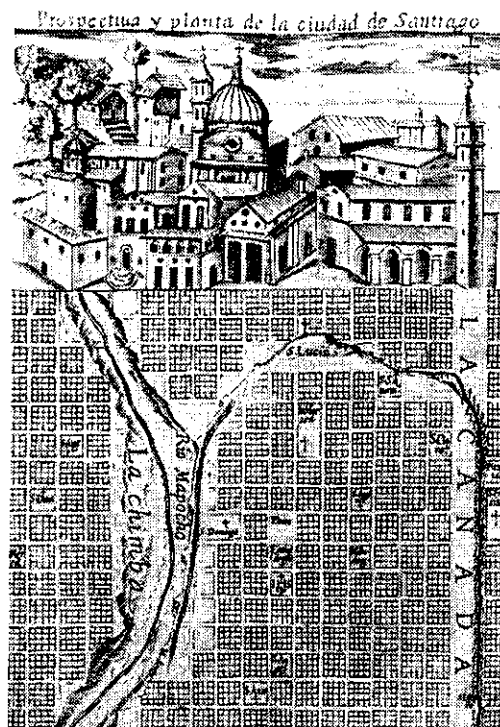
Por ejemplo, hay una situación muy similar a la nuestra en la frontera norte de México, entre apaches y comanches que se mostraban tan reacios como los «pampas» a la sociabilidad europea. La presión de franceses e ingleses sobre los comanches de Texas, y la de éstos sobre los apaches de Arizona y Nuevo México, además de los prejuicios culturales que buscaban sedentarizarlos a toda costa, generaron la política de «presidios», similares a nuestros «fortines». De la costa del Pacífico al golfo de México se levantaron quince fuertes a quince leguas uno de otro, se creó en 1776 la Comandancia General de las Provincias Internas de la Nueva España, y se impulsaron las misiones que dieron origen a San Francisco, Sacramento, Los Angeles y San Diego. La enorme extensión de esta política no implica ni mucho menos su éxito.

La conquista del norte mexicano iniciada por José de Gálvez y continuada por el virrey Croix, se paraliza al trasladarse éste al Perú, en 1783, y militarmente es detenida en 1781 en el río Colorado: la Alta California (hoy California estadounidense) queda limitada a la costa y comunicada sólo por mar. La estabilización de la línea es buscada, desde entonces bajo el rótulo de «pacificación del Gran Norte», por la destrucción del indio apache mediante el fomento de sus guerras internas y externas, y la promoción de las armas y del consumo del alcohol. Esto figura textualmente en una instrucción personal del virrey Bernardo Gálvez, sobrino del ministro de Indias. Es de suponer que tal política era, si no promovida, al menos tolerada por la Corona.

En nuestro medio son constantes las denuncias por el mismo tema del aguardiente. Daremos tres ejemplos separados en el tiempo.

El gobernador porteño Robles, en 1678, prohíbe la venta de alcohol a los indios, según consta en las Actas del Cabildo del 11 de marzo de ese año. Para 1751, el cronista Sánchez Labrador, que escribe sobre los «pampas, puelches y patagones», culpa por lo mismo a los pulperos de la campaña, y propone nada menos que su excomunión por el daño que hacen a «la Cristiandad del Sud». Más de un siglo después, es notable el papel que juegan las partidas de alcohol entre los «vicios» que el gobierno nacional destina a los indios: basta leer, por ejemplo, *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio Mansilla. Alvaro Barros, en su obra sobre *Fronteras y territorios federales*, afirma que «el cristiano [...] le lleva [al indio] sólo elementos de corrupción para explotar su ignorancia, abusando de su sencillez» por la venta de vinos y licores adulterados.

Prospectiva y plan de la ciudad de Santiago de Chile, según se puede observar en la Histórica relación del Reyno de Chile, del religioso Alonso de Ovalle (1648).



Simulación y verdad de los viajes y exploraciones

Volviendo a los años del descubrimiento político del área norpatagónica, encontramos otro detalle llamativo acerca de la claridad con que se planteaba la idea de ocupar la tierra. En este sentido, tiene singular importancia testimonial el último viaje de los que se hicieron por tierra buscando los pasos cordilleranos. El alcalde de Concepción, Luis de la Cruz, se revela allí como un excelente observador (quizás el mejor exponente del espíritu científico de frontera, marginal y poco ilustrado pero singularmente lúcido) que caracteriza a los personajes de este drama. De la Cruz fue el único de estos esforzados viajeros capaz de lograr una visión de conjunto como la que Belgrano pedía a Cerro Zamudio en 1803. Y uno de los puntos que su inquietud no puede pasar por alto es el de los habitantes de la inmensa pampa que el debía cruzar en diagonal, desde Antuco (actual paso de Pichachén, cerca de Chos Malal, Neuquén) hasta Melincué en la frontera santafesina. El gobernador intendente de Concepción, Luis de Alava, antes del viaje, recomendaba a De la Cruz «que se use de la suavidad, dulzura y buen trato con aquellos naturales, y se procuren alejar de su carácter receloso las ideas de conquista, dominación y adquisición de nuevos terrenos, que suponen son el alma de los proyectos y novedades de los españoles». Ciertamente, ya desde la instalación misma de Carmen de Patagones, los indios percibían

fundadamente el carácter de nueva frontera que tenían los establecimientos españoles de la costa patagónica. El gobernador Alava adjunta las instrucciones para Cruz, que consisten en doce puntos. Los propósitos fundamentales son «*esclarecer el tema de «la comunicación y comercio directo» entre Buenos Aires y Concepción, mediante el reconocimiento de la demarcación topográfica, y «la entera reducción y posesión de estos grandes espacios»*, extendiendo así el dominio ya afirmado en la costa patagónica. El pasaporte, extendido a fines de 1805, destinado a pehuenches y a otros indígenas, confiesa el «único objeto» de reconocer el camino a Buenos Aires, «sin que sea la intención del soberano hacerles ningún perjuicio o daño [...] que antes bien, se solicitan y quieren su amistad, trato y comunicación, para que se hagan sociables, y disfruten de los beneficios que son consiguientes, cuyas ventajas y utilidades les acreditará la experiencia». Una muestra más del recurso a la simulación y a la subrogación de las virtudes del soberano, para ocultar los verdaderos fines de dominación: mediante un sofisma, se intenta hacer ver a los dueños de la tierra que dejándose dominar sólo tendrían «beneficios, ventajas y utilidades», porque contradecir al portador del pasaporte sería contradecir al soberano, cuyas intenciones son, sin duda, buenas.

Como contraparte del ocultamiento que practicaban españoles y criollos, y como muestra de que indios y blancos no formaban dos mundos herméticos, los indígenas expresan en diversas formas sus recelos y generan rumores acerca de la finalidad del viaje. Al respecto, está incluida en el *Diario de viaje* (publicado en la *Colección de Pedro de Angelis*) la transcripción de un diálogo entre Luis de la Cruz y el cacique Manquel, que le pregunta al primero por el objeto del viaje. De la Cruz contesta que busca servir al rey haciendo de todos un solo «cuerpo»: «¿Cómo no querré que se extiendan más nuestros dominios por medio de la amistad, y que nos unamos también con los pampistas, patagones y güilliches, para que en ningún tiempo podamos tener desavenencias con estas naciones? Para que ellas, como nuestros compatriotas, logren *nuestra felicidad*, y también para que nuestros enemigos extranjeros, teniendo noticia de *nuestra unión*, no intenten despoblar a aquellos paisanos que residen en la costa u orillas del mar, en la Patagónica [...]».

Más adelante será el cacique Carripilún el destinatario de otro sermón: «El Rey, mi señor don Carlos IV (que Dios guarde), no pudiendo olvidar el que habitaís el centro de sus reinos de Buenos Aires y Chile, y que hasta ahora estáis privados de su conocimiento, protección y de las utilidades que podríais conseguir con *nuestra comunicación*, ideaba arbitrios para proporcionaros, como padre poderoso, vuestro alivio [...]. Vosotros fuisteis siempre pobres [...] y como vosotros siempre visteis que los españoles procura-

ban vuestras amistades, y que nuestros jefes os han agasajado, discurrieron tus padres que nosotros, por algún interés, y nuestros superiores por privaros de vuestras propiedades, les regalaban. Nunca fue así, Carripilún; a nosotros nos gobiernan leyes sabias, que son fundadas en la caridad [...]. ¿Qué más podríais desear, que *tener las riquezas de nosotros, que lograr nuestras comunidades, que disfrutar de nuestros conocimientos, que tener nuestro auxilio para ser respetados y temidos de todas las naciones, como somos? [...]. Dichosos sois; y Dios que te ama, quiso que en tus días se te propusiese este proyecto [...]*». De la Cruz fue suficientemente inteligente, y confiaba bastante en sus anfitriones, como para no subestimarlos y optar por presentarles la verdad, aunque sea adornada y disfrazada de la voluntad de Dios. El lado preocupante de esa visión de la realidad, que reconocía que tarde o temprano el contacto fronterizo terminaría con el avasallamiento del más débil y pobre, es la resignación a ese resultado, y finalmente la tentación de usar la fuerza para lograrlo.

Cuando uno lee el discurso del ministro Julio A. Roca presentado en su proyecto de campaña al «desierto» en el Congreso de la Nación, advierte por qué afirma que los indios del sur son prácticamente iguales al gaucho, gracias al contacto cultural de tanto tiempo. Lo que ocurre es que ni el indio ni el gaucho sirven en realidad al proyecto final, que es la apropiación de la tierra con la mirada puesta en los mercados de ultramar. Por eso, a pesar de que los indios del sur ya son tan gauchos como cualquier paisano de tierra adentro, se puede proponer su sometimiento por la fuerza, y si se resiste, su exterminio. El mismo destino económico de la tierra acabó con el gaucho «cristiano», pero mientras a él se lo consideró por los grupos dirigentes indeseable pero propio, representativo de determinadas virtudes criollas, el indio siempre fue ajeno al universo nacional. Y, en los hechos, lo sigue siendo: porque afortunadamente, el mapuche sobrevive.

A modo de conclusión, podríamos señalar que la historia del contacto, del encuentro, del choque indio-blanco en nuestro sur, es mucho más entreverada de lo que parece. Como intentábamos mostrar, es una historia de más de cien años. Ni 1879 ni 1492. El asunto es un proceso complicado, que empieza mucho antes de 1879. Tampoco los españoles desembarcan en la Patagonia en 1492, pero la ocupación de esa tierra sí se inscribe en el capítulo de la historia que abrió Colón: la incorporación de América, de su gente y de sus recursos en un mercado mundial amplio, dirigido por las potencias europeas e involucrado en sus luchas coloniales. El destino de nuestros indios del sur no dependió tanto de decisiones individuales, como hubieran deseado los aspirantes a próceres como Mitre, Roca o Zeballos, como de aquel marco histórico ancho y complejo. Tiene sentido hablar de ellos en este año de 1992.

Indígenas de Chile: Indio moliendo maíz para hacer harina.

EL CONTINENTE DE LA ESPERANZA

«Historia [...], testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir» (CERVANTES, *Quijote*, LIX).

Este capitel, que encabeza cada número de *Todo es Historia*, parece más útil que nunca para decir dos palabras sobre el porvenir de América latina.

También hay otros aforismos que vienen al caso. Por ejemplo: «La historia es siempre historia contemporánea» (BENEDETTO CROCE).

«Aquel que desconoce su historia se condena a repetir los mismos errores.»

«El analista apasionado cree que la realidad es blanca o negra, mientras que es mucho más gris, a veces claro, a veces oscuro» (JUAN BAUTISTA LIBANIO S.J.).

El debate histórico sobre lo que sucedió hace 500 años debe continuar entre historiadores. Su proyección política actual puede convertirse en verbosidad si argentinos y latinoamericanos no ponemos ya mismo manos a la obra de construir el porvenir.

Para ello es imprescindible asumir la identidad nacional y desarrollarla. Como nos dijo Juan Pablo II a los argentinos: «Las transformaciones internacionales de los últimos años constituyen un verdadero desafío a asumir la propia identidad, con su patrimonio histórico». Y a propósito de la identidad nacional, parece necesario recuperar el sentido de nuestra propia historia. Los pueblos que carecen de memoria y que no asumen el pasado, con sus luces y sombras (como dicen los obispos latinoamericanos), no tienen capacidad para protagonizar el presente y construir un futuro más valioso.

Asumir el pasado con sus luces y sombras, para discriminar unas de las otras y empeñarnos en el porvenir.

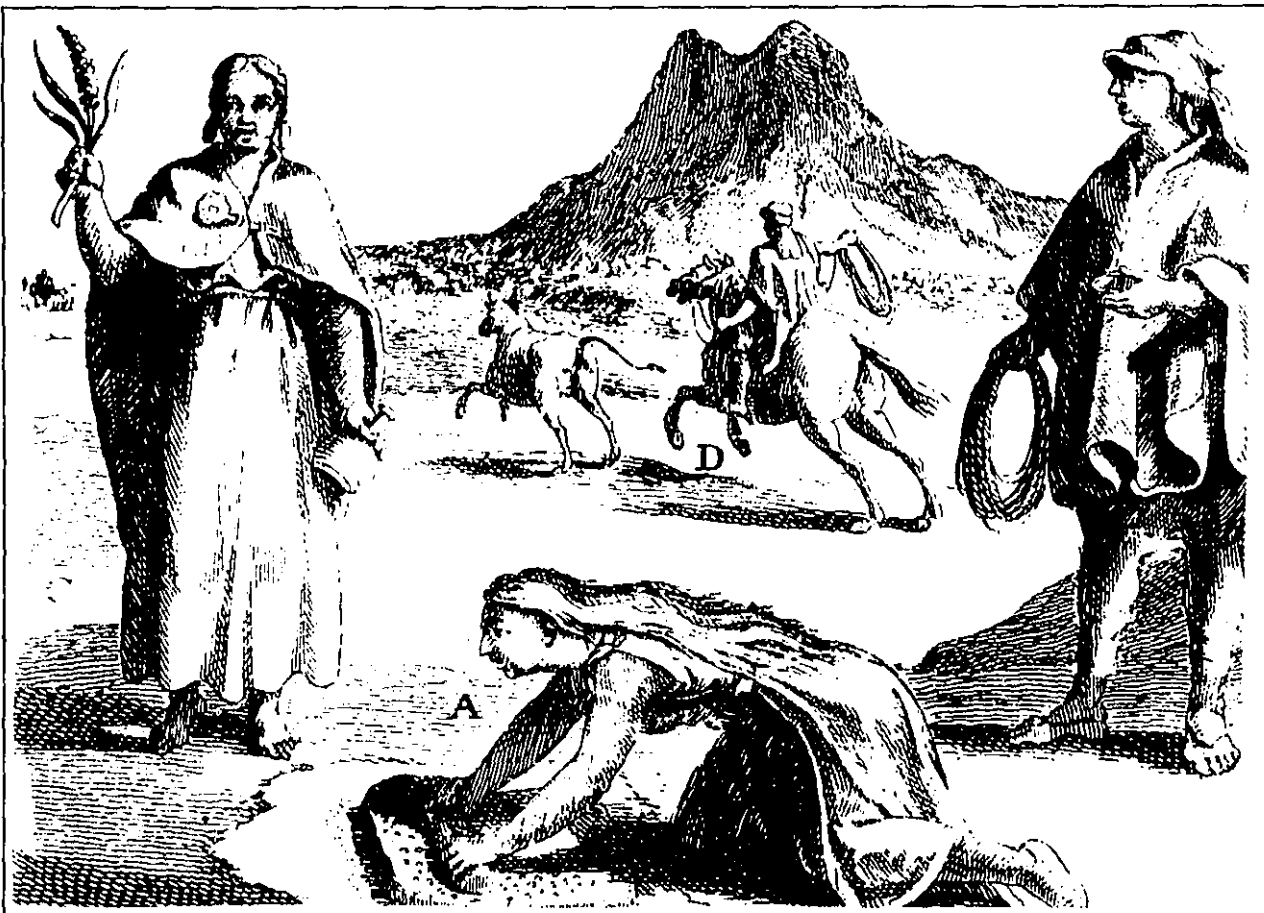
Un porvenir tendido hacia la colaboración y la solidaridad fraterna con los países hermanos de la Patria Grande Latinoamericana, como la desearon sin poder realizarla Artigas, Bolívar y San Martín. Y a partir de la unidad latinoamericana entrar en el concierto del mundo, con personería propia, para poder dialogar como adultos con los poderosos de hoy.

Puede ser una utopía. En todo caso, nos acompaña en ella el recordado papa Pablo VI, quien hace 26 años anunció: «América latina [...] está llamada a cumplir con la vocación original de aunar, en una síntesis nueva y genial, lo antiguo y lo moderno, lo espiritual y lo temporal, lo que otros nos entregaron y nuestra propia originalidad» (PABLO VI, *Homilía en la ordenación de sacerdotes para América latina*, Roma, 3/7/1966).

Para que la utopía se realice hace falta una estrategia. Una pequeña punta de esa estrategia está representada hoy por el Mercosur. A condición de que sea un mercado de empresarios y negocios, pero sobre todo de comunicación de cultura, de pueblos, de ilusiones y de un destino común. No por conocido, el famoso dilema ha dejado de ser válido: «El año 2000 nos encontrará unidos o dominados».

Si nos pillan unidos, el «continente de la esperanza» que nos anunció Pablo VI empezará a ser una realidad sólida, contante y sonante.

IGNACIO PALACIOS VIDELA



LOS OBJETIVOS DE LA GENERACION DEL 80 EN LA CONQUISTA DEL DESIERTO

MANUEL MORA Y ARAUJO



Durante el siglo XIX la expansión territorial fue un rasgo universal, y la Argentina no resultó una excepción a esa tendencia. Nuevos Estados en vías de organización, y economías en expansión, requerían conquistar nuevos territorios, o al menos establecer un dominio claro del estado de derecho en los territorios ya ocupados. El problema no era si hacerlo o no, sino cómo.

La Argentina de la generación del ochenta lo resolvió a su manera —y vistas las cosas con la perspectiva que da el tiempo, podemos decir que no fue una manera demasiado *sui generis*—. Hacia 1870 la frontera estaba debilitada, y las incursiones indígenas se tornaban cada vez más frecuentes e impredecibles. Los efectos de esa situación se hacían más y más intolerables, y las presiones para resolverla se convertían en demandas políticas precisas.

La generación del ochenta concibió para el país una fórmula de gobierno cuyos términos incluían, de manera central, el crecimiento económico, una política de población y una política de consolidación territorial. Todo ello requería una respuesta definitiva al problema de la frontera.

Con Alsina, en 1876, la «frontera» dejó de ser un concepto, y se convirtió en un límite físico. Con Roca, la contención dejó de ser un cúmulo de elementos dispersos —algunos militares, otros contractuales— y se tomó estrategia. De las expediciones punitivas se pasó a un enfoque militar global para destruir al adversario. El resultado fue el establecimiento definitivo del país en el sur y en el Chaco, la conformación territorial de la Argentina actual.

La instrumentación de esa estrategia reposó en los mismos elementos que hicieron posible el extraordinario éxito de aquella fórmula en otros planos. El historiador inglés Colin Lewis dice que «Roca fue el primer ministro de Guerra que iba a la guerra en tren [...]». El éxito de Roca [*en la conquista del desierto*] se debió al ferrocarril y al telégrafo».

En otras palabras, el indio fue vencido por la superioridad tecnológica e institucional del Estado nacional. Una vez que Roca obtuvo las partidas presupuestarias necesarias, se difundió y difundió una moral de vic-

toria, basada en la convicción de los objetivos. El indio fue derrotado moralmente antes que físicamente.

Esos fueron los hechos. Naturalmente, no estaba en discusión si los indios poseían o no derechos de propiedad sobre ese territorio. Un Estado se impone «por derecho propio». Es imposible dirimir el contrafáctico: «¿hubieran los indios aceptado el derecho del Estado argentino si otra hubiera sido la política hacia ellos?». La experiencia histórica, en América del Norte, en Australia, en todos los territorios donde en la misma época existieron problemas similares, es concluyente.

El establecimiento de la nación sobre un territorio que factualmente no estaba ocupado fue la culminación, por parte de la generación del ochenta, de un proyecto que se arrastraba desde los tiempos de la colonia, y que no había quedado satisfecho en ninguno de los esfuerzos militares emprendidos con sistematicidad en las décadas anteriores.

Al margen de las exigencias militares planteadas por el objetivo de consolidar la nación, quedan muchas otras cuestiones pendientes. Los problemas sociológicos de la integración del indígena a la sociedad argentina, el prejuicio, el conflicto cultural, son otros temas. Las razones políticas que llevaron al camino que efectivamente se adoptó para resolver el problema en la década de los setenta no contenían consideraciones de este tipo.

Qué hicieron los argentinos con los indios que encontraron a su merced en el territorio conquistado, o que fueron diseminados por el país, es un tema en sí mismo apasionante, como lo es el de qué hacían los indios con los blancos que caían en sus manos antes de la conquista del desierto.

En el plano cultural la sociedad estaba dividida. Por un interés intelectual o por intereses comerciales, una franja de la población sintió siempre algún respeto o atracción por la cultura indígena. Otra franja sintió por ella desprecio y rechazo. Esta dualidad persiste hasta nuestros días, y tal vez el mejor camino para explorarla consista en comenzar por el presente.

Los Pioneros

60 AÑOS
DE HISTORIA
1932-1992

TODO ES HISTORIA inicia esta sección que se dedicará a evocar el recuerdo de algunas personalidades que en el campo empresario abrieron nuevos rumbos a la actividad productiva del país, en el entendimiento de que la historia también debe incluir a quienes fueron precursores de nuevas formas productivas y empresariales en la economía argentina.

JUNCADELLA

La inseguridad de los caminos de la Europa medieval se reprodujo, a su modo, en la América española. Las enormes distancias, el rigor del clima y los malos caminos no estaban solos. Los senderos estaban sembrados de riesgos, y cada viaje de los comerciantes que trajinaban la vía del Perú a Buenos Aires era un constante jugarse la bolsa y también la vida. Carretas o caravanas de mulas escoltadas por pequeños ejércitos privados hacían costoso el comercio entre las regiones. En la América del norte en expansión hacia el oeste, cuyas imágenes nos hicieron familiares los westerns, las diligencias asediadas de la Wells Fargo escribieron esa historia de los caudales puestos bajo unas mallas de seguridad cada vez más complejas e inexpugnables. Aunque la moneda escaseaba en la Argentina colonial y tendió a provincializarse en los primeros setenta años de vida independiente, la circulación de caudales alcanzó una discreta importancia. En el vecino Alto Perú, a fines del siglo XVIII, el incipiente servicio de correos colonial tenía a su cargo el transporte de pastas metálicas, actividad que le proporcionaba su «más saneado y cuantioso ingreso». Su misión era trasladar las barras de plata de Charcas a Lima y «antes de entregarlas al destinatario, canjearlas por metal acuñado en la Casa de la Moneda».

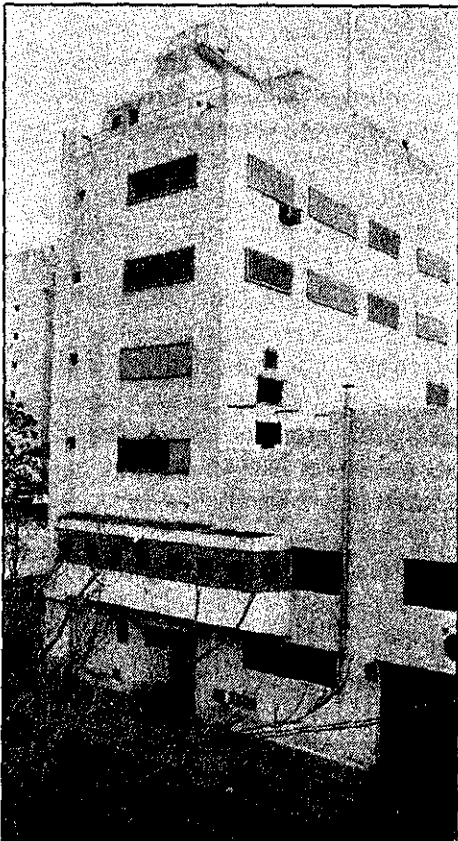
En la Argentina independiente la situación no se modificó en lo sustancial: las caravanas de carretas o mulas eran acompañadas por una escolta armada en las largas travesías, y en las cortas algunos jinetes confiables hacían la tarea. En el Buenos Aires de principios de siglo, los caudales de los bancos se transportaban en carros descubiertos y protegidos por hombres armados. El ferrocarril incorporó «vagones pagadores», y luego los coches sin aditamento alguno hacían ese servicio.

La crisis de 1930 impacta más allá del espacio de la economía. Sus efectos se hacen sentir en la sociedad. La desocupación se ve en las calles. La *maffia* levanta cabeza y se dispone a desplegar su acción para hacer de Buenos Aires y Rosario una Chicago propia. Las primeras planas de los diarios recogen las acciones de esa *maffia* que consuma un audaz asalto a los pagadores de la Aduana. Aquel día, antes de salir de su casa, *Francisco Junca della* leyó y releyó la crónica policial que conmovió a un país plagado de malas noticias. Se quedó pensando y se marchó a su diario trabajo de vendedor de la General Motors.

En 60 años JUNCADELLA pasó de pequeña empresa a líder mundial

CAUDALES A BUEN

Los Pioneros



El dinero escapó siempre al sedentarismo. Para servir de medio de pago, reproducirse e irrigar la economía, necesita circular, además de atesorarse.

«El dinero es redondo, para rodar», se decía antiguamente. La moneda fue considerada como «la sangre del cuerpo social», según una imagen banal anterior al descubrimiento de la circulación sanguínea por Harvey en 1628.

Toda la vida social parece impregnada por ese oscuro objeto de codicia. Quienes lo tienen desean protegerlo y acrecentarlo. Otros desean tenerlo, aunque deban apelar a medios violentos para poseerlo.

Tironeada por esos deseos de posesión y despojo, la moneda no sólo tiende a multiplicarse: busca, además, protección.

Circulando o atesorada, está expuesta a riesgos infinitos que la codicia se empeña en urdir. El impulso al enriquecimiento por violencia es tan antiguo como la moneda misma. El bandolerismo campeaba por los caminos de la Europa medieval «no como una extravagancia ocasional, sino como una verdadera institución social», observa Sombart. Los nobles de Alemania, Francia e Inglaterra se encargaron de elevar el bandolerismo, de oficio artesanal, a empresa organizada.

Si la codicia maquinaba cómo consumir los robos de caudales y tesoros, sus posibles víctimas desplegaron recursos y estratagemas para evitar que aquella consumara sus deseos. Algunas órdenes religiosas tomarán a su cargo el transporte y custodia de caudales, de igual modo que algunos templos serán el más seguro sitio para proteger tesoros.

No era posible avanzar en el tejido de esa telaraña de intereses que fundará la moderna economía, si la seguridad de dinero y valores no estaba garantizada. El transporte y atesoramiento de caudales resultaba así una actividad imprescindible y concomitante al crecimiento y expansión económicos. Menos visible que otros componentes del capitalismo, la guarda y transporte de caudales fue y es uno de sus más importantes soportes.

Juncadella tenía 37 años, y hacía veinte que había llegado a Buenos Aires siendo adolescente. Nació en Barcelona en 1895, tres años antes del desastre español que traería aparejado el auge del catalanismo y también de los conflictos y violencias en España. «Mi padre era hijo de padre catalán y madre judía, una buena mezcla», dice Amadeo Juncadella, actual presidente de la mayor empresa transportadora de caudales de América latina y considerada líder mundial en su especialidad. Esa mezcla habrá influido quizá en la vocación de don Francisco. Porque catalanes fueron los fundadores de la primera banca privada del mundo - la Taula de Cambis de Barcelona, fundada en 1401. Y es harto conocida la especialización de los judíos en las actividades mercantiles.

Don Francisco conocía la calle, tenía dotes persuasivas. Tantas que en poco tiempo había llegado a ser el mejor vendedor de la General Motors. Comienza por el Banco Nación. La respuesta es negativa y las demás puertas se van cerrando tan pronto como se entabren. Aquella idea de vender servicios de protección de caudales resultaba extraña. El camión blindado seguía parado al frente de la modesta sede de la sociedad de Juncadella y Milano. El balance del primer año no dejaba lugar a dudas: el negocio había sido malo. La columna de las pérdidas no era precisamente un alimento para las ilusiones. Milano se retiró de la efímera sociedad. Francisco Juncadella prefirió esperar. Sus otras actividades le permitían aplacar la ansiedad por su nuevo negocio, convertido al cabo del año en una empresa unipersonal de incierto destino. Tenaz, visionario, no plegó las velas.

En 1933, el doctor Spill le da unas cartas de recomendación. Otras le aporta Arturo Buxton. El camión blindado valía por sí mismo, pero si estaba acompañado de esos importantes avales, tanto

JUNCADELLA

RESGUARDO

mejor. Salió otra vez a captar posibles clientes. Lo escuchaban, lo miraban. Algunos comenzaron a decirle que aceptaban firmar un contrato a prueba. Uno, dos, tres. Los clientes formaron una cartera importante, y hacia 1940 Juncadella atendía a la Corporación Argentina de Productores de Carnes, la Fábrica Argentina de Alpargatas, la Asociación de Fútbol Argentino, Contribución Territorial (luego DGI), la Caja de Conversión (a partir de 1935, Banco Central). Años después se sumaron el Boston y el Banco Atlántico.

Han desaparecido del paisaje urbano los coches descubiertos con rifleros que custodiaban una caja de caudales expuesta a la vista de todos y expuesta a todos los riesgos. La empresa tiene tres camiones y un grupo de veinte importantes clientes. En 1942, cuando apenas tenía 15 años, Amadeo comienza a trabajar formalmente al lado de su padre. «Con él aprendo el oficio», recuerda ahora. En 1946 cambian las condiciones externas de la empresa. La marca Internacional, cuyos modelos integraban el parque de camiones blindados, se retira del país. El 24 de abril de ese año se conoce el decreto-ley 11.554, por el que se nacionalizan los depósitos bancarios. A partir de allí los bancos debían transferir los depósitos de sus clientes a la orden del Banco Central. Estas medidas modifican el interés de la banca privada, que se retrae en la atención de servicios vinculados a depósitos. Es el gobierno quien controla el crédito. En 1946 funcionaban en la Argentina 907 casas bancarias que habían experimentado un notable crecimiento en los últimos años y, con él, se había incrementado el movimiento y traslado físico del dinero por parte de esas entidades.

El 22 de octubre de 1957 otra medida gubernamental deroga la norma de 1946. Se restituyen a los bancos los depósitos transferidos al Banco Central, con lo cual se corregían los efectos negativos que la anterior política había tenido sobre la actividad bancaria. «A partir de allí crece la demanda de servicios; esta demanda aumenta cuando aumenta la competencia», anota Amadeo Juncadella. La empresa experimenta un notable avance, paralelo a la expansión del sistema bancario argentino. Se incrementa la demanda de transportes de caudales, crecen las condiciones de seguridad que ofrece

UN VISIONARIO

El asalto a los pagadores de la Aduana lo dejó pensando. No podía ser que no hubiera forma de poner a buen resguardo los caudales. Don Francisco sabía de todo, pero más sabía de mecánica, de coches.

Era amigo de Raúl Riganti, quien en 1933 se largó a las 500 millas de Indianápolis. Antes de entrar a General Motors había estado como técnico en Arturo Buxton, era amigo de Guido Milano y del carrocerero Ricardo Sherer.

Además estaba cansado de caminar el país de arriba abajo, de dejar su familia.

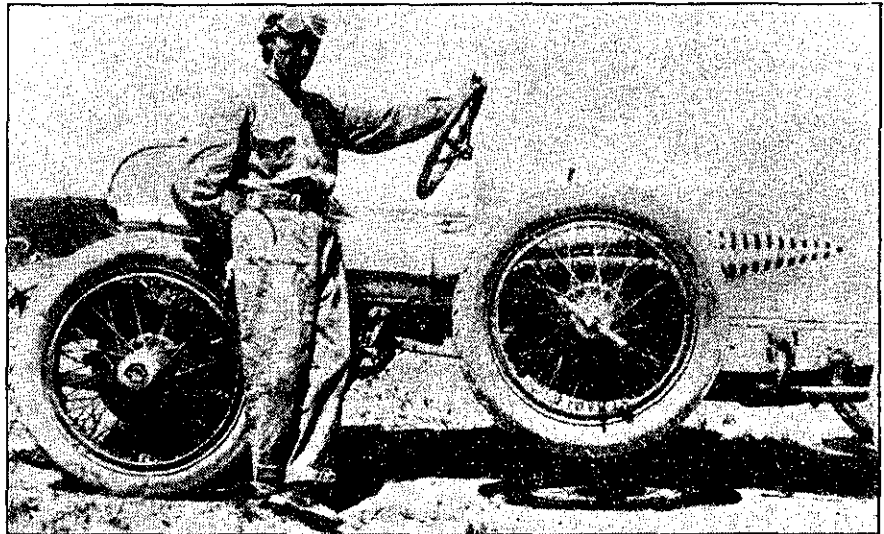
¿Qué hacer con todas estas imágenes que tenía en la cabeza? Quería independizarse. «Mi padre estaba poseído por un gran espíritu de aventura. Fue un caminante por el mundo y por la vida. La

vida lo golpeó con dureza: perdió dos hijos. Pero era un luchador tremendo. Asumía los riesgos.»

Era un año alocado, al comienzo. Después, un emprendimiento artesanal. Con su amigo Milano, adquiere un chasis de General Motors.

Le roba horas al descanso y trabaja en el diseño de un vehículo blindado en el que va incorporando un nuevo concepto de seguridad. Recurre a Ricardo Sherer para el carrozado.

Antes de finalizar aquel año 1932, la obra de don Francisco estaba terminada: el camión pesaba cuatro toneladas, era un modelo T-11 con motor experimental Pontiac de carburador ascendente. El producto estaba acabado, ahora había que venderlo, había que ofrecer sus servicios.



Primer camión blindado construido por Don Francisco Juncadella.

MAYOR

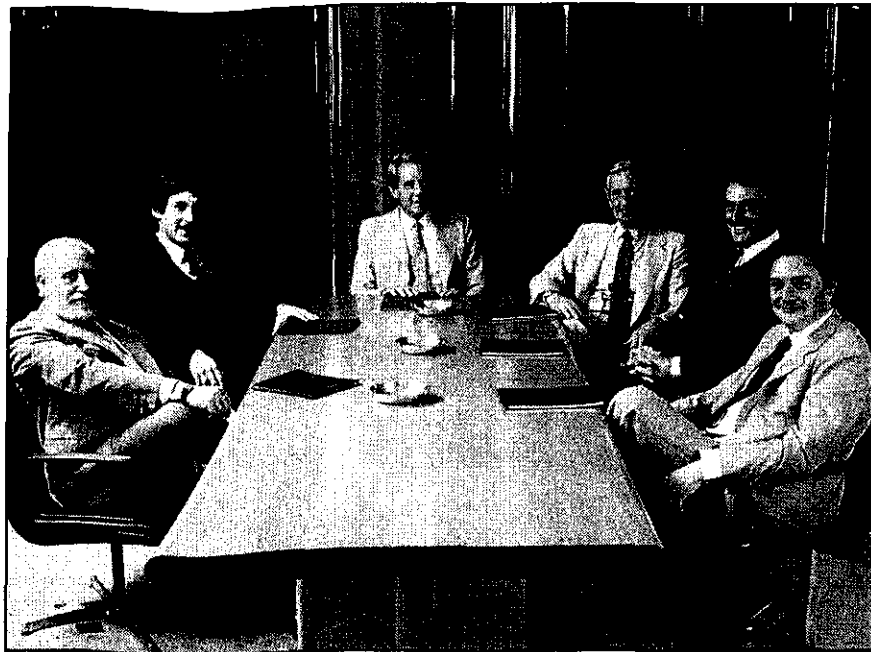
TECNOLOGIA

Juncadella, y se fortalece la confianza de unos clientes calificados. La empresa se especializa. La mirada de futuro de don Francisco la extiende a otros riesgos.

En 1960, Juncadella tiene 14 camiones blindados e incorpora a otros importantes bancos, entre ellos al Boston y al de Italia. En 1962 regresa a la empresa Amadeo, que se había apartado unos años para hacer otras experiencias. «Uno busca otros caminos: necesitaba salir del cerrado ámbito de la empresa familiar, confrontarme, tomar distancia de la experiencia que estaba haciendo con mi padre al que a veces yo discutía algunos criterios», refiere Amadeo. El crecimiento de la empresa imponía formalizar su organización. Se funda Juncadella Sociedad Anónima el 15 de noviembre de ese año. Dos años después muere don Francisco, dejando la empresa en manos de Amadeo, quien asume la presidencia de la firma.

Entre 1960 y 1970 se produce un crecimiento sostenido. Los camiones de Juncadella recorren el país. Se abren las primeras sucursales del interior. Primero Rosario y luego Córdoba. Los comienzos de los años setenta son difíciles. La Argentina se ve sacudida por los vientos de la violencia casi gene-

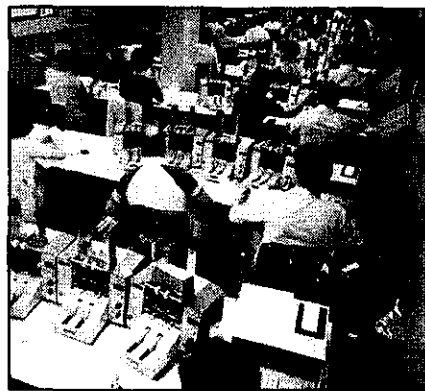
ralizada, aumentan los riesgos y la seguridad parece tambalear. El recuerdo de los tiempos de inseguridad está presente en la gente de más edad. En 1974, Amadeo Juncadella piensa como pensó su padre en 1912, cuando se largó a la Argentina. En ese tembladeral argentino había que buscar salidas. Pensó en España, donde llegó invirtiendo el viaje paterno para abrir nuevas posibilidades. Madrid y Barcelona son las primeras casas de Prosegur, la marca mundial de Juncadella nacida en la Argentina. El puente hacia el futuro y hacia el mundo estaba tendido. De España a Portugal y Suiza hay un paso. En el caso del desembarco en Suiza, el objetivo parece una audacia: colocarse como empresa líder en el corazón mismo de la banca mundial. Pero el objetivo se alcanza. Viene la etapa del crecimiento vertiginoso, casi desbocado. En 1979, tirando abajo prejuicios y recelos, abre la primera sucursal de América latina en Chile. Al año siguiente llegará a Uruguay y Paraguay. En 1981, la gigantesca casa en Brasil con 54 sucursales. Cuando la empresa cumple medio siglo de existencia tiene 250 camiones, 132 clientes sólo en la Argentina, y liquida el sueldo de 500 mil personas de distintas empresas privadas. Este año, el de su aniversario número 60, Juncadella tiene 500 unidades, tres mil empleados y 33 sucursales en el país. Como grupo mundial integrado a otra empresa, posee tres mil vehículos y 80 mil empleados. Desde su origen en 1932 con un camión, un chofer, un custodio y un pagador habilitado, la firma argentina transportadora de caudales pasó, de modesta empresa familiar, a líder mundial. «En sesenta años hicimos historia superando los escollos que el tiempo nos deparó. Ahora pensamos que hay que construir el futuro para que el año 2000 no nos sorprenda detenidos en nuestros anteriores logros. Cambiamos para anticiparnos a los cambios. Ninguna empresa humana es producto de generación espontánea. Es el fruto de una larga paciencia, de un gran esfuerzo y una visión de largo alcance. Cada etapa que se agota contiene los gérmenes de la que viene. Esto es una cadena, la que se hace en el tiempo y que es una historia. Nuestro desafío es pasar de lo bueno a lo muy bueno. Creo que, como decía siempre Pirandello, hay que hacer las cosas para el bien de todos», concluyó Amadeo Juncadella.



RODRIGO ALCORTA

Los
Pioneros

JUNCADELLA





La única con historia

TIM posee una Historia Clínica Unica de cada asociado en la cual, mediante un sistema de memoria computarizada, quedan registrados todos sus informes médicos: análisis de laboratorio, estudios de diagnóstico, internaciones, etc.

La existencia de esta Historia Clínica es exclusiva de TIM.

Porque tener Historia es importante.

**Administración Central
Arenales 1473 - Capital Federal
814-4976 / 0743 / 1346 / 2007**

Libros

LIBOREIRO, M. CRISTINA; HORACIO BRITO; EMILIO F. MIGNONE; FORTUNATO F. MALLINACI y otros, *500 años de cristianismo en Argentina*, Ediciones Nueva Tierra, Buenos Aires, 1992, 526 pp.

La aparición de este estudio repara —al decir del prólogo— una falencia de dos décadas en materia de publicaciones sobre la Iglesia en América dirigidas a un público amplio, creyente o no. La Comisión de Estudios de Historia de la Iglesia en América latina (CEHILA) conmemora de esta manera los 500 años de evangelización. Como queda explícito desde el principio, hay una toma de postura por parte de los autores. La historia se hace, entonces, desde la óptica de los pobres —definiendo que «son los mismos que los que lo fueron para Jesús, es decir, los que sufrieron y sufren marginación, aquellos cuya vida no se condice con la dignidad humana».

Los estudios, minuciosos algunos, extensos a veces, en ocasiones fuertemente politizados y apasionados, resultan interesantes en todos los casos, ya que desde el vamos está asegurada la polémica. Podrá haber luego acuerdo o disenso. Así, los autores no han rehuído analizar momentos muy conflictivos para la Iglesia, como lo fueron la década de los sesenta y el principio de los setenta, por ejemplo. En ese contexto, Mercedes Moyano hace un tratamiento conjunto de la realidad histórica y la de la Iglesia en ese momento, y el intento de ésta de pasar de un modelo y un tipo de conciencia a otro.

El trabajo de María Cristina Liboreiro, al centrarse sobre el habitante de la colonia —sujeto que fue de la evangelización— destaca las civilizaciones aborígenes y el impacto sufrido por la implantación de la «cristiandad española», como la define. Tarea no fácil, habida cuenta de la diversidad de razas indígenas y de que hubo de basarse, precisamente, en testimonios españoles.

Describe Liboreiro el tránsito del mundo espiritual poblado de chamanes y brujos hasta el dogma tridentino. Los catequizados no dejaron de ver al cristianismo como parte inherente del sistema socioeconómico impuesto por los conquistadores, quienes por otra parte, señala la autora, «no repararon en métodos para lograr la conversión».

Es extenso el tiempo estudiado por Emilio F. Mignone, prácticamente todo el siglo XIX, donde destaca como

elementos constitutivos la libertad de cultos, la reforma eclesiástica de Rivadavia, la religiosidad de Belgrano y San Martín, el paulatino arribo de órdenes religiosas educadoras, la frecuente confusión entre poder político y eclesial, y los permanentes conflictos que esta situación daba a lugar. La influencia de la masonería y, en resumen, el fuerte proceso de secularización.

La antinomia *democracia y dictadura* y la opción *católico progresista o integrista y conservador* tuvo, quizás, su momento más álgido en el período 1973/1983. Década analizada por Leonardo Pérez Esquivel con una decidida toma de posición.

El sociólogo Fortunato Mallinaci, en el extenso período estudiado (1900/1960), puntualiza, en primer lugar, el fuerte impacto inmigratorio que recibió la Argentina que, según su opinión, resintió las bases de su identidad más allá de lo que aún se admite.



Al historiar los grandes hitos de la lucha social, las huelgas anarquistas, las incipientes corrientes sindicales, la presencia de la Iglesia católica en los sectores populares —tales como el Círculo Católico de Obreros— que a principios de siglo salió a disputarle terreno obrero al socialismo, tarea ardua dado el fuerte anticlericalismo del sector, Mallinaci analiza lo que llama la «actitud repetitiva de tomar medidas drásticas» de parte de las autoridades episcopales con aquéllos que basan su legitimidad no en el poder institucional sino en la fuerza de sus hechos. Y, dentro de este marco, estudia el catolicismo intransigente que promovía la democracia cristiana.

Su análisis termina en la hegemonía militar, momento en el que la clericalización responde al Estado y deja sin respuestas a la sociedad.

Son varios los motivos por los que se destaca entre todos el estudio de Mallinaci. Por la cantidad de datos que aporta, por la documentación consultada, el enfoque, una prudente distancia y por el tono, que no por mesurado deja de ser vigoroso.

Los estudiosos de teología Daniel Ochoa, Miguel Alba y Norman Rubén Amestoy se ocupan en sendos trabajos del protestantismo en la Argentina, el que nunca pudo sustituir al catolicismo. Con respecto a la posibilidad de un reordenamiento social, y la pastoral de los pobres, también el protestantismo tuvo épocas diferentes, hubo un momento que los autores llaman «de optimismo», hasta 1914. Después del cual se instaló una «conciencia de fracaso» con respecto a ese tema.

Al hacer su trabajo, los autores han tenido presentes las historias que sobre diferentes Iglesias cristianas se han hecho en nuestra tierra. Así las de Guillermo Furlong, Rómulo Carbia, Pablo Cabrera, Juan Carlos Zuretti y Cayetano Bruno.

Se puede pensar que el mencionado apasionamiento de los autores y la cercanía en el tiempo quizá conspiran con la objetividad en un trabajo de esta envergadura. Pero quienes lo hicieron previenen desde el principio que «el libro está encarado como una historia, ya que la visión de la historia implica una toma de posición sobre el presente».

En el caso de que sea válido observar el manejo del lenguaje en un estudio histórico, se puede decir que en éste se resiente bastante por el uso excesivo de neologismos. CARMEN VRLJICAK-ESPAIN

RECENSIONES BIBLIOGRAFICAS

Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad, Instituto de Investigaciones de Historia Económica y Social de la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires, director Mario Rapoport, Buenos Aires, 1992, número 2.

Esta nueva entrega de *Ciclos* presenta notas de Igna-

cio Klich y Andrés Musacchio sobre el antisemitismo en la Argentina y sobre procesos de industrialización en América latina, así como reseñas bibliográficas y comunicaciones sobre temas puntuales.

Tratamiento de la cuestión indígena, Honorable Cámara de Diputados de la Nación, Secretaría Parlamentaria, Dirección de Información Parlamentaria, diciembre de 1991.

Contiene una muy completa recopilación de los antecedentes legislativos y parlamentarios de la cuestión indígena, así como los textos de las leyes sancionadas en relación al problema.

Patrón Costas en la historia, por CARLOS LUQUE COLOMBRES, Córdoba, 1991.

Biografía del doctor Robustiano Patrón Costas, con inclusión de su trayectoria política y de su labor como virtual fundador de la Universidad Católica de Salta. Incluye algunos documentos de interés.

Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí Colonial, por ENRIQUE TANDETER, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1992.

Exhaustiva investigación sobre las legendarias minas del Potosí, las formas de trabajo que generaron y las organizaciones económicas y financieras dedicadas a su explotación. Con una amplia bibliografía y transcripciones documentales significativas.

Dilemas del conocimiento histórico: argumentaciones y controversias, por Oscar Cornblit (compilador), Editorial Sudamericana, Instituto Torcuato di Tella, Buenos Aires, 1992.

Reflexiones sobre problemas vinculados al trabajo historiográfico, con aportes de Oscar Cornblit, Tulio Halperín Donghi, Roberto Cortés Conde, Ezequiel Gallo, Manuel Mora y Araujo, Guido M. Pincione, Torcuato S. di Tella, Osvaldo Guariglia, Thomas M. Simpson y Carlos Pereya, un conjunto desparejo pero del que pueden entresacarse sugerencias muy estimulantes.

Nuestra Historia. Revista de Historia de Occidente, números 37 y 38, Editorial Fundación Nuestra Historia, director Jorge María Ramallo, Buenos Aires, diciembre de 1991.

Edición dedicada a algunos caudillos como Estanislao López, Felipe Ibarra, José Gregorio Calderón, Manuel Navarro, etc., y notas sobre el periodismo cordobés y las islas Malvinas y Rosas. Colaboran Mario Guillermo Saraví, Luis C. Alén Lascano, Efraín Bischoff, Gerardo Pérez Fuentes y Mario Visiconte.

EL CUARTO CENTENARIO DE LA EMPRESA COLOMBINA

HUGO E. BIAGINI



La recordación del cuarto centenario del descubrimiento de América estuvo acompañada en la Argentina de un espíritu festivo no exento de rivalidades y polémicas. Los inmigrantes españoles e italianos disputaban sobre la verdadera cuna de Colón, mientras que tradicionalistas, liberales y revolucionarios debatían en torno a las ventajas y perjuicios derivados de la empresa colombina. Aquella apoteosis triunfalista se prodigó en discursos, himnos, misas, medallas, corsos, procesiones y exposiciones. Produjo también una abundante literatura donde lo apologético primó sobre lo crítico.

Pese a que el 12 de octubre de 1892 coincidió en nuestro país con la transmisión del mando presidencial --de Pellegrini a Sáenz Peña--, los actos mediante los cuales fue recordada la llegada de Colón a este continente permiten imaginarnos algo muy parecido a una epifanía cívica.

Si nos guiamos por el grueso del periodismo de la época, veremos cómo en sus columnas se reflejan la diversidad de festejos que se llevaron a cabo durante ese interin, tanto desde las esferas oficiales como por las fuerzas vivas y las colectividades extranjeras asentadas en el país.

Ciertamente, la figura cumbre que más galardones cosechó fue la del mismo Cristóbal Colón. En torno suyo se produjo una amplísima variedad de realizaciones. Por un lado, tenemos la sucesión de ensayos sobre el gran navegante que abarcaron los más diversos temas: la autenticidad de su lugar de nacimiento, de sus retratos y de sus restos mortales; su mayor o menor abolengo; su árbol genealógico y el de sus descendientes; su correspondencia; sus ideas científicas y sus sentimientos religiosos; etc. Se publicó una copia fidedigna del *Diario de a bordo* de Colón tal como existía en los archivos peninsulares, y cabe destacar el volumen colectivo en *Homenaje a Colón* armado por tres migrantes españoles: el filólogo Ricardo Monner Sans, el pintor Nicolau Cotanda y el fotógrafo Emilio Coll, cuya edición se agotó rápidamente y fue necesario acometer otra. Tampoco faltó la vena lírica, que no dejó de ser satirizada, como lo trasuntan estos versos: *Amo a Colón, sí señor, / mas 20 o 30 poesías / a su memoria... ¡qué horror!* También se llegó a escribir y a entonar un *Himno a Colón*, compuesto para la ocasión. A ello corresponde agregar la multitud de cuadros, monedas de oro y cobre, bustos y monumentos consagrados al almirante que alcanzaron a plasmarse o que se propusieron para el futuro. Por otra parte, fueron bautizados con su nombre varias calles, un hospital, un partido de la provincia de Buenos Aires y un departamento en la de Córdoba.

Registramos otras instancias adicionales, por ejemplo, la edición de libros como la *Historia del descubrimiento de América*, de Emilio Castelar, o la gama de artículos firmados por autores de distintas nacionalidades que abordaron las más heterogéneas cuestiones sobre la materia central. Estos trabajos se incluyeron en diferentes diarios y revistas, que dedicaron números o secciones específicas a la conmemoración del cuarto centenario, acompañados por muchos dibujos e ilustraciones con la imagen no sólo de Colón, sino también de las carabelas, los reyes católicos, el convento de la Rábida, el Puerto de Palos, los indígenas, y hasta Bartolomé de las Casas. Asimismo, salieron algunas publicaciones periódicas *ad hoc*, como el semanario *El Nuevo Mundo*, auspiciado por el Comité Colombiano de Santa Fe. Si bien algunas crónicas aluden a las escasas activi-

El Mosquito aprovechó el cuarto centenario de la empresa colombina para mostrar sus mejores recursos satíricos. «América descubrió a Colón.» La ironía era un modo de ejercer la crítica.

La recordación de los cuatrocientos años del descubrimiento de América por Colón estuvo acompañada de la publicación de una abundante literatura, en la que dominó lo apologético sobre lo crítico.

dades especiales en ciudades como Rosario o La Plata, puede colegirse que el resto del país atravesó por una suerte de apoteosis triunfalista. Entre los aspectos anecdóticos se cuentan por doquier un sinnúmero de rituales y emblemas pertinentes: exposiciones industriales, representaciones teatrales que abarcaron desde el drama histórico hasta la pantomima infantil, espectáculos de gala, veladas musicales, cánticos, bailes populares y de salón, encuentros literarios, misas con acciones de gracias y tedéums, limosnas a los pobres y presidiarios, certámenes escolares, concursos telegráficos, simulacros de desembarco, discursos y disertaciones, laureles y ofrendas florales, premios y diplomas de honor, lápidas y columnas escultóricas, cientos de medallas y cerca de medio millón de estampillas, banderas de muchas ciudades italianas, cintas de colores italo-hispano-argentinos, tarjetas y copias fotográficas, almanques, cajas de fósforos, arcos de gas y faroles a la veneciana, procesión con antorchas, fuegos artificiales, disparos de bombas y cohetes, corsos, quermeses, juegos de azar y competencias deportivas (carreras de embolsados, regatas, rifas, rueda de la fortuna, pruebas ecuestres, tiro al blanco, palo enjabonado, torneos de bochas)...

En medio de tantas exteriorizaciones, no han faltado, naturalmente, quienes procuraron hacer descollar sus causas particulares, como cuando el *Eco de Galicia* (10/10/1892) se ufana al sugerir que la carabela *Santa María* pudo haber sido apodada «La Gallega» antes de recibir esa otra denominación, o cuando la prensa y la colectividad italianas llegan a asociar, en extraña simbiosis iconográfica, los nombres de Colón y Garibaldi.

Salvo en algunos casos excepcionales que apenas se ocuparon de la cuestión --como el diario *El Nacional*--, todo ello fue descrito por una dilatada cobertura periodística, la cual no sólo se refirió profusamente a la marcha de las festividades en la capital y el interior, sino que además desplegó un vasto aparato informativo sobre los sucesos afines que tuvieron lugar en diferentes sitios de América, España y otros países latinos. Se daba así una prueba cabal del alcance mundial ejercido por la prensa argentina, la cual, según se ha exagerado, permitía que los lectores rioplatenses pudieran tener noticias de lo que acontecía en Europa antes que los mismos europeos.

En una rápida ojeada sobre los ecos del centenario, repasamos algunas secuencias más que llevarían a suponer un incremento de las relaciones culturales y diplomáticas con el mundo exterior y, más singularmente, con el ámbito hispánico de ultramar. Así observamos cómo el Poder Ejecutivo presentó dos significativos proyectos al Parlamento nacional: declarar feriado permanente al 12 de octubre --a pedido del gobierno español-- y que se cantara sólo la última

estrofa del himno nacional, evitando con ello los pasajes lesivos al linaje ibérico -- a instancias de la colonia hispana local.

No sólo se asistió a una inédita presencia de España en Buenos Aires -- por ejemplo a través de la Armada española y de marinos argentinos en la península-- , sino que también se verificó uno de los primeros acercamientos oficiales de nuestra intelectualidad al suelo hispánico, donde colaboraron algunos argentinos² en varios encuentros y reuniones de las tantas que se organizaron en España durante ese tiempo. A ello cabe añadir las distintas publicaciones y entidades académicas que venían bregando desde España para aumentar los nexos con el orbe latinoamericano.

La visión tradicional

En este enfoque se parte de un supuesto inapelable: el catolicismo representa la única religión verdadera, que introduce a Dios en la tierra y que es capaz de conducir la felicidad y asegurar la salvación. La Iglesia cumple en todo ello una función mediadora insustituible, especialmente en lo que concierne al vulgo.

A la personalidad de Colón se le va a adjudicar un talante de tal magnitud que únicamente permitiría interpretárselo como un producto sobrenatural, por abrir «las inmensas selvas americanas con la llave de la Cruz» y levantar a esta última como «emblemática de amor y caridad».³ Su llegada a América es concebida por obra de una «milagrosa intervención divina»,⁴ pues sobrepasó las hazañas de los mismos héroes y semidioses de la Antigüedad, surcando las aguas con su carabela como si se tratara del propio espíritu de Dios que creó el universo a partir del caos original. De allí que algunos sectores católicos llegaron a propiciar la santificación de Cristóbal Colón.

El periódico *La Voz de la Iglesia* (10/10/1892), haciéndose eco de una proclama de León XIII, reivindicaría la índole esencialmente religiosa y evangelizadora que revistió la presencia española en estas tierras, mientras declaraba obviamente su estrecha identificación con las celebraciones del cuarto centenario.

En una obra sobre las misiones guaraníicas, escrita expresamente con motivo de ese aniversario y prologada con ciertas disidencias por Bartolomé Mitre, se extrajeron algunas sugestivas derivaciones con respecto a la crítica situación sociopolítica de ese momento: «Entre el imperio de la dinamita y el imperio de la Cruz no cabe vacilación. Con la dinamita se quema, se destruye, se mata; con la Cruz se crean repúblicas tan sabiamente organizadas como la

República Cristiana del Paraguay [...] ¡qué lástima que Francia, Austria, España, Rusia, Europa no tengan un gobierno parecido al que fundaran en Misiones los discípulos de San Ignacio!».⁵

La visión modernizante

Procuraremos articular el planteo más hegemónico que puede constatarse en la *intelligentzia* del momento, embargada por un liberalismo primordialmente elitista.

La versión básica, coincidente en varios puntos con la de corte clerical, enfatiza el hecho de que el descubrimiento de América permitió que ésta transitará de un estado sombrío de salvajismo y barbarie hacia la civilización, de la infancia a la madurez, del primado de la fuerza al imperio del derecho, la moral y la libertad, en suma, el acceso a una cultura «infinitamente» superior. Por ello se alude a un episodio trascendental, el más glorioso de todos los que se han dado en la historia, el de mayor valor absoluto y universal.

A Colón se lo visualiza como un ejemplar sobrehumano que contó con una inteligencia incuestionable y una energía invencible. Además de eximio navegante, aquél resultó un profundo humanista y cosmógrafo que ha superado a «los grandes redentores, filósofos y conquistadores del mundo antiguo y moderno».⁶ Se subrayan aquí las enormes proyeccio-



nes que tuvo la empresa colombina en las ciencias, las artes, la literatura, la industria, el comercio, la marina, la sociedad y la política.

Extractamos una serie de aseveraciones que grafican más puntualmente esta posición y toman apreciable distancia frente al encuadre sintetizado de la visión inicial:

«Cristóbal Colón poseyó el corazón más entero y la cabeza más firme de su época. Acaudillando el renacimiento de la razón y la verdad contra las tinieblas medievales que envolvían la ciencia legada por los antiguos, abrió a los pueblos cristianos la era moderna, señalada por el descubrimiento de América».⁷

«Si a Colón se lo hubiesen tragado los mares, la Iglesia nos hablaría de la cólera celeste, y de la mísera vanidad terrenal; pero como domó esos mares, y descubrió estos mundos, Colón no fue sino un enviado celeste, a la manera de Cristo. De todos modos, Colón disputado por la Iglesia y por la Humanidad, será en último caso, humano y divino: un segundo Hombre-Dios.»⁸

«No nos prendamos de la fábula que ha colocado a Colón en un semi-Dios, no sigamos los pasos de la Iglesia, que ha querido coronar con el nimbo de los santos al genovés inmortal, no aventuremos siquiera la opinión o la creencia de que visiones proféticas trajeron al mendicante del convento de la Rábida a la tierra de América. Todo esto es empequeñecer al hombre para ensalzarlo [...] Colón no se reduce ni se limita a su obra, porque el descubrimiento de América deje de ser el producto de una adivinación y se convierta en el resultado [...] de deducciones científicas [...]»⁹

Otra vez El Mosquito aprovecha la recordación de los cuatro siglos del descubrimiento para hacer humor a costa de los políticos de la época. Aquí, Colón tiene la cara de Sáenz Peña, y lo rodean Pellegrini, Mitre, Roca y Alem.



En el discurso pronunciado por Antonio Bermejo al inaugurarse el monumento a Colón el 12 de octubre de 1892 en la ciudad bonaerense de Chivilcoy, a la cual el primero calificó de «laboriosa y cosmopolita por excelencia», se rechazó para el homenajeado la denominación de «aventurero», sosteniéndose que, pese a la falta de medios que padeciera Colón, su plan fue «científicamente concebido y sabiamente ejecutado». El mismo implicó la lucha del «libre examen contra el autoritarismo; la innovación contra la rutina; el genio contra la mediocridad; la tolerancia contra el fanatismo; la filosofía contra el clericalismo [contra] el espíritu estrecho, monacal».¹⁰

La revista *Don Quijote*, una de las más avanzadas dentro del conglomerado liberal,¹¹ mientras no deja de glorificar a Colón y a los Pinzones, se lamenta por haberse relegado al olvido la figura de Isaac Peral, ese sabio español inventor de un importante submarino. Con todo, también se reprochan en el semanario satírico algunas de las secuelas que acompañaron el proceso de la conquista: *¡Lástima grande que grandeza tanta / y tamaño esplendor, / ostente por florón de su corona / la triste inquisición.*

Ocasionalmente, si bien se exaltan el heroísmo y los emprendimientos de la conquista española, no deja empero de cuestionarse a aquélla por haberse mezclado con el indolente elemento nativo... a diferencia de lo que ocurrió con la colonización inglesa en el norte de América.

Circunstancialmente, algunos le atribuyeron otro factor relevante a la confluencia que terminaría por establecer el accionar colombino, i. e., vincular entre sí a dos vertientes escindidas: el ideario cristiano-occidental y el tronco pagano-oriental trasuntado por los incas y los aztecas.

En la presente perspectiva se suele rescatar, más que el hito fundacional, la dinámica ulterior que habría convertido a América en el asiento de las instituciones republicanas que redimieron a la humanidad, así como el hecho de haberse llevado a nuestro continente los gérmenes del progreso en su inexorable despliegue de Oriente a Occidente, dando lugar a pueblos florecientes y cultos, a los más diversos tipos humanos provenientes de todos los rincones del planeta, a una atmósfera neutral de paz y prosperidad, a miles de ciudades unidas por el ferrocarril y el telégrafo.

La mayor síntesis poética que apareció durante 1892 dentro de la presente orientación pertenece al expatriado español Juan José García Velloso, quien tanto había exaltado las virtudes de su propio país dentro de una morigerada raigambre republicana... Simultáneamente, García Velloso escribió un poema al genio hispano que vería la luz en *El Almanaque Sudamericano*, magníficamente dirigido por otro emigrado: el catalán Casimiro Prieto Valdés; poema donde se traslucen las inclinaciones liberales del autor: *Aún vive, aún vive España; / aún puede en el*

crepúsculo / de su grandeza honrarse / con Castelar tribuno: / rey al que sólo iguala / en su esplendor agosto / el Dante de este siglo / llamado Víctor Hugo.

Por otro lado, el diario *La Prensa* reprodujo el canto uno titulado «Hacia el Nuevo Mundo», correspondiente a la extensa poesía que Velloso le dedicara a Cristóbal Colón, resumiéndose el contenido de los cuatro cantos restantes que culminan con la personificación de un Colón que enaltece la independencia americana y su venturoso porvenir para honra de España y de la humanidad entera.

En el citado órgano periodístico y para el mismo número especial del 12 de octubre, también se insertó, junto con otros trabajos más, un texto denominado «América antecolombina», cuya firma pertenece a ese notable patriota puertorriqueño que fue Eugenio María de Hostos. Este último, tras remarcar los primitivos asentamientos pacíficos de los escandinavos en Groenlandia, concluye reivindicando el mérito de Colón en tanto verdadero descubridor de América, a quien juzga como el «civilizador por excelencia», con el siguiente fundamento: «Sin él no habría habido Nuevo Mundo; sin Nuevo Mundo no habría habido nueva humanidad, sin nueva humanidad no habría habido nueva civilización.

«Fuera lo que fuera, un aventurero, un loco, un ignorante, fue un grande hombre. Pero no grande hombre como los que nacen en cualquier momento de la vida, sino de los que, si nacen en un momento oportuno, imprimen a la historia un nuevo movimiento, porque son hombres completos: hombres de errores, de pasiones, de flaquezas; pero hombres completos como él era, sensibilidad de primera magnitud, carácter de primer orden, entendimiento soberano».



En su entrega de octubre de 1892, la Revue Illustrée du Rio de la Plata concede la portada a un Colón dibujado por Antonio Calliano y grabado por Rafael Esteve.

La visión revolucionaria

Dentro de lo que hemos venido acotando, no se desprenden enfoques eminentemente críticos, primando por el contrario una tónica apologética, salvo en contadas versiones humorísticas o artísticas, en el estilo del retruécano «América descubrió a Colón», o de la caricatura que sacó *El Mosquito* en su edición del 8 de octubre, donde se alude al descubrimiento mediante la simulación de un Colón con la cara de Sáenz Peña y en tierra aparecen con aspecto aborigen otros políticos de la época como Pellegrini, Mitre, Roca y Alem.

Sendas referencias burlescas de un tenor similar aparecen incidentalmente en el mencionado homenaje a Colón, siendo ambas escritas por dos intelectuales de origen español. Así ironiza, por ejemplo, el novelista Eduardo López Bagó: «No se puede asegurar, como lo aseguran muchos autores, que el continente americano es el último que se ha descubierto. Esto equivale a llamarle descortés». Por su parte, el ya citado Prieto Valdés versifica de este modo: *De cuantos genios la sesuda historia / conserva alta memoria, / hasta la edad en que Colón florece, / ni uno solo merece / ser llamado inmortal como el marino / que, surcando el Océano profundo, / la América encontró, pues fue el primero / a quien el pueblo ibero / vio, atónito, volver del otro mundo.*

Finalmente, en otra publicación se comenta la noticia de que los restos de Colón fueron ofrecidos por Santo Domingo al gobierno de Estados Unidos por 100.000 duros: «creen firmemente los dominicanos poseer los restos del descubridor del Nuevo Mundo, y en tanto los aprecian que andan buscando quien se los compre».¹²

A la postre, la variante teocéntrica y la variante liberal terminan por sumarse en su común percepción del descubrimiento de América como el suceso más sobresaliente que ha protagonizado la humanidad, y en el reconocimiento de Colón como uno de los máximos bienhechores de esta última. Un símbolo de dicha comunidad de opiniones lo proporciona la mencionada edición en homenaje a Colón, donde se han reunido, en un vasto y cuantioso espectro, las plumas y los pinceles de ambas ópticas ideológicas. Los ataques que pueden rastrearse allí, pese a sus aristas disidentes, concuerdan de un modo u otro en rescatar ya sea la figura de Colón, ya la corona castellana:

«El descubrimiento ha sido, es cierto, un bien para la humanidad, pero habría contribuido más al progreso general si en lugar de destruir las maravillosas y artísticas civilizaciones autóctonas, las hubiera fomentado transformándolas. Esa fue la mente de Colón, pero la ingratitud de los hombres le impidió sacar

los frutos de su obra, y sus sucesores empujaron tan grandioso propósito.» (ERNESTO QUESADA) «Los indígenas, en tiempo de la conquista, eran enemigos de héroes; hoy son esclavos del soldado de la frontera, del dueño de un ingenio y del pastor semicivilizado. Entonces eran guerreros que defendían su territorio, hoy son *chusma* que se extermina o que se reparte entre la gente para que le sirva gratis. Ni el cristianismo ni la civilización han mejorado su suerte. Al finalizar el siglo XIX se hallan sometidos a una servidumbre más abyecta o se ven más perseguidos que al finalizar el siglo XV. Para demostrar esto, que está en la conciencia de cuantos conocen los desiertos americanos, sería necesario escribir un libro. Hace falta un nuevo Bartolomé de las Casas que abogue por los indios contemporáneos nuestros. Pero ¿a quién apelarían? Los antiguos contaban con los Reyes Católicos que dictaban las leyes protectoras; actualmente están abandonados de la humanidad civilizada.» (F. LÓPEZ BENEDITO)

En rigor de verdad, a las dos versiones expuestas, la tradicional y la modernizante, que no siempre resultan claramente desbrozables, se las puede emparentar mejor desde los designios del elenco político entonces imperante. Así tomamos por caso una arenga de Dardo Rocha ante la conmemoración del décimo aniversario de la fundación de la ciudad de La Plata, nueva capital bonaerense: «No somos solamente una sociedad política, sino también un pueblo cristiano [...] Son igualmente nuestros antepasados, los héroes de la conquista y los grandes hombres de la revolución argentina, cuyas hazañas y sufrimientos, contrastes y glorias de unos y de otros [...] nuestra herencia común [...] ¡Cuán portentosa hazaña llevaron a cabo en nuestro provecho los conquistadores! [...] Cuántos sacrificios soportados, la melancolía de la Patria ausente [...] la oscuridad, el abandono en estas comarcas consideradas como el oro extremo del mundo, el hambre, la peste, el salvajismo, con su pavoroso cortejo de incendios, ataques y malones».¹² En esas manifestaciones se soslaya el rechazo visceral hacia la dominación española que se evidenció durante el ciclo independentista.¹³ Justamente hace 1892 se publicará un manifiesto inédito de Juan José Paso que viene perfectamente a ilustrar la actitud que hemos evocado con respecto a la llamada generación del Mayo: «La España jamás obtuvo en América una propiedad y una posesión legítima: su ocupación fue obra de la violencia, de la crueldad y de la perfidia. Una banda de aventureros, conducidos por la fama de las riquezas de la tierra [...]».¹⁴

Dicho espíritu jacobino, pese a haber ido disminuyendo notoriamente entre los núcleos dirigentes durante el siglo pasado, no dejó con todo de reverdecer bajo otras modalidades políticas y culturales hacia el período analizado.

Por una parte, traemos a colación un testimonio que apareció en el diario *El Argentino*, orientado por la

oposición radical al régimen oligárquico. Allí, el exiliado Luis Ricardo Fors —activo participante de la Primera República Española y excepcional defensor entre sus compatriotas de la emancipación cubana— sostuvo en una serie de notas¹⁵ la tesis sobre el descubrimiento de América por parte de otros europeos anteriores a Colón, polemizando en tal sentido con los redactores de *El Correo Español*, a quienes califica de indoctos. Más adelante, para el mismo 12 de octubre, Fors, con un artículo titulado «Cuatro siglos», volverá a la carga en esa misma tribuna objetando a los historiadores de la conquista y la colonización que tildan de incultos a los pueblos indígenas por no apreciar el «indiscutible» carácter civilizatorio de estos últimos, que trasuntan una antigüedad y una racionalidad no inferior a las de los europeos:

«Por un lado la execrable Inquisición [...] destruía el pensamiento, por otro lado la esclavitud rasgaba a latigazos la carne de los negros africanos [...] y por otra parte torturaban y exterminaban millones de seres humanos que la obra de Colón debía haber inscripto, para honra de la humanidad y gloria de los políticos y moralistas de aquel siglo.»

Otras referencias significativas y de mayor frontalidad son las que van a aparecer en la prensa socialista del momento.¹⁶

Una de tales posturas puede localizarse en el semanario *Worwärts*, el cual batalló largamente contra el privilegio y reivindicó los derechos del trabajador en distintas partes del mundo. Para nuestro tema específico se encuentran allí algunas notas que cuestionan la empresa colombina. En la primera de ellas, correspondiente al 8 de octubre, aunque no se desea evaluar el asunto con miradas extemporáneas ni anacrónicas, se mantiene una honda diferencia frente a los festejos del cuarto centenario, «con una mezcla de lamentos, admiración y repudio». La obra de Colón, antes que un hallazgo científico constituye un acto de piratería. Además de erigirse en un mercader de esclavos, aquél representó un modelo de codicia y sanguinaria tiranía para los conquistadores ulteriores, llevando a la desaparición de todos los millares de aborígenes que habitaban la isla Guanahani por él invadida. Según esta fuente, que apela a documentos epocales, Colón habría pertenecido a una familia de corsarios y peleó como mercenario en el ejército de Carlos de Anjou contra su propia patria de Nápoles. Transcurridas las celebraciones, para el 15 de octubre se efectúa un balance de lo acaecido que, por su impronta disruptiva, transcribimos casi *in extenso*: «EL EXCESIVO AJETREO en torno al Descubrimiento afortunadamente ha concluido; por lo menos en su mayor parte. La “CULTA HUMANIDAD” sintió una vez más la irresistible necesidad de exhibirse en ropas bufonescas. “¡Cuarto Centenario del Descubrimiento de América!” Ediciones extras, medallas, sellos postales, banderines, trombones y remolino festivo

en general. Empero, si se interroga a alguien por la razón, el motivo del mencionado festejo, no se obtiene respuesta alguna por parte de los encuestados [...]. Se alega con decidido énfasis: "por este descubrimiento fue sepultada la Edad Media, y una nueva era emprendió su inicio". Palabras decorosas; pero ¿cree realmente alguien, que sin este descubrimiento hoy aún fuese posible una realidad feudal como en aquel entonces?

«Postulemos lo imposible; supongamos que hasta el día de la fecha no se haya descubierto América. ¿Entonces? ¿No poseeríamos en Europa los inventos modernos? ¿Acaso la "civilización cristiana" y la cultura vinieron de América o más bien fueron llevadas hacia ella? [...]. Arte y ciencia: ¿fueron traídos de América o fue más bien a la inversa? Creemos que la respuesta está sobreentendida.»

«Pero una cosa sería muy diferente en Europa, de lo que es: Europa sin América ya sería, largo ha, socialista [...]. Los millones de personas que desde hace siglos abandonaron Europa, evitaron una colisión de las clases enfrentadas, evitaron la revolución social, que por tal circunstancia fue postergada hasta hoy día. Porque la emigración constituye una válvula de seguridad para el infierno del actual desorden persistente, y si los regentes europeos actuales desearan acelerar aún más su caída, solamente han de evitar la emigración. Pero, como ha se ha dicho, es imposible concebir que América no fuera descubierta ya.»

«Siempre se va en sentido progresivo, la humanidad siempre avanza, si bien a veces de modo muy lento. Por ello, cada descubrimiento, cada invento, cada avance ha de ser contemplado como el más natural resultado de una época determinada, no como un milagro que exigiese una previa súplica centenaria. Todo es perfectamente coherente. ¡Y cuánto, desde el descubrimiento de América, fue hallado e inventado! ¡Y cuánto ha de ser descubierta aún! ¡Adelante, adelante!

«Aquél que vive de su trabajo honesto no tiene el menor motivo para festejar el descubrimiento de América. Descubrimiento va, descubrimiento viene —el obrero no obtiene de ello la más mínima ventaja—, por el contrario, se hallaría en situación más favorable si América no hubiese sido descubierta, o por lo menos lo hubiera sido unos siglos más tarde. En este caso también habrían llegado hombres libres a América, para salvación de los nativos, dignos de piedad, y el perjuicio que gestionó la economía clerical hubiera sido evitado. Quien tiene motivo de celebración es la burguesía [...]. La burguesía festeja hasta el hartazgo. Colón acá-Colón allá-Colón por todos los rincones [...]. La Dirección Postal emitió el 12 especiales "sellos conmemorativos", comida festiva para los tiburones filatélicos¹⁷ [...]. En El Club de los Perezosos el doctor Charlatán mantiene un discurso sobre Colón que recuerda a una lombriz solitaria: comienza con el Génesis mosaico y culmina con

el actual presidente, todo ello con el apoyo aprobatorio del incesante griterío¹⁸ [...]. Los curas, quienes siempre gustan colocarse al frente y participar, si es que no les queda otra salida, en las instituciones estupidizantes, poniendo de relieve el valor del Descubrimiento. Pero la supuesta canonización de Colón quedará en la nada, es que ha trascendido que el hombre no había estado "debidamente" casado con su mujer. ¡Terrible!

«Pero la burguesía también es práctica. Mero entusiasmo no trae vacas gordas, por ello es imprescindible conjugar lo agradable con lo útil: por un lado se festeja a Colón, y por el otro se exhibe la lista de precios de medias y pantalones; aquí el retrato del "grandioso y famoso genovés"— en el reverso se asegura que la mejor Caña o Cognac se obtiene en casa de los hermanos "pistilo de violeta".

«Ciertamente una pena, que la gran masa se deje usar como papel de envoltorio.»

Al concluir el año, en el número del *Vorwärts* correspondiente al 24 de diciembre resurge una valoración no menos lapidaria: «En la medida que conocemos la historia mundial jamás ha acontecido una catástrofe tan ominosa para parte sorprendida de la humanidad, como fue la conquista española después del descubrimiento del nuevo mundo.»

Recuperamos por último un artículo publicado por el periódico *El Obrero* (número 87, setiembre 17, 1892), donde se ensaya una esquemática y desencarnada interpretación clasista sobre nuestro particular, frente a las socorridas aproximaciones que pretendían atribuirle al descubrimiento de América una proyección válida para toda la humanidad: «La burguesía de todos los países, sin distinción de nacionalidades, festeja el cuadrigésimo centenario del Descubrimiento de América [...]. Es la fiesta de los amos explotadores mismos». Por lógica consecuencia, dicho órgano de izquierda, mientras repudia al capitalismo, decide no adherir a la inminente celebración del mentado descubrimiento.

Conclusiones generales

Una buena parte de lo expuesto tiene su telón de fondo en los propósitos de España por mejorar las deterioradas relaciones con sus otrora colonias latinoamericanas. Tales intentos de acercamiento fueron auspiciándose desde distintos frentes bajo la presunción de que ello podría constituir una forma de quebrar con el aislamiento y la decadencia por las que atravesaba España, sumida en graves crisis agrícolas y monetarias junto a no menos delicados malestares sociales.

Por otro lado, existía también el peligro que representaba para los intereses peninsulares el avance de los Estados Unidos que se institucionaliza con la función

de la Unión Panamericana de 1890. Así es como España buscaría obtener el esquivo respaldo de los países hispanoamericanos para la preservación de sus postrimeras posesiones en el Caribe. A todo ello se había creado en Madrid la Unión Iberoamericana, a cuyas finalidades de mancomunidad espiritual debe añadirse un trasfondo comercial, pues su mayor financista fue el marqués de Comillas, dueño de la Compañía Transatlántica.

El mismo tópico de la confraternidad no pasaba a veces del plano retórico, pues debe observarse, por ejemplo, según ha reparado un estudiante platense (M. Odoguardi), que en la portada del semanario madrileño *La Ilustración Española y Americana* (11 de agosto de 1892) se advierte un grabado sobre la España descubridora, donde cabe inferir estas apreciaciones: «En la imagen que se observa y que da la sensación de ser doble, se ve un trasfondo poblado de edificaciones, catedrales, palacios y demás construcciones arquitectónicas españolas, que están como avasallando la figura que se encuentra en la parte inferior del grabado, que representa a América [...] se sugiere una resaltación de la grandeza de la cultura española, trasladando su civilización a América, pero esta última se halla representada como la tierra de la barbarie total, donde está todo por hacer».¹⁹

No debe olvidarse que en el mismo año de 1892 se generó en España no sólo la idea de declarar el 12 de octubre como feriado nacional, sino también la de celebrar esa fiesta bajo la denominación de «Día de la Raza», con lo cual tendía a excluirse a los demás componentes étnicos de la americanidad.

El político conservador Cánovas del Castillo, presidente del gobierno español, al firmar el decreto sobre la fundación oficial de la Junta del Centenario, invocó una doble causalidad para justificar dicho organismo: «[...] si la Santa Religión Cristiana ilumina hoy las conciencias desde el cabo de Hornos hasta el seno Mexicano, a los españoles se debe; que si los europeos disfrutaban de las riquezas sin cuento de la hermosa tierra americana, ante todo tienen que agradecerlo a los trabajos increíbles y al valor pertinaz de nuestros antepasados».²⁰

A través de esos asertos, se transparenta la conexión con el afán lucrativo que guardaría la visión que hemos tratado al comienzo, donde se le atribuía a la empresa hispana un valor estrictamente religioso. Dicha mentalidad apropiadora, si bien aparecía con un relieve menos desdibujado en la visión modernizante --que hacía hincapié en el genio científico de Colón--, tampoco deja de estar presente no sólo en un sentido más bien fáctico como en el caso anterior, sino desde el propio campo discursivo, por ejemplo, mediante la exaltación efectuada sobre la América del XIX como tierra de promisión.

En definitiva, se conjugan ambas versiones en el hecho de que, más allá de si se obró por imperio de la religión o de la ciencia, y más allá del papel relevante

que estos mismos factores pudieron desempeñar, aparece la misión colonizadora como un usufructo unilateral e irrestricto de los recursos materiales y humanos --tal como lo advirtió en forma harto esquemática la visión que hemos calificado de revolucionaria.

De allí que pueden resultar demasiado idílicos algunos de los conceptos entonces empleados para juzgar al cuarto centenario desde el ángulo continental: «ha llegado el ansiado día de la unión y hermanamiento de americanos y españoles [...] perseguida con ardoroso entusiasmo por todos los hombres de ilustración y pensamiento de este continente y de la Madre Patria. ¡Bendito sea, pues, el cuarto centenario del descubrimiento del Mundo de Colón, que ha venido a dar para siempre al olvido pasadas disidencias y resentimientos baldíos [...]».²¹

Puede por cierto considerarse como un saldo auspicioso la posibilidad que trajo aparejada el aniversario en cuestión para ir minando el racismo antihispánico, enunciado en armas de supuestos ideales universalistas. No debe en cambio refrendarse la actitud chovinista, de funestas consecuencias, que para esa misma época cobraría fuerza apelando a la raigambre hispana para denostar todo otro ingrediente étnico, cultural o ideológico ajeno a ella; ingredientes que llegarían a ser fóbicamente excluidos de nuestra complejidad nacional.

A propósito del naufragio del barco *La Rosales* --cuando participaba de la celebración del IV Centenario-- y el silencio que rodeó a la actuación de los oficiales del navío --quienes se salvaron del hundimiento mientras desaparecía el resto de la tripula-



Don Quijote, una de las tribunas importantes del liberalismo más avanzado de la época, glorifica a Colón pero lamenta el olvido de Isaac Peral, sabio español inventor del submarino.

ción—, una fuente de la época efectuó algunos comentarios que entroncan en cierta medida con nuestras expresadas reservas: «Nosotros criticamos a los españoles que en su sentimiento patriótico van hasta desconocer la realidad de los hechos [...] y sin embargo, pretendemos ser más patriotas que los españoles. Somos tan celosos de nuestras condiciones como pueblo, que no admitimos comparaciones, ni críticas. No se tendrá por buen argentino quien no sostenga nuestra superioridad [...]».²²

Asimismo, podemos valorizar positivamente, como hizo el *Monitor de la Educación Común* por ese entonces,²³ que la población de nuestra América había alcanzado una cifra cercana a los 80 millones de habitantes. Sin embargo, no corresponde sustentar el sentimiento de alegría que se volcaba en dicha publicación, aduciendo que «apenas existen hoy vestigios de la barbarie indígena». Con ello se pasaba por alto que los diezmados pobladores originales de nuestro continente ya sumaban, antes del arribo de los europeos, una cantidad equivalente a la que se calculaba alborozadamente cuatrocientos años más tarde...

Notas

1. MANUEL DEL PALACIO, en *La Nación*, octubre 4 de 1892.
2. Por ejemplo, Francisco Berra en el Congreso Patagónico Hispano-Portugués-Americano; Angel Carranza como delegado al Congreso Internacional de Americanistas; Miguel Cané en el Congreso Literario Hispano-Americano; Vicente Quesada y Calixto Oyuela reivindicando la obra de España en la revista oficial *El Centenario*. Asimismo, en la Exposición Histórica Americana de Madrid se presentó un álbum con motivos indígenas que fuera confeccionado por Francisco Moreno, Honorio Leguizamón y Samuel Lafone Quevedo y que contenía, según reza el catálogo *ad hoc*, 79 láminas ejecutadas en el Museo de La Plata. Por su participación en esa exposición, la Argentina recibió diversos premios y distinciones.
3. RICARDO MONNER SANZ, *Los dominicos y Colón*, Buenos Aires, La Argentina, 1892.
4. FRANCISCO FERRUCIO PASINI, *La cuna y la tumba de Cristóbal Colón*, Buenos Aires, Peuser, 1892.
5. RICARDO MONNER SANZ, *Pinceladas históricas*, Buenos Aires, La Argentina, 1892, p. 213.
6. «Colón», en *El Diario*, octubre 12 de 1892.
7. MARIANO PELLIZA, en AA.VV., *Homenaje a Colón*, Buenos Aires, Peuser, 1892, p. 12.
8. JUAN CANCIO, *ibidem*, p. 6.
9. «Colón», *El Diario*, número citado.
10. A. BERMEJO, en Neptali Carranza (comp.), *Oratoria argentina*, t. 4, La Plata, Sesé y Larrañaga, 1905, sin paginación.
11. *Don Quijote*, octubre 9, 1892.
12. *Revue Illustrée du Rio de la Plata* 35, noviembre de 1892.
13. En *El Diario*, noviembre 18, 1892.

14. Cfr. *Revista Nacional*, XV, 1892. En el mismo tomo de esa publicación apareció un trabajo de Américo Palma, «Democracia argentina», donde se expresaba: «Los hombres que partían de la hispana tierra para el colombiano mundo, partían con sus prejuicios, con sus errores tradicionales, con su añejo espíritu de superioridad y vasallaje». Sobre las objeciones contra la España colonial por los hombres de Mayo, véase H.E. BIAGINI, *Historia ideológica y poder social*, Buenos Aires, Cedral, 1992, capítulo sobre educación argentina desde la conquista hasta la emancipación.

15. Publicadas entre el 2 y el 12 de agosto de 1892. Sobre Fors, consultar el trabajo de Alicia Vidaurreta a nuestra compilación: *La inteligencia española en el París americano* (próximo a salir en la Diputación Provincial de Sevilla); libro en el cual se aborda la labor de otros emigrados españoles durante la misma época.

16. Sin haberse podido compulsar un periódico anarcocomunista muy clave para el período en cuestión: *El Perseguido*.

17. Aquí se alude al enorme revuelo que se produjo en la oficina de correos cuando se puso en venta la serie filatélica sobre el cuarto centenario y la puja de los coleccionistas por obtener los sellos alusivos; cfr. *La Nación*, 13 de octubre de 1892.

18. Como se ha preguntado Guillermo Bianchi, en su

L'Equipe® Gymnase

Paraguay 1589 esq. Montevideo

ELEGANTEMENTE EUROPEO

Cuerpo y mente
en movimiento

- GYM
Complementos
- TAE KWON DO
- VOLEY BALL
- DANZAS
- HATHA YOGA
- DEFENSA PERSONAL
- KARATE
- KYOKUSHINKAIKAN
- GRUPOS MIXTOS REDUCIDOS

INFANTIL

- DANZAS
- VOLEY BALL
- TAE KWON DO
- GYM OLYMPIQUE
(GYM deportiva artística)

SAUNA
PETIT BAR
SOLARIUM



recopilación del *Vorwärts*: «1º) ¿es una crítica a la noción de progreso hegemónica sustentada por la elite argentina?; 2º) ¿es una crítica a algún Club o Asociación en particular con prédica por aquellos tiempos?; ¿podría ser el Club del Progreso?; 3º) ¿es una crítica a alguna reunión en particular que se celebró en aquella época?; 4º) ¿quién es el Dr. Charlatán?».

19. En nuestro mismo medio, durante el acto organizado en la Plaza Italia, se levantó una tribuna con el busto de Colón y dos indios postrados a sus pies.

20. Citado por SALVADOR BERNABEU ALBERT en 1892: *El IV Centenario del Descubrimiento de América en España*, Madrid, CSIC, 1987, p. 40; obra de bastante utilidad para complementar nuestro tema. Ver también, CARLOS RAMA, *Historia de las relaciones culturales entre España y América latina*, México, FCE, 1982.

21. FLORENCIO ZAPATA en AA.VV., *Homenaje a Colón*, ed. cit., p. 15.

22. J.O. MACHADO, «La honra nacional», en *El Economista Argentino* y reproducido por el diario *La Nación*, 5 de setiembre de 1892.

23. Número 216, setiembre 30, 1892. El presente obtuvo la inestimable colaboración de las pesquisas que, bajo mi asesoramiento, efectuaron alumnos pertenecientes a la Universidad de Belgrano (Martin Adair, Gabriela Etcheverry, Paola Fariwoni, Gaby Masjuan, Constanza Monti, Humberto Picone, Graziella Semino) y a la Universidad Nacional de La Plata (Guillermo Bianchi, Lidia Bozzachi, Silvia Buschiazzo, María Foti, Esteban González, Pedro Karczmarczyk, Valeria Lacerra, Verónica Montiel, Marcelo Odoguardi, Aracelis Rodríguez, Roxana Sommariva, Juan Vietri). Un agradecimiento especial para el alumno Harald Lindner y la profesora Nelba Lema (Departamento Lenguas Modernas) de la casa de estudios platense, por sus versiones al castellano de los aludidos artículos del *Vorwärts*.

HISPANISMO E INDIGENISMO

4/10/1917. «1) El descubrimiento de América es el acontecimiento de más trascendencia que haya realizado la humanidad a través de los tiempos, pues todas las renovaciones posteriores se derivan de este asombroso suceso que al par que amplió los límites de la tierra abrió insospechados horizontes al espíritu. 2) Se debió el genio hispano —al identificarse con la visión sublime del genio de Colón— efemérides tan portentosa, cuya obra no quedó circunscripta al prodigio del descubrimiento, sino que la consolidó con la conquista, empresa ésta tan ardua y ciclópea que no tiene término posible de comparación en los anales de todos los pueblos. 3) La España descubridora y conquistadora volcó sobre el continente enigmático y magnífico el valor de sus guerreros, el denuedo de sus exploradores, la fe de sus sacerdotes, el preceptismo de sus sabios, las labores de sus menestrales, y con la aleación de todos esos factores, obró el milagro de conquistar para la civilización la inmensa heredad en que hoy florecen las naciones a las cuales ha dado, con la levadura de su sangre y con la armonía de su lengua, una herencia inmortal, que debemos de afirmar y de mantener con jubiloso reconocimiento.»

Estos son los fundamentos que acompañan al decreto por el cual el presidente Hipólito Yrigoyen instituyó el 12 de octubre como *Día de la Raza* y lo declaró fiesta nacional.

Es una pequeña pero significativa muestra del sentimiento y la retórica hispanoamericanista que campeaba por entonces en la cultura oficial y los

círculos intelectuales latinoamericanos. Desde principios del siglo xx, la reconciliación de América con España avanzaba y se consolidaba: la antigua potencia opresora se iba transformando gradualmente en la *Madre Patria*.

Década de 1980. «El Inca creyó en ese seudodios navegante. / Con sus palos de fuego aterrorizaban la inocencia / a fuerza de astucia y ambición / cargando oro, sangre y dolor [...]» (De una canción del grupo Lafuente).

«Grita conmigo, grita Taki Ongoy / que nuestra raza reviva en tu voz [...] / Que nuestra América es india y del Sob» (De *Taki Ongoy*, de Víctor Heredia).

«Hubo un tiempo en que todo era bueno. / Un tiempo feliz en que nuestros dioses velaban por nosotros. / No había enfermedades entonces, / no había pecado entonces, / no había dolores de huesos, / no había fiebres ni había ardor de pecho, / no había enflaquecimiento. / Sanos vivíamos» (*Taki Ongoy*, texto número 1).

Estas tres pildoras poético-musicales representan, también en pequeño, el clima de *neindigenismo antihispánico* (y, de paso, anticatólico) que irrumpió en América latina, y también en España, durante la pasada década de los ochenta. Este indigenismo (con su utopía anacrónica del *paraíso terrenal* precolombino donde habitaba feliz el *buen salvaje* hasta que llegaron la enfermedad y el pecado con los españoles) constituye el reverso del decreto yrigoyenista transcrito al principio.

IGNACIO PALACIOS VIDELA

FRANCISCO DE TOLEDO

PRINCIPE DE INDIAS

DANIEL LARRIQUETA

Montaba un caballo rosillo con guarnición y silla de cuero negro bordados de oro que le habían regalado en Carmenga. De cuero vestía, cubriéndose del frío matinal con una capa de Alcántara, y del trepidante sol americano con un sombrero negro de ala ancha que le embozaba la mitad del rostro. Se tenía muy tieso en su montura «como si sostuviera un ánfora en la cabeza», pero cabalgaba al tranco con la naturalidad que hizo pensar a los indios que caballero y caballo eran una sola cosa. Bajo el ala del sombrero se podía entrever un visaje afilado y seco, que terminaba en una barba puntiaguda y del que parecían escaparse dos ojos negrísimo, vivísimos, agudísimos. Sobre las riendas, o levantada con gesto exacto para soliviar el sombrero, la mano derecha se hundaba en un guante de aquel cuero de España que hacía suspirar a las elegantes de Europa y en cuyo dorso el príncipe había hecho bordar en hilo de oro las armas de la casa de Oropesa; era su único lujo. Ya a la vista de la antigua capital imperial, su cortejo era legión. Lo rodeaban de cerca sus veinte lanceros y sus diez arcabuceros a caballo, todos nobles de cuna o de derecho, mandados por Francisco de Garabeo y Martín García de Loyola, sobrino nieto de San Ignacio, futuro padre de la primera marquesa mestiza del Nuevo Mundo y de la villa de San Luis y de la Punta de la Sierra del Venado, en Cuyo. Lucían sus uniformes de reglamento y enarbolaban el pendón de Castilla y las armas virreinales. Venían enseguida los hidalgos de la casa del virrey, sus secretarios y hombres de confianza, los juristas, los contadores, los frailes, los intérpretes y los científicos: el cosmógrafo capitán Pedro Sarmiento de Gamboa, el naturalista doctor Tomás Vázquez y el médico Sánchez de Renedo. Cerraban el grupo los cabildantes de Siquillapampa que habían salido a rendirle homenaje, y una vasta pueblada que se engrosaba a medida que cruzaban villas y rancheríos. El aire fresco y cabal de la mañana le traía el repique

de las campanas que le anunciaban a Cuzco, la capital de los incas, que estaba entrando en la ciudad don Francisco de Toledo, el más poderoso de los hombres del Nuevo Mundo, virrey del Perú. Oía los vítores y respondía los saludos, aunque tenía los ojos puestos en los cerros, redondos pero majestuosos, duros y eternos bajo el manto verdísimo que se tocaba con el cielo profundo de los Andes. Algo querían decirle estas montañas que lo venían acompañando en su viaje desde Lima, hacía ya cinco meses.

Cuando bajaba la vista al cuenco del valle, los muros de piedra inca y las torres altas y relucientes de las iglesias recién construidas le recordaban cosas, como si ya hubiese estado en este sitio. Sitio era la palabra y con ella recuperó la memoria. El sitio de Siena, en 1554, cuando a la par del duque de Florencia entraron ambos en la ciudad rendida por Monluc a las armas del Emperador. Espejismos de aquella Siena de piedra dorada posada sobre la campiña toscana hay en esta Cuzco, también pétreo y pajiza, acurrucada en su vergel sagrado. Ya no es el joven delegado de Carlos V desalojando a los franceses de Italia para afirmar el dominio español de media Europa. Tiene ahora cincuenta y seis años, y va a entrar en la capital inca como ministro del monarca universal, Felipe II, su primo, con la vara de virrey del Perú, la dignidad y el poder de un rey por delegación gobernando un país tan grande como toda Europa. Pero algo era mejor en la entrada de Siena que en la de Cuzco. Se pregunta qué es. Y sólo halla una respuesta nostálgica, la sombra protectora y descomunal de Carlos V, en cuya casa fue criado por la emperatriz, con quien peleó en todos los combates desde Flandes hasta Berbería, al que asistió en la cámara mortuoria, con sólo un puñado de los fieles, el día del tránsito en Yuste, el 21 de septiembre de 1558...

Se inquietó el rosillo con las primeras salvas de la infantería, y don Francisco recuperó el presente. Hoy y aquí, él es el monarca universal; por lo que tiene en el cuerpo y por lo que tiene en el alma. Lleva sangre de los

emperadores de Bizancio, de los reyes de Bulgaria y de todos los varones que han construido Castilla empujando a los moros siglo tras siglo. Ha gozado de la protección y la confianza de los dos campeones de la cristiandad, Carlos V y el papa Pío V, el moralizador de Roma. Y de ellos ha heredado el gesto trascendente, la voluntad indoblegable y la rectitud moral. Siente que ha traído todo eso al Nuevo Mundo, en especial al caótico Perú, y siente que con todo eso está entrando, en esta mañana de fines del verano de 1571, al ombligo del mundo indígena, la imbatible Cuzco. Y todos tienen que verle tal como es, la mano de Dios y del Rey.

Recuperar y regenerar el Perú

Cuando llegó a Lima, hace quince meses, la ciudad de

Los Reyes lo recibió bajo palio, con excesiva ostentación de lujo y ruido, y una ringlera de hipócritas reverencias. Nada lo confundió. Conocía de antemano la fragilidad del reino y había pedido a Felipe II poderes extraordinarios que el rey consintió. Virreinar en el Perú era una gran misión, pero la sentía como un acto de servicio, el último peldaño de la escalera que debía llevarlo a la cúspide de una extraordinaria vida pública... ¿el gobierno de la Orden de Alcántara?

El Perú era una ciénaga de plata. Se había devorado la vida del conquistador Francisco Pizarro y la de los cuatro primeros virreyes, todos muertos en este destino terminal, dos de fatiga, dos de crimen. El era el quinto, y estaba decidido a cambiar el destino. No podía confundirse, ni distraerse, ni dudar. Desembarcó en las costas de Panamá con el rostro cubierto de un visaje pétreo que no abandonaría mientras estuviese al mando. Si de-

El virrey del Perú don Francisco de Toledo, según el artista argentino Luis Benedit, en dibujo realizado especialmente para esta edición de TODO ES HISTORIA.



trás del gesto durísimo había un alma tierna y conciliadora, el Perú no lo sabría jamás. A Toledo le iba en ello la vida, a Felipe II el reino, a Dios la salvación de un inmenso rebaño de pecadores españoles y desprevenidos indígenas.

La misma dureza imperaría en su casa. Y dispuso que «ningún caballero ni criado, mayor ni menor, debía recibir de los naturales o de los españoles del Perú cosa alguna por ningún título que sea, ni comerciar sin tener su expreso consentimiento; que no acepten invitaciones de gente de la tierra; ni tomar prestado; ni persuadir con ruegos a los ministros de la justicia en favor, ni en castigo de nadie; ni visitar mujer de día o de noche; ni hablar a los ministros ni a los oficiales de su parte si no fuera la persona que él señalare; ni tengan amistades estrechas con ninguno de la tierra, sino con igualdad».

Y se puso a trabajar, sin descanso. Con la energía del asceta ligado al celibato por voto de castidad y la obsesión del cruzado. Había que regenerar el Perú en

sus costumbres privadas y combatir en las públicas la propensión a la «libertad», a desconocer la autoridad del rey como hicieron los Almagro o soñar con autonomías políticas como Gonzalo Pizarro al comienzo y Hernández Girón el año cincuenta y cuatro. Y terminar con la confusión de las soberanías que alienta desde el valle sagrado de Vilcabamba la permanente altivez del inca Titu Cusi, que tan grande revuelta promovió el año sesenta y cinco. Y si este opulento Perú había de ser el Flandes del Nuevo Mundo, él estaba dispuesto a ser el émulo de su primo y admirado general, el duque de Alba, y asegurar por cualquier medio necesario «la quietud del reino» y su devoción cristiana. Con más razón en estos duros años. No se resigna Toledo a la paradoja de haber partido de España en el momento en que la rebelión de la minoría mora ha teñido de sangre la Andalucía y obligado al rey a comisionar a su

mismo hermano, don Juan de Austria, para hacerse cargo de la represión. Toledo habría preferido aquella guerra a estas reverencias. Y no menos inquietantes son las turbulencias de Flandes que Alba sujetó con su mano de hierro. Y todo el Mediterráneo está sometido a los pillajes estivales de la flota turca, con clara amenaza para los reinos vasallos de Túnez y Chipre. Es un tiempo muy grave para Felipe II, y Toledo piensa que sólo los hombres del finado Emperador, Alba, Austria y él mismo, tienen la garra necesaria para la emergencia. El rey Felipe es más propenso a los diplomáticos y a los juristas, pero ahora es tiempo de guerreros. Y si no puede estar allá, Toledo está decidido a que de su Perú no le lleguen a Felipe II sino buenas nuevas y sólido respaldo. Ese será su tributo.

Ha llegado a Lima con su visaje duro, pero también con una estrategia política. Aquí no se trata de moros, turcos ni rebeldes holandeses. Los revoltosos del Perú son españoles que deben ser sometidos a la ley como en Castilla, puesto que se trata de la misma ley que ha de resultar tan justa y eficaz en Indias como en España. Y así traza la primera línea de partida de su gobierno: los que cumplan la ley son sus aliados, y los que no, sus enemigos. Cuando ese principio haya quedado afirmado, las reformas y adaptaciones de la legislación harán el progreso de los pueblos sometidos a su mando. Es una estrategia simple y de fácil entendimiento.

Cuando está entrando en Cuzco ya ha hecho comprender su plan a la orgullosa dirigencia limeña, pero en la capital incaica enfrentará la resistencia de la más granada aristocracia de la Conquista. Y tendrá que dar las mayores muestras de su intransigencia. Ya al echar pie a tierra entre los vítores de la muchedumbre, el Cabildo le pregunta solemnemente, según la antigua costumbre castellana, si está dispuesto a guardar los privilegios de la ciudad. Y el virrey contesta, tajante: «Haré y cumpliré lo que entendiésemos que es servicio de Dios y del Rey nuestro Señor». Y enseguida intima al mismo Cabildo a que realice la elección de los alcaldes conforme a la ley, uno por los encomenderos, otro por los moradores. O sea, uno en representación de la aristocracia, y el otro para que sea la voz de los españoles llanos. El Cabildo no quería y no quiso, pretendiendo preservar su composición patricia. El virrey impuso la ley, más equitativa y democrática que los levantiscos indios. Y echó otra palada de gente poderosa en la creciente parva de sus enemigos.

Y enseguida le tocará vivir el episodio más discutido de su prolongado gobierno. Habiendo muerto el legendario Titu Cusi, la sucesión incaica recayó en su medio hermano Tupac Amarú. Ya el incario rebelde de Vilcabamba, refugiado en la pequeña capital de Vitcos, estaba en su agonía, reducido a una vida furtiva y guerrillera. Toledo mandó sus embajadores para intentar la conciliación que habían realizado con

éxito variable los precedentes virreyes, pues tal era la política alentada desde Madrid. Tupac Amarú degolló a los emisarios. Toledo ordenó entonces el último ataque en regla al reducto incaico, y el capitán Martín García de Loyola derrotó y apresó al jefe rebelde. Juzgado en Cuzco por un tribunal de ley, Tupac Amarú fue condenado a muerte y ejecutado en la plaza ante una muchedumbre horrorizada. Con la misma actitud enfrentará Toledo todos los actos de sedición, sea quien fuere su promotor. Pero mucha opinión respetable culpará al virrey de no haber escuchado, en este caso particular, los ruegos de clemencia que desde el obispo abajo presentaron los notables cuzqueños. La crítica es atendible, por la preexistente doctrina de conciliación con los príncipes incas que el rey y la tradición habían establecido. Pero también es atendible el argumento de los resultados, porque con aquella muerte se cerraron los cuarenta años de doble soberanía que había tenido el Perú y la tentación sediciosa en el mundo indígena. Si este argumento hoy nos parece discutible, no lo era para los objetivos de la política imperial y los principios morales de la época. Más que un acto de crueldad, la ejecución parece un gesto exasperado, una prueba de incertidumbre. Pero la sangre de aquel gesto quedará coagulada en el alma de los pueblos hasta licuarse dos siglos después, en la rebelión de quien elegirá llamarse Tupac Amaru II.

El gobierno como arquitectura

Apenas sometió a la aristocracia cuzqueña y a los príncipes incas, la ley de Toledo quedó afirmada en el reino. Y empezaron a florecer las construcciones. Acaso una construcción única, *fundar el Perú*. Cuarenta años después de la llegada del marqués Pizarro, debía cambiarse la política de la corona en el sentido aconsejado por el oidor Matienzo en su minucioso «Gobierno del Perú». Estaba cumplido el tiempo de rastrillar las riquezas pasadas con su acompañamiento de rencillas, guerras fratricidas, excesos en las costumbres, violación de la ley en favor de los indios y burla de los derechos del rey. No era político ni moral persistir en ese jolgorio brutal y destructivo. Los títulos de España no serían legítimos en la simple sujeción de una nación bárbara. Ni fructíferos.

Se restablecería la justicia para todos, españoles e indios. Se agruparían los naturales en pueblos para catequizarlos, organizar el trabajo y ponerlos bajo el amparo de los jueces y corregidores. Debía favorecerse la formación de una verdadera aristocracia indiana, ceñida a sus derechos y obligaciones. Habíase de moralizar y extender la tarea de la Iglesia, pero

quitando de su dominio la Universidad de San Marcos para transformarla en la mayor casa de ciencia del Nuevo Mundo. Era menester sojuzgar a los indios guerreros del sur que asolaban los caminos y devastaban los poblados cristianos. Con urgencia debía ponerse en pie una nueva economía de agricultura, industria y laboreo de las minas que diese satisfacción a todos y a las arcas del rey. Y se imponía «desaguar la tierra» de pretensores e hidalgos levantiscos enviándolos a nuevas fundaciones y entradas por el inmenso continente apenas explorado.

Dos empresas ejemplares realizó Toledo con su mano: la organización de la mina de azogue de Huancavélica y el milagro económico de Potosí. En Huancavélica montó la primera y mayor empresa estatal americana, capaz de proveer de mercurio para el aprovechamiento de todo el mineral de plata del Perú y aun hacer envíos esporádicos a México. En Potosí creó un mundo. Subido al cielo, reunió ideas, técnicos españoles y veinte mil indios mitayos para construir un río de montaña en la primera reforma colosal de la naturaleza americana. Con esterío movió un centenar de molinos mineraleros, y a su pie urbanizó la «villa imperial» de Potosí que sólo diez años después sería la mayor ciudad de Occidente con sesenta mil pobladores españoles y tantos o más pobladores indios. Y echó a andar una leyenda que daría la vuelta al mundo. Y fundando su Casa de Moneda echó a andar el peso de plata, la moneda indiana que daría también la vuelta al mundo durante los dos siglos sucesivos. En abril de 1573, montado en su rosillo cuzqueño, Francisco de Toledo entró en Chuquisaca. Y desde allí miró hacia el sur, acaso creyendo que ése era el mensaje cifrado de los cerros. Creó el Tucumán independiente de Chile, y urgió la llegada del primer obispo. Ordenó al primer gobernador que fundara una villa en el valle de Salta, y se dejó convencer por su nuevo amigo, el oidor Matienzo, de la necesidad de repoblar el puerto de Buenos Aires. Sabía, probablemente, que sus trabajos colosales de Potosí necesitaban el respaldo de aquellas inmensas provincias «de abajo». Ignoraba que estaba fundando otra civilización, de cara al lejano Mar del Norte, nuestro Atlántico.

El regreso de un despojo

El 27 de noviembre de 1575 Su Excelencia, el señor Don Francisco de Toledo, Virrey y Capitán General del Perú, llegó de regreso a Lima, entre las salvas de artillería del Callao y de la guarnición de la capital. Su «visita» por el reino había durado cinco años. Y Mendiburu precisa que «había andado 1.500 leguas y manejado 2.000 negocios distintos durante esta memorable visita, que ni en parte emprendió ninguno de sus sucesores, bien que todos sacaron frutos de las

tareas y procedimientos de aquél». Con los sesenta años cumplidos, Toledo volvía a su capital a los casi seis años exactos de su primera entrada, duplicando el lapso de mandato que convinieran con el rey Felipe. Había puesto en marcha la fundación del Perú, que es decir la fundación de la Hispanidad sudamericana. Pero estaba cansado, aturrido por las rencillas continuas con la Audiencia de Lima que gobernara en su ausencia, amargado por la creciente frialdad de las cartas reales, y consciente de que iba dejando a su paso una estela de resentimientos que pudieron haberle costado la vida en la conspiración de Carvajal, que proyectaba asesinarlo en Cuzco. Acaso sentía también los primeros asaltos de las enfermedades indianas que lo acabarían.

Y quería volver. Pero «el hombre inalterable» era esclavo de su eficacia. A Madrid llegaban ríos de quejas, pero no malas noticias. Y Felipe II había aprendido a descubrir las diferencias. Primer estadista moderno, el rey sedentario gobernaba su imperio universal interpretando cada palabra, cada silencio de los documentos, en sus espantosas jornadas de quince horas útiles. Poseía una tecnología del gobierno a distancia que nadie antes inventara, y en quince años de inmovilidad había alcanzado un altísimo grado de eficacia. Astuto y práctico, Felipe administraba su desdén y sus contadísimos elogios para mantener en ascuas a sus poderhabientes. Y los exprimía hasta el último estertor. Para esta mirada imperial, del Perú de Toledo sólo llegaban buenas noticias, empezando por las remesas de las arcas reales que habían pasado de 160.000 pesos anuales a ¡1.000.000! Este Rey y este Virrey eran la dupla perfecta del nuevo Estado Universal.

Sólo en 1580, cuando el deterioro físico de su virreya era ya inexcusable, consintió el rey en nombrarle

Por la obra que realizó se lo llamó «el Solón peruano». A la iniciativa de Toledo, y a la visión de Matienzo, se debe la fundación de varias ciudades del actual noroeste argentino.



sucesor y autorizar su regreso. Después de entregar el mando que había desempeñado por el extraordinario lapso de once años y medio, Don Francisco de Toledo emprendió el ansiado viaje con la sola compañía de su capellán y su capitán-ayudante. A fines de 1581 el hombre desembarcó en Sevilla, cumpliendo el viaje circular que no había logrado ninguno de sus antecesores. Pero ¡qué hombre! Disminuido, amarillento, tembloroso, lo que volvía era un despojo de las Indias. No obstante, juntó sus últimos destellos para viajar a Lisboa, donde Felipe acababa de ceñir la corona de Portugal con el auxilio de otro imperial legendario, el duque de Alba.

Nada confiable sabemos de aquel encuentro del Felipe triunfal con el Francisco evanescente. Y por el poco saber podemos deducir que la entrevista desencantó al anciano. Acaso el rey, pudiendo optar entre los dichos del Perú y los hechos del Perú, le haya gastado una zorrería muy suya, poniendo cara de enojo y prodigándole una merced menor. Porque si de los hechos se hubiese tratado, mucho habría tenido que dar el rey en recompensa. Felipe se ahorró esas recompensas en nombre de la eternidad de su destino.

Nota: Los encomillados pertenecen al enjundioso libro de Atilio Cornejo, *El virrey Don Francisco de Toledo*.

La vida se le apocaba, y aconsejado por su médico Toledo escapó del aire marino de Lisboa rumbo a su casa de Oropesa, no sin antes asegurarse de que su testamento, cuidadosamente, establecía la distribución completa de sus bienes para los necesitados, las misas y la fundación de un seminario en su villa solariega. Fundar, fundar, seguir fundando después de muerto...

¿Qué pasaría por el corazón de aquel hombre superdotado mientras se sacude en la calesa cruzando por última vez los campos de Castilla? Seguramente siente la soledad, los resentimientos, los odios imborrables que arrastra desde el Perú. Pero tampoco puede ignorar la vastedad de sus trabajos, desechando con un gesto altivo cualquier remordimiento por la dureza de su mano virreinal. Tal vez piensa que este Felipe II es mejor rey pero peor amigo que su amado Carlos V. Y sabe que está en paz con su Dios y con su alma, porque todos sus yerros se han cumplido en Su servicio y le serán perdonados. Se endereza un poco y busca una conclusión... Con las limitaciones del hombre, ha procurado ser un hombre perfecto. Eso mismo. Un hombre perfecto, un desdichado.

¿CELEBRAR O CONDENAR?

María Nieves Tapia, una docente secundaria de historia, ha escrito el libro más claro, serio y breve sobre los 500 años que haya caído en mis manos durante los últimos meses. Es un logro didáctico y hasta del mejor periodismo, si aceptamos a éste como un género literario, aunque sea menor. Desde el título crea interés por su lectura: *500 años después de Colón. ¿celebrar o condenar?* El interés aumenta cuando lo hojeamos y nos enteramos de que tiene sólo 80 páginas. Y que en ese corto espacio están bien resumidas todas las cuestiones que hoy agitan a los historiadores y a los polemistas contemporáneos que se debaten entre la alegría y el llanto por la conquista española de América. Tapia aclara que «no intenta decir nada nuevo a los especialistas» y que sólo pretendió escribir una «escueta síntesis que pueda servir como introducción para el público menos familiarizado con los temas históricos». Por mi parte, pienso que el librito es además un excelente ordenador y ayudamemoria para los eruditos, y que sus citas bibliográficas constituyen una magnífica guía de lecturas para profundizar el tema (Ciudad Nueva Editorial, «Colección Ideas», Buenos Aires, noviembre de 1991).

Cinco siglos de polémicas

Veamos con qué claridad, sencillez y precisión, plantea Tapia la discusión de los 500 años, la antigua y la actual: «La

polémica ha acompañado al tema casi desde el 12 de octubre de 1492. Apenas desembarcado de regreso Colón, los portugueses afirmaron haber llegado a las nuevas tierras antes que él; el rey de Francia pidió ver "la cláusula del testamento de Adán" por la cual los españoles y portugueses se dividían con exclusividad el continente americano; los aztecas escribieron poemas desgarradores sobre la destrucción de sus ciudades y su modo de vida; Gran Bretaña utilizó la polémica por la conquista de América como herramienta propagandística de su lucha contra el imperio español durante cuatro siglos, y podríamos seguir el listado» (op. cit.).

Trasladándose a épocas más recientes, Tapia completa su relato: «El redescubrimiento por los antropólogos del siglo XX de las culturas no europeas antes tachadas de "salvajes"; la creciente conciencia de la propia dignidad por parte de los pueblos sometidos durante siglos; la preocupación por los derechos humanos; la defensa de la libertad de conciencia; la denuncia de los abusos de los imperialismos de diversos signos ideológicos; el enfrentamiento entre nacionalismos latinoamericanos filohispanistas, ideologías liberales antihispanistas y marxismos antimperialistas, entre apologistas eclesiales y detractores anticlericales, no son más que algunos de los datos de la realidad contemporánea que vuelven a 1492 y sus consecuencias un tema polémico» (op. cit.).

IGNACIO PALACIOS VIDELA

NUEVO LOOK DEL DESCUBRIMIENTO

HORACIO DE DIOS



No había fotografías cuando Cristóbal Colón partió de Palos. No se había inventado la máquina ni la pesadilla de los *paparazzi* que jaquean a la corona británica. Ni siquiera sabemos bien cómo era su cara. El único diario que existía era el de bitácora. Que tenía dos versiones. Un doble lenguaje como la contabilidad de algunos evasores. Una versión en blanco y otra en negro.

Todo en la vida del gran almirante es oscuro. Su origen, sus propósitos. Es más misterioso que Marco Polo, a quien leía y subrayaba. E infinitamente más interesante que la versión que Hollywood acaba de dedicarle a cargo de los productores de James Bond.

En la megacelebración se carece de esa ambigüedad. El propósito de España es claro y evidente. Estrenar con todo su condición de potencia europea y buscar una posición en el mundo donde nunca se oculte el sol, como le gustaba decir a un soberano antes de dar su nombre a un coñac.

Por eso tiró la casa por la ventana. Desde la Feria Internacional de Sevilla hasta la brillantez televisada de los Juegos Olímpicos de Barcelona, pasando por una magna empresa de apoyo a las iniciativas culturales de los españoles y de «los españoles de América», como le gustaba decir a Juan Bautista Alberdi. Sin contar su expansión económica como hemos visto en nuestras privatizaciones.

Quizá esté haciendo lo mismo que hace cinco siglos. Don Claudio Sánchez Albor-

noz, que nos dedicó su largo exilio y sólo regresó a su Avila para morir, me explicó esa continuación de la epopeya de la Reconquista en ultramar. Al expulsar a los moros tenían que seguir viaje donde fuera. El océano, lo desconocido, no podía ser obstáculo. El que se para pierde el compás.

España no es lo que era hasta hace poco. La muerte del Generalísimo Francisco Franco, la transición a la democracia con Adolfo Suárez primero y Felipe González después, el ingreso al Mercado Común, borraron los límites de los Pirineos donde antes se terminaba Europa. Basta comparar la impetuosa salud de su industria editorial con la de sus colegas de idioma. Antes las novedades surgían en Buenos Aires o México. Ahora un premio de novela en Madrid es diez veces más alto que el de más valor en nuestro continente.

Hace un siglo, la generación del 92 se parecía más a nosotros que hoy a ellos mismos. Miguel de Unamuno, Angel Ganivet, Rafael del Valle Inclán podrían ser prosas paralelas de Ernesto Sábato, Octavio Paz, Gabriel García Márquez.

Hoy está surgiendo otra cosa. En lugar de mirarse en el espejo buscando su identidad, como un adolescente, España abrió las puertas para ir al Encuentro de otro mundo. Ezequiel Martínez Estrada, un profeta muchas veces iracundo y poco hispanófilo, escribió que había lazos tan fuertes que nada podría transformarse realmente en América si previamente no había un cambio en España. Y el Quinto Centenario es una invitación al viaje como el de don Cristóbal, pero contemporáneo, de ida y vuelta.

EL TATA VASCO Y SU UTOPIA AMERICANA

LUCIA GALVEZ

Las exploraciones geográficas de los reinos de España y Portugal a fine del siglo xv coinciden con las búsquedas de una sociedad mejor por parte de los sabios humanistas que añoraban los valores de justicia y libertad, en verdad nunca alcanzados, pero siempre soñados por los espíritus más generosos. La noticia de una tierra nueva cuyos habitantes andaban desnudos sin malicia alguna y no parecían hacer mucho caso de la propiedad privada, ilusionó a muchos de ellos con la idea de fundar allí una Sociedad Perfecta, volviendo al mito de la Edad Dorada evocada por las Saturnalias de Luciano, a su vez inspirado en Hesíodo. En el *Elogio de la locura*, Erasmo, mirando con desaprobación a un conocimiento que «ha creado todos los males», añora aquellos tiempos en que «los hombres sin métodos, sin regla, sin instrucción, vivían felices guiados por la naturaleza y el propio instinto». Era también tentadora la idea de organizar en el Nuevo Mundo una nueva cristiandad teniendo por modelo la sociedad de los cristianos que, según los *Hechos de los Apóstoles*, «tenían todas sus cosas en común». Así lo expresa fray Pedro de Córdoba, uno de los primeros dominicos en llegar a las Antillas y en denunciar junto con Antonio de Montesinos los abusos cometidos con los indios, «gentes tan mansas tan obedientes y tan buenas que si entre ellos entraran predicadores solos, sin las fuerzas y violencias destes malaventurados cristianos, pienso que se pudiera en ellos fundar casi tan excelente iglesia como fue la primitiva». Pero lo más importante de estas ideas inspiradas en Platón, Luciano, los primeros cristianos o la edad dorada era la revaloración del ser humano en cuanto criatura creada a imagen y semejanza de su Creador, y en consecuencia, la igualdad primigenia, la libertad de espíritu y la justicia a la que todos los hombres son acreedores. Mal se compadecía este ideario con las



Il. del D.D. Basilio de Quiroga Prímice Michoacanensis Antistes.

Don Vasco de Quiroga

Vasco de Quiroga en un grabado muy poco conocido. A los sesenta años es nombrado oidor en la Audiencia de Nueva España, y es allí donde comienza su defensa del indio. (gentileza archivo Siglo xx)

duras realidades de la conquista, poco aptas para la valorización del «otro». Sin embargo desde los primeros años del descubrimiento y población del Nuevo Mundo estarán presentes las dos actitudes: la que pregona la superioridad étnico-cultural y religiosa del europeo, sustentada por la gran mayoría, y la de algunos pensadores que intentarán un acercamiento racional y afectivo hacia el «otro», el distinto, el bárbaro, según la acepción con que los griegos designaban a todo aquél que no perteneciera a su *ecumene*. Ellos y sus seguidores constituyen la brillante excepción caracterizada por una sana curiosidad hacia los usos y costumbres desconocidos, y por el intento de comprensión hacia mundos distintos. Actitud tanto más valiosa si la ubicamos en el contexto histórico de intolerancia y exaltado fanatismo de las guerras de religión del siglo xvi.

Como dice Silvio Zabala en *Ideario de*

Vasco de Quiroga, «el Nuevo Mundo alimenta el espíritu utópico y, a su vez, se convierte en objeto de su contemplación y actividad». Tan cierto es esto que la misma *Utopía* inventada por Tomás Moro para referirse a un lugar posible pero inexistente, se le ocurrió, según parece, después de haber leído los relatos de Américo Vespucio sobre la vida y costumbres de los aborígenes brasileños. Etimológicamente, *utopía* significa «el lugar de ninguna parte», y no estaba en el ánimo de Moro proponer como ideal de gobierno el que aparece en su *ínsula* —por cierto, bastante totalitario en su comunismo estatizante— sino agitar la conciencia degradada de su tiempo del mismo modo que lo hiciera Erasmo tres años después, en 1519, con su famosa obra. Pero jamás hubiera imaginado el futuro canciller de Inglaterra que su *Utopía*, inspirada en indígenas americanos, iba a servir de modelo para una institución americana: los pueblos-hospitales fundados en México por Vasco de Quiroga. Este personaje, venerado por los indígenas de Michoacán, donde aún hoy se lo recuerda, nació en

Madrigal de Altas Torres en 1470, a escasos metros del palacio de Juan II donde en 1451 viera la luz doña Isabel la Católica. Tendría Quiroga seis años cuando las cortes allí reunidas la reconocieron como primogénita del rey y heredera de la corona. Y quizás haya asistido allí también a la salida de Isabel hacia los actos más trascendentes de su vida: la toma de Granada y el impulso para el descubrimiento de América. Lamentablemente se ignora casi toda la actuación de Vasco de Quiroga anterior al nombramiento como oidor en la segunda Audiencia de Nueva España. Ni siquiera se sabe dónde hizo sus estudios de licenciado en cánones. Pudo haber sido Alcalá de Henares, donde brillaba el espíritu erasmista en seglares y religiosos, o quizás en la vecina Salamanca de las piedras doradas y maravillosos edificios medievales y renacentistas... Lo cierto es que es un exponente más de aquellos humanistas españoles que abrevaron en las fuentes de la España tolerante y menos conocida: la España de las tres culturas, la España de Fernando III, el santo, que se declara a sí mismo «rey de moros, judíos y cristianos», la del respeto por el otro que se había dado durante más de cien años en Toledo y en otras regiones donde la existencia de mudejares y mozárabes demostraba que se podía convivir con distintos credos y lenguas.

El licenciado Vasco de Quiroga había sido juez en Orán, donde según cuenta su primer biógrafo, Cristóbal Cabrera: «El mismo me confió lo siguiente: que sirvió durante muchos años, en estado de soltero y en calidad de juez, a varios grupos de gentes, cristianos, judíos o sarracenos tanto de España como de Africa, todos los cuales eran súbditos del Emperador y Rey Carlos V». A los 60 años le sorprende en Murcia el nombramiento de oidor en la Audiencia de Nueva España, cargo que cambiaría su vida y daría trascendencia a sus ideas humanistas. En una edad en que muchos han dado todo por hecho, don Vasco empezaba su fecunda carrera en favor del indígena americano en la que empleó todas sus fuerzas hasta su muerte, ocurrida en 1565, a los 95 años de edad.

Los crueles excesos cometidos contra los indígenas por la primera Audiencia de México movieron al Consejo de Indias a enviar al futuro virreinato de Nueva España un grupo de hombres probos y de alta jerarquía moral, entre los que se contaba don Vasco. Su espíritu combativo se volcó entonces en la defensa de los desheredados. Lo primero que hizo fue impugnar la ley que permitía esclavizar a los indios que no aceptaban la predicación y se defendían con las armas, alegando que la defensa era algo de derecho natural y que la evangelización debía hacerse por métodos pacíficos y acordes con el mensaje que venían a predicar, «yendo como vino Cristo a nosotros haciéndoles bienes y no males, piedades y no crueldades, predicándoles, sanándoles y curando a los enfermos [...] quitando las causas y ocasiones de

temor y escándalo que reciben [...] para que no pensasen, viendo las obras de guerra tan contrarias a las palabras de la predicación de la paz cristiana, que se les trataba a engaño». En esta primera información evidencia sus ideas humanistas al elogiar el modo de vida de los aborígenes americanos, austero, sencillo y acorde con los ideales evangélicos y con la edad dorada, «[...] que se contenta con tan poco y con lo de hoy, sin ser solícitos por lo de mañana, ni tener cuidado ni congoja por ello que les de pena [nos parece estar oyendo el precepto evangélico "a cada día le basta su propia pena"] [...] que viven en tanta libertad de ánimos con menosprecio y descuido de los atavíos y pompas de este nuestro, en esto, infelice siglo; con cabezas descubiertas y casi en el desnudo de las carnes, y pies descalzos; sin tratar monedas entre sí [...] para solamente andar galanos en sus fiestas [...] que parece no les falte sino la fe y saber las cosas de la instrucción cristiana para ser perfectos y verdaderos cristianos [...]». Y concluye que si esta disposición de ánimo y esta simplicidad recuerdan a la edad dorada, «nosotros hemos venido a parar a esta edad de hierro». Ya para entonces conocía la *Utopía*

Vasco de Quiroga no fue sólo un intelectual, además fue un hombre de acción. Para mejorar el modo de vida de los indígenas más pobres, fundó, cerca de la capital mexicana, el hospital-pueblo que funcionó de manera exitosa. (gentileza de la Academia Nacional de la Historia)



de Tomás Moro. ¿Quizás leída en el ejemplar que perteneció al obispo Zumárraga y que contiene correcciones en los márgenes debidas a alguna pluma culta como la de estos dos personajes? El caso es que lo cita con elogio, atribuyéndole haberse inspirado en el Nuevo Mundo para su creación mítico-social. Y como además de intelectual era hombre de acción, concibió el proyecto de llevar a la práctica algunas de las ideas expuestas en *Utopía* para mejorar el modo de vida de los indígenas más pobres. Fue así como fundó en 1532, a pocas leguas de la ciudad de México, el primero de sus pueblos-hospitales de

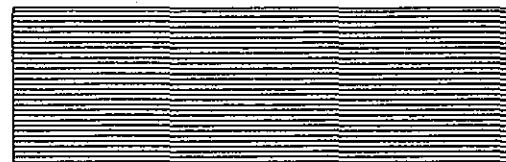
Santa Fe. Tanto éxito tuvo en su empresa que al año siguiente la Audiencia le encargó la visita —es decir, la inspección— del devastado reino de Michoacán, donde Cristóbal de Olid, Nuño de Guzmán y otros conquistadores habían sembrado el terror y la desolación entre los indios tarascos. La interesante *Relación de Michoacán*, narración hecha por un noble tarasco al franciscano Martín de Jesús, y redactada por éste hacia 1540, cuenta cómo se enteraron los tarascos y su rey, llamado «el cazonzi», de la llegada de los españoles a Tenochtitlán; cómo rechazaron el pedido de alianza contra ellos efectuado por los aztecas, hasta entonces enemigos irreconciliables, y cómo sucumbieron rápidamente, aterrados por el estruendo de sus armas y por la refinada crueldad con que estos supuestos dioses habían torturado y matado al cazonzi para sacarle información sobre yacimientos de oro. Ante este cuadro desolador, don Vasco reacciona atrayendo a los indios con dulzura y paciencia hasta reunirlos ese mismo año de 1533 a orillas del hermoso lago de Pátzcuaro en el segundo de sus pueblos-hospitales de Santa Fe. Eran éstos comunidades cristianas que funcionaban con ordenanzas inspiradas en instituciones y reglas de la *Utopía*: unidad social formada por diez a doce familias emparentadas, bajo las órdenes del mayor de ellos; jefe o alcalde elegido entre estos «patriarcas»; ausencia de sirvientes (debían servirse unos a otros, los menores a los mayores); trabajo obligatorio para hombres y mujeres — alternando tareas de campo con artesanales — pero no más de seis horas diarias; ganancias divididas equitativamente y según las necesidades particulares; asistencia social y enseñanza gratuita y obligatoria — espiritual y manual —; enseñanza de agricultura a los niños «no más de dos horas diarias» y por medios amenos; inexistencia de moneda; prohibición de lujos, vestimenta blanca y sencilla, casi uniforme, etc. La propiedad era comunal, aunque cada familia tenía un huerto en usufructo. Seguramente a Tomás Moro le hubiera interesado mucho conocer esta experiencia americana, pero —dice Zabala— «el 5 de julio de 1535, un día después de haber sido escrita la Información de Quiroga, sufrió la decapitación a manos del verdugo del rey de Inglaterra».

Quiroga había conseguido la exención del tributo y la merced de tierras de la Corona haciendo las fundaciones a costa de sus salarios de oidor, de donaciones particulares «y de su hacienda y dinero» (según relata la *Descripción del Estado de Michoacán* de 1570). En estos pueblos, cuenta Zumárraga, «se curan los enfermos y se entierra a los muertos, se recogen los perdidos, desabrigados, peregrinos indios; se casan los huérfanos y se bautizan los infieles; se adoctrinan los ignorantes y se alumbra toda la tierra comarcana [...] también se enseña a leer y a escribir [...]». El éxito de estas aldeas fue tal que atrajo hasta a los indios chichimecas — aún no pacificados, recién lo fueron

en 1584— acogidos por don Vasco, al ver su miseria, en Santa Fe de la Laguna. A petición de las propias tribus, fundó entonces en 1539 el tercer pueblo-hospital, a orillas del río Lerma, con el nombre de «Santa Fe del Río», especialmente para ellos.

No es extraño que cuando hubo que elegir obispo para la nueva sede de Michoacán se pensara en don Vasco aunque fuera laico, teniendo ilustres precedentes como el de San Ambrosio, que también lo era al ser proclamado obispo de Milán. Fundó entonces en Pátzcuaro casas de salud para los enfermos, un colegio para niñas y otro para clérigos, destinados a enseñar a los indios; el Colegio de San Nicolás, para cuya manutención dedicó dos estancias «que yo compré y poblé de ganado [...] y a sí mismo la granjería del trigo, tierras, molino y batán». Coincidió en esto con lo que harían años después los jesuitas para mantener sus colegios. Pero no es esta la principal coincidencia con las reducciones jesuíticas, como vemos en el Informe de Caballero Bazán, escrito en 1570, sobre las actividades de los tarascos en Santa Fe de la Laguna: «algunos son oficiales primísimos: herreros y caldereros, campaneros, carpinteros, torneros y talladores y principalmente pintores y plumajeros [*artesanías de plumas*] y de otros oficios que sustentan [...]. Hay entre ellos muchísimos músicos de todo género de música, y cantores». Esto nos hace pensar que los jesuitas pueden haberse inspirado para sus futuras reducciones en estos pueblos-hospitales, a los que conocían muy bien por haber quedado a cargo del Colegio de San Nicolás desde 1573. Por otra parte, la intuición y la experiencia de los grandes misioneros los hace coincidir en las técnicas de evangelización y educación del aborigen: como comprenden que los indios no hacen demasiado caso a los razonamientos, buscan otros métodos para implantarles el conocimiento, la adoración y el temor de Dios, mostrándoles artes y técnicas que, al decir del padre Knogler, misionero entre los chiquitanos, «impresionaban la vista, halagaban el oído y se podían tocar con la mano». Nada gustaba tanto a los indígenas como la música, las procesiones, las representaciones teatrales y las artesanías de todo tipo, que además les servían como fuente de trabajo.

Tan exitosa fue esta primera utopía americana, que los pueblos-hospitales duraron hasta principios del siglo XIX. Pero lo más asombroso es que la fabricación de artesanías que el Tata Vasco fomentó y organizó en forma diversificada entre sus amados tarascos ha perdurado hasta hoy, con la misma diversificación que él les diera.



QUE VOY A CELEBRAR

«En la conquista de América se entrelazan encomienda y utopía, hecho y derecho, leyenda e historia, guerra y misión, agresión y voluntad de una nueva ciudad de Dios» (RAMÓN XIRAU, *Idea y querrela de la Nueva España*, Madrid, Alianza, 1973, p. 9).

«"Descubrimiento", conquista, evangelización, fueron procesos históricos simultáneos y entrelazados, pero que pueden merecer juicios diversos» (MARÍA NIEVES TAPIA, op. cit., p.22).

En este marco, resulta esclarecedor el juicio del padre Rubén García, un malogrado sacerdote e historiador salesiano muerto prematuramente en 1989: «*El descubrimiento lo voy a celebrar* porque es un hecho que pertenece a la historia universal. Es ambiguo, con aspectos positivos y negativos, como todo acontecer humano, pero marca el fin de la historia de universos cerrados e inicia la historia humana. [...] En cambio, *la conquista y su secuela, la colonización, yo no la voy a celebrar*. Y no por motivos ideológicos, sino por una posición humana y cristiana. Hay un derecho natural —que es el que proclamó la Escuela de Salamanca— que posee todo hombre y que nadie tiene derecho a quitarle: el derecho a la libertad, a las posesiones, a autogobernarse [...]. La conquista avasalló estos derechos naturales de los aborígenes. Yo puedo comprender las razones culturales, la ideología teocrática, y también el pecado presente en aquellos hombres: ambiciones, codicias [...]. Puedo entender la conquista, pero no puedo festejarla. [...] *La evangelización sí voy a celebrarla*. En primer lugar, porque soy cristiano y sigo las palabras de Jesús, que dijo "id y evangelizad", y por lo tanto celebraré con alegría que 1500 años después su Palabra llegara a estas tierras. *Lo que no celebraré serán ciertos modos que se utilizaron para evangelizar*. Puedo comprenderlos porque se sustentaban en otras propuestas culturales, en una antropología aristotélica que hoy hemos superado, en un sistema de cristiandad que consideraba diabólico todo lo que no era cristiano, y por eso destruía las culturas indígenas [...]. Esos aspectos los comprendo, pero hoy en día no los podemos sustentar, porque el estado de nuestros conocimientos es otro» (Reportaje en revista *Ciudad Nueva*, «A 500 años de Colón: ¿Qué celebramos?», número 284, Buenos Aires, octubre de 1989).

Permitaseme una digresión: algún día habrá que hacer conocer la vida y la obra fecundas del padre Rubén García, para sacarla del mundo exclusivo de los historiadores y, dentro de éstos, de los especialistas en historia de la Iglesia. Sería una buena tarea para **TODO ES HISTORIA**.

IGNACIO PALACIOS VIDELA



Junio 1789
tel 804-7854.

CIUDADANIA PARA EL ALMIRANTE

GRACIELA PEYRU



Viernes 3 de agosto de 1492. Cuando los hombres comienzan a remar no se mueve ni una sola hoja. Se escucha el canto de los frailes en el monasterio de La Rábida, sobre el acantilado del puerto. El último de los judíos ha dejado ayer España.

El capitán general se quita el sombrero y algunos marineros siguen su ejemplo. En un gesto de poética piedad, el silencio queda suspendido sobre la escena, más allá de las grises nubes sobrevuela un ángel.

La historia está por dar un salto desmedido.

Vientos continuos y fuertes impulsarán los barcos hacia América. ¿Qué movimientos internos impulsan el espíritu del Almirante? ¿Qué llevó al hijo del tejedor y tabernero, nacido por allí en 1451, desde la casa de su padre, en Génova, hasta el confín del horizonte?

A los 20 años se fue a Portugal, la nación más aventurera del planeta en esos años. En el trayecto se casó y tuvo un hijo, enviudó y volvió a ser padre (esta vez, sin los sacramentos debidos). En algún momento, movido por fuertes vientos inconscientes, quiso llegar al Este. Hizo de alcanzar Asia, viajando hacia el oeste, la razón de su vida. Su búsqueda singular, inimitable. Los hijos de los tejedores genoveses nunca llegaban tan lejos.

Como todos los líderes/héroes del mundo, Colón ha sido principalmente lo que cada uno de sus contemporáneos y sus historiadores ha querido que fuera: genovés, español, portugués, y hasta judío (la prueba contundente: se largó al mar casi junto al último expulsado).

Fue valiente, visionario, sacrificado, religioso, abnegado, científico, seductor, fracasado, revolucionario, esclavista y mucho más, como un espejo del alma del que mira, llenando puntos de vista gozosos y deseantes.

No está tan claro, sin embargo, qué ambicionaba el Almirante. Quizá sea difícil para nosotros, dueños de un mundo chiquito y conectado, entender los pasos y emociones de un gigante que debía enfrentar abismos irreales para cruzar sus mares.

El mundo de Colón era un *collage* de las Sagradas

Escrituras, Ptolomeo, la avariciosa colección de mapas que lograra juntar, y las historias y romances, amalgamados por la magnificencia de los deseos de gloria, poder, honra y ventura, con que su apasionada naturaleza lo dotara.

La trama de su tapiz interior lograba unir el ir a rescatar las almas no creyentes para el reino de Cristo, buscar dinero para recapturar Jerusalem y esclavizar a indios para enriquecerse. Unión de visionario y gran pragmático, numerosos cortes interiores debieron separar su *ver* y su *no ver*, su *conocer* y el *desconocimiento*, casi como hoy en día realizan sus procesos los *hombres posmodernos*. Con un pie en la Edad Media y otro en el Renacimiento, pertenece, al igual que nosotros, a los que se debaten entre dos universos. Buscando el Paraíso junto al engrandecimiento, fue el partero de América, complejo y lejano, que vio a los 41 años realizar su sueño.

Isla tras isla, la dama tan deseada fue entregando sus velos, pero nunca su cuerpo. La relación será para siempre pasional y frustrante: un poco de oro, muchas plantas, algunos habitantes y la elusiva sensación permanente de estar en algún otro lugar, en otra parte. Pero por sobre todo y sin ninguna duda, el Almirante decide romper el bloqueo que cortaba el Atlántico. Ser rico y salvar al mundo. Ser famoso más allá de los mares. Jurar que Cuba no es una isla (el primer realismo mágico lo escribió el Almirante). Su indiferencia a las sutiles y gruesas distinciones entre verdad y mentira generarían imperios, darían lugar al principal trasplante que hizo la Humanidad. No fue aceptado entre los santos, por falta de *milagros*, por *no saber casarse* (después de que enviudase). Cuando por una vez creyó alcanzar el Paraíso, era sólo la tierra revelada.

Su tozudez inaguantable abrió el camino a América. Ambicioso, pragmático, idealista, religioso, lleno de buenas intenciones, contradictorio, amable (digno de ser amado), Colón fue el primer inmigrante. En celebración del quinto centenario de su llegada, debiéramos ya otorgarle ciudadanía americana.

QUINIENTOS AÑOS EL ENFOQUE DIDACTICO

Las conmemoraciones forman parte de la rutina colegial desde tiempos inmemoriales. El rito tiene entre sus objetivos evidentes el reconocimiento de pertenencia a una comunidad histórica, manifestado en el festejo o lamento común en torno a un símbolo, una figura, una fecha.

Sin embargo, en este caso particular la evocación del acontecimiento de 1492 es criticada a un nivel pocas veces visto en nuestra experiencia docente: ¿Se debe --es la pregunta-- celebrar o no el quinto centenario del viaje colombino?

Para unos --como lo fue tradicionalmente-- se festeja la gran hazaña marinera, vehículo (según se consideren distintos valores) de la expansión de la civilización occidental o del espíritu misionero. O de ambas cosas.

Para otros --a partir de una identificación personal o moral con las culturas amerindias sometidas-- la fecha adquiere un espíritu de vindicación, y la cruda y contundente expresión «genocidio» es el calificativo que resume la postura.

¿Debe la escuela, el colegio secundario, festejar o denostar el remoto hecho?

A poco que se mire con atención, y usando la facultad humana de la inteligencia, la duda implica la respuesta: dudamos porque nos sentimos a mitad de camino (en una suerte de curioso promedio) entre los diferentes protagonistas de aquellos días. Hay veinte respuestas diferentes en América latina: un uruguayo o un argentino saben que hacia 1492 sus antecesores de sangre recorrían, muy probablemente, los paisajes europeos; un haitiano o muchos brasileños tienen fuertes evidencias para suponer a los suyos en lugares del África negra; un mexicano o un peruano sabrá --en gran número de casos-- que sus antepasados eran aztecas o incas...

Pero al ser todos americanos (o latinoamericanos, si se prefiere), no hay duda de que, como conjunto algo arbitrario y heterogéneo, participamos, en grados diversos, de todas estas herencias.

Lo que estamos conmemorando es nuestro origen. En ese origen, como en toda la historia de la humanidad, se mezclaron la grandeza y el crimen, la brutal explotación de los nativos y la empeñosa difusión de altos valores o afortunadas técnicas.

Los matices son muchos y los puntos de vista posibles, demasiado variados para establecer un patrón. Salvo que se considere la multiplicidad del patrón como patrón mismo.

Creo, sinceramente, que la clave está en cambiar el

PROFESOR
GABRIEL RIBAS

Oski. *Vera historia de Indias*, Fabril Editora, Buenos Aires, 1968.

sentido de las jornadas que se dediquen a recordar el aniversario: ni festejar, ni denostar. Entender. Entender, porque es la única actitud que cabe hacia el pasado lejano, el que está más allá de las posibilidades reales de hacer justicia.

Entender no implica, de modo alguno, una atonía de valores; cada uno es dueño de emitirlos y, desde luego (creo), pocos habrá que dejen de señalar como una brutalidad el exterminio de los caribes o la esclavitud de los negros, por poner dos ejemplos.

Por otra parte, los europeos de hoy y los americanos de hoy somos otros. Ya no podemos alterar aquellos hechos.

Sí, en cambio, aspirar a un mundo americano en el cual la comprensión del pasado sea un escalón hacia la construcción de un futuro mejor. Un futuro más solidario que evite aquellas y otras matanzas (más recientes y menos comprensibles históricamente).

Por lo tanto, desde esta apreciada revista, propongo a mis colegas una recordación crítica y fructífera, en la cual --citando a un escritor argentino--, procedamos «sin que el sol de la gloria achicharre cerebros o el afán de romper vidrios maltrate la necesaria equidad» (JULIO ANÍBAL PORTAS, *Malón contra malón*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1967).



Enfoques, pautas metodológicas y recursos vitalizadores

Planteadas estas ideas generales, pasemos a los aspectos exclusivamente didácticos de su aplicación. Como aporte a esa tarea, desarrollo a continuación una serie de ideas y reproduzco algunos elementos para el trabajo en el aula (que es donde se lleva a cabo lo esencial de la acción educativa).

Este aporte está dirigido principalmente al nivel secundario; algunos de sus componentes, no obstante,

podrán ser «rescatados» para los últimos grados de la escuela primaria.

Como «materia prima» para varios de los muchos enfoques posibles, propongo a continuación una serie de ideas y elementos que pueden utilizarse en el orden aquí seguido, intercalándolos con otros diferentes, etc.

1. Evitar el aprendizaje y valoración del arribo de Colón al Caribe como un hecho aislado. Los alumnos deben entender el suceso en su contexto y valorarlo en ese encuadre. Para esta tarea, sugiero:

- La ubicación cartográfica de la época mediante un planisferio (tarea que podrá llevarse a cabo en el aula

Actividad de Colón	Otros sucesos y personajes contemporáneos
<p>1451. Nacimiento de Colón en Génova. Desde muy joven participa en empresas náuticas. Desde 1476, radicado primero en Portugal, participa en viajes por el Atlántico. Adquiere conocimientos geográficos y astronómicos que lo convencen de la posibilidad de alcanzar el Oriente navegando hacia el oeste.</p> <p>1484. Presenta su propuesta a Juan I de Portugal.</p> <p>1486. Primeras negociaciones entre Colón y la corona.</p>	<p>Leonardo da Vinci (1452-1519)</p> <p>1453: finaliza la Guerra de los Cien Años; caída de Constantinopla.</p> <p>1455: Gutenberg imprime la Biblia Mazarina.</p> <p>Nicolás Maquiavelo (1469-1527)</p> <p>1471: Los navegantes portugueses cruzan el Ecuador.</p> <p>1474: Isabel, reina de Castilla.</p> <p>Miguel Angel Buonarroti (1475-1564)</p> <p>1479: Fernando reina en Aragón. Se establece la unidad parcial de ambos reinos y se consolida la autoridad real.</p>
<p>1492. Acuerdo entre Colón y la corona. Se firman las capitulaciones de Santa Fe. Caída de Granada.</p> <p>1492 (3 de agosto-12 de octubre). Viaje de descubrimiento: parten de Palos y arriban a Guanahani. Primer encuentro documentado entre europeos y amerindios. Se funda el primer asentamiento europeo en América. Primeros intercambios pacíficos y primeros choques armados entre ambas culturas.</p>	
<p>1493-1497. Segunda expedición descubridora.</p> <p>1498-1500. Tercer viaje colombino.</p> <p>1502-1504. Cuarto y último viaje del almirante.</p> <p>1506. Muerte de Colón.</p>	<p>1488: Bartolomé Díaz dobla el Cabo de las Tormentas (Buena Esperanza).</p> <p>1493: La noticia del viaje colombino comienza a difundirse por el Viejo Mundo. Se origina el conflicto luso-castellano. <i>Bula Intercaetera</i>.</p> <p>1494. Se firma el tratado de Tordesillas.</p> <p>1497. Juan Caboto llega a América del Norte comandando una expedición inglesa.</p> <p>1500. Otros navegantes españoles y portugueses empiezan a explorar las costas americanas. Descubrimiento del Brasil</p> <p>1503. Se funda la Casa de Contratación.</p>

trabajando con un *mapa pizarra* mientras los estudiantes lo hacen sobre croquis impresos), en el que señalaremos las civilizaciones precolombinas, la Europa renacentista, los mercados del Oriente, las rutas de los europeos hacia ellos, etc.

- La *ubicación temporal* del viaje de 1492 en el contexto del paso del medioevo a la modernidad, que podrá hacerse mediante la realización por parte de los alumnos de un *cuadro sincrónico*. Esta actividad podrá llevarse a cabo en un trabajo grupal (nosotros deberemos aportar la información o indicar su búsqueda en el *libro de texto*), o también en forma directa por el docente.

A modo de ejemplo, se adjunta un cuadro referido a la *cronología europea*, cuyo objetivo es vincular el viaje de la nao *Santa María* y las dos carabelas con el surgimiento de la monarquía absoluta, el proceso

renacentista, las exploraciones lusitanas, etc. Ampliando los contenidos, podremos incorporar elementos americanos referidos a la historia de las culturas que entonces se desarrollaban en este hemisferio.

2. *Remarcar siempre el valor de las fuentes como base de toda labor histórica.* ¿Cómo conocemos el itinerario de Colón, las peripecias de su travesía, las circunstancias del primer contacto seguro entre los europeos y los amerindios? Esta pregunta debe ser claramente respondida: estamos haciendo *historia*. Aquí conectaremos el concepto de *fuentes históricas* --que seguramente habremos enseñado antes-- con el relato del viaje colombino. El Diario de navegación del «Almirante de la Mar Océano», según las versiones disponibles, es el documento más cercano a los hechos. Transcribimos un fragmento.

TESTIMONIO DEL VIAJE DE 1492

«Viernes 3 de Agosto

«Partimos viernes 3 días de Agosto de 1492 años de la barra de Saltés, a las ocho oras [...].

«Lunes 6 de Agosto

«Saltó o desencasóse el gobernavio de la caravela Pinta, donde iba Martín Alonso Pinçón, a lo que se creyó o sospechó por industria de un Gómez Rascón y Cristóval Quintero, cuya era la caravela, porque le pesava ir aquel viaje, y dize el Almirante que antes que partiesen habían hallado en ciertos reveses y grisquetas, como dizen, a los dichos. Vidose allí el Almirante en gran turbación por no poder ayudar a la dicha caravela sin su peligro, y dize que alguna pena perdía con saber que Martín Alonso Pinçón era persona esforçada y de buen ingenio. En fin, anduvieron entre día y noche veinte y nueve leguas. [...]

«Jueves 11 de Octubre

«[...] Tuvieron mucha mar, más que en todo el viaje avían tenido. Vieron [...] un junco verde junto a la nao. Vieron los de la caravela Pinta una capa y un palo, tomaron otro palillo labrado a lo que parecía con hierro [...]. Con estas señales respiraron y alegráronse todos. Anduvieron en este día, hasta puesto el sol, 27 leguas. [...]. Y porque la caravela Pinta era más velera e iba delante del Almirante, halló tierra y hizo las señas qu'el Almirante avía mandado. Esta tierra vido primero un marinero que dezía Rodrigo de Triana, puesto que el Almirante, a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vido lumbre; aunque fue cosa tan çerrada que no quiso afirmar que fuese tierra, pero llamó a Pero Gutiérrez repostero d'estrados del Rey e díxole que parecía lumbre, que mirasse él, y así lo hizo, y vídola. Díxolo también a Rodrigo Sánchez de Segovia, qu'el Rey y la Reina enbiavan en la armada por veedor, el cual no vido nada porque no estava en lugar do la pudiese ver. Después qu'el Almirante lo dixo, se vido una vez o dos, y era como una candelilla de cera que se açaba y levantava, lo cual a pocos pareciera ser indício de tierra;

pero el Almirante tuvo por cierto estar junto a la tierra. [...] rogó y amonestólos el Almirante que hiziesen buena guarda al castillo de proa, y mirasen bien por la tierra, y que al que le dixese primero que vía tierra le daría luego un jubón de seda, sin las otras mercedes que los Reyes avían prometido [...]. A las dos oras después de media noche pareció la tierra [...] una isleta de los lucayos, que se llamava en lengua de indios Guanahani. Luego vieron gente desnuda, y el Almirante salió a tierra en la barda armada y Martín Alonso Pinçón y Viceinte Anes, su hermano, que era capitán de la Niña. Sacó el Almirante la vándera real y los capitanes con dos vánderas de la Cruz Verde, que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña [...]. Puestos en tierra vieron árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras. El Almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que saltaron en tierra, y a Rodrigo d'Escobedo escrivano de toda la armada, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y dixo que le diesen por fe y testimonio cómo él por ante todos tomava, como de hecho tomó, possessión de la dicha isla por el Rey y por la Reina sus señores [...]. Luego se ayuntó allí mucha gente de la isla. Esto que se sigue son palabras formales del Almirante en su libro de su primera navegación y descubrimiento d'estas Indias. “Yo”, dize él, “porque nos tuviesen mucha amistad, porque cognosçi que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra sancta fe con amor que no por fuerça, les di a algunos d'ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescueço, y otras cosas muchas de poco valor, con que ovieron mucho plazer y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas de los navíos adonde nos estávamos, nadando, y nos traían papagayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas y otras cosas muchas, y nos las trocavan por otras cosas que nos les dávamos, como cuentezillas de vidrio y cascaveles.» CRISTÓBAL COLÓN, *Diario de viaje* (según la versión de fray Bartolomé de las Casas). Madrid, Sarpe, 1985.

3. *Fichaje y utilización de bibliografía para analizar el tema, extraer conclusiones y criticar, en la medida de lo posible, las posibles valoraciones del acontecimiento. Poner a los estudiantes en contacto con los libros especializados, a través del análisis de fragmentos que les serán accesibles, ampliará el panora-*

ma que adquieran de la cuestión, los entrenará paulatinamente en la confrontación de materiales diversos contribuyendo a desarrollar su capacidad para elaborar conclusiones, etc.
Por ejemplo:

«A TODA VELA»

«El 3 de agosto de 1492 abandonaban Palos; el 9 de septiembre, una vez reparado el accidente técnico acaecido en la carabela de Martín Alonso, fue la verdadera salida, desde Canarias [...].»

«En otro tiempo nos sorprendió la extraordinaria seguridad con que Colón avanzó en el espacio de lo que sería pronto el Atlántico de Sevilla. Las posibilidades ofrecidas por el estrecho cuadro técnico de la navegación a fines del siglo xv, sólo dejaban a la exploración del océano un margen restringido de las posibles dudas. El éxito de Colón navegante fue tal, que, con escasas variantes, fijó desde el primer viaje, y de un modo definitivo en el segundo, la ruta de la ida, y desde el primer viaje, sin posibilidades sensibles de mejorar, el camino de regreso. «Podemos, pues, atribuir a Colón el esquema tradicional de la navegación que durante tres siglos presidió la carrera española de las Indias: la elección, a la ida, de dos escalas en las islas. La pendiente, si tal puede llamarse al alisio, el camino corto con las menores dificultades, viento del cuarto cuadrante atrás y corriendo sobre popa. «Ya a partir del primer viaje, se hizo escala en las Canarias. Escala técnica, escala económica, escala de orientación, que da el visto bueno esencial para una

navegación poco más o menos exclusivamente a la estima.

La primera ruta, la del 9 de septiembre al 12 de octubre, pasaba un poco al norte de la ruta óptima de la mayor fuerza de los vientos. Esta ruta la encontró instintivamente del 13 de octubre al 11 de noviembre de 1493; dibuja, desde el grado 28 de latitud Norte más o menos al extremo oeste de la Palma y de Hierro, el gran arco del alisio hasta el punto situado entre el 13 y el 14 grado de latitud Norte, sobre el arco de las Pequeñas Antillas.

«Para el retorno recurrióse a la *Volta* sencilla de la carrera portuguesa de Guinea, adaptada a la nueva realidad más occidental. Esta solución se encontró ya a partir del primer viaje, en tres semanas de tanteos, que hubieran podido ser fatales, del 26 de enero al 11 de febrero de 1493. Se perfeccionó en el segundo regreso [...]

«En la base de este éxito, estaba el genio de Colón. En el curso de un proceso que duró casi sesenta años, cuando tantos intereses estaban en juego, ningún testigo, ningún acusador se atrevió a discutir a Colón el merecido título del más grande navegante de todos los tiempos [...]

PIERRE CHAUNU, *La expansión europea (siglos XIII al XV)*, Barcelona, Labor, 1982.

4. *Explotación de recursos vitalizadores «no convencionales».* En este caso se agrega una caricatura del notable humorista argentino Oski, quien tomó como base de este dibujo partes del diario colombino en las que se reflejan averiguaciones que Colón efectuó en su itinerario caribeño para indagar acerca de la existencia de oro en estas tierras.

5. *Ampliar y profundizar las consecuencias del*

«encuentro de dos mundos» concretado hace cinco siglos. Entre los muchos temas posibles, se cuentan el destino posterior de los amerindios y la identidad latinoamericana. Para los amantes de estas cuestiones, hemos seleccionado dos textos: el primero, obtenido por cronistas americanos, pertenece a un jefe indio de los Estados Unidos en la segunda mitad del siglo xix; el segundo es una notable descripción de un célebre tratadista francés.

SIGLO XIX: TESTIMONIO DE LOS «PIELES ROJAS»

«Esta guerra no surgió de nuestra tierra, fue traída e infligida sobre nosotros por los hijos del gran padre, quienes llegaron para expoliarnos sin compensación y son perpetradores de muchos males en nuestras tierras. El gran padre y sus hijos son culpables de cuanto sucede... Nuestro deseo no ha sido otro que vivir aquí pacíficamente, en nuestras tierras, y desarrollar las actividades que

proporcionen bienestar y tranquilidad a nuestro pueblo, pero el gran padre ha colmado nuestro país de soldados, quienes sólo piensan en darnos muerte. Algunos de los nuestros, que se han trasladado a otros sitios para cambiar o al norte en busca de caza, han sido atacados por los soldados de allá, y cuando una vez en el norte y atacados han deseado regresar a sus hogares, han sido embestidos

por los soldados que se encuentran aquí, interpuestos entre ellos y sus tierras de origen. Pienso que existen mejores modos que éste. Cuando las gentes entran en conflicto, es mejor para todos que se reúnan sin armas,

para hablar y descubrir una manera de hacer que convenga a todos por igual y sea portadora de paz.»

SINTE-GALESKA (COLA PINTADA), de los sioux brulés
Reproducido en: DEE BROWN, *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*, Barcelona, Bruguera, 1973.

UN TESTIGO FRANCÉS

«A fines del año 1831, me encontraba yo en la orilla izquierda del Misisipi, en un lugar llamado por los europeos Menfis. Mientras estaba en ese lugar llegó un tropel numeroso de [indios] Chotaws [...]; esos salvajes dejaban su país y trataban de pasar a la orilla derecha del Misisipi, donde esperaban encontrar un asilo que el gobierno norteamericano les prometió. Con el rigor del invierno, el frío azotaba ese año con desacostumbrada violencia; la nieve había endurecido la tierra, y el río arrastraba enormes bloques. Los indios conducían consigo a sus familias; llevaban tras de ellos heridos, enfermos, niños que acababan de nacer y ancianos que iban a morir. No tenían ni tiendas ni carros, sino solamente algunas provisiones y armas. Los vi embarcarse para atravesar el gran río, y ese espectáculo solemne no se apartará de mi memoria. No se oía entre esa multitud hacinada ni sollozos ni quejas, guardaban silencio. Sus desgracias eran antiguas y las sentían irremediables. Los indios habían entrado todos en el barco que debía conducirlos; pero sus perros permanecían todavía en la ribera [...].

«Cuando la población europea comienza a aproximarse al desierto ocupado por una nación salvaje, el gobierno de los Estados Unidos envía corrientemente a esta última una embajada solemne; los blancos reúnen a los indios en una gran llanura y, después de haber bebido y comido con

ellos, les dicen “¿Qué hacéis vosotros en el país de vuestros padres? [...] ¿Por qué la comarca que habitáis vale más que otras? [...] Más allá de esas montañas [...] se encuentran vastas comarcas donde las bestias salvajes se ven aún en abundancia; vendednos vuestras tierras e id a vivir felices a esos lugares”. Después muestran a los ojos de los indios armas de fuego, vestidos de lana, barricas de aguardiente, collares de vidrio, brazaletes de estaño [...] y espejos. Si a la vista de todas esas riquezas vacilan aún, se les insinúa que no podrán rehusar el consentimiento que se les pide, y que bien pronto el gobierno mismo será impotente para garantizarles el goce de sus derechos [...] Semiconvencidos, semiobligados, los indios se alejan; van a habitar nuevos desiertos donde los blancos no los dejarán ni diez años en paz [...].

«Acabo de describir grandes males y añado que me parecen irremediables. Creo que la raza india de la América del Norte está condenada a perecer, y no puedo menos que pensar, y no puedo menos que pensar que el día en que los europeos se hayan establecido en la orilla del Océano Pacífico, habrán dejado de existir.»

ALEXIS DE TOCQUEVILLE, *La democracia en América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

ACTIVIDADES PROPUESTAS

Los siguientes cuestionarios procuran el aprovechamiento didáctico del material presentado en estas páginas. (Por razones de espacio, presento solamente dos ejemplos entre otros muchos posibles.)

1. Utilizando los textos del Diario y de Chaunu y, eventualmente, la caricatura de Oski:

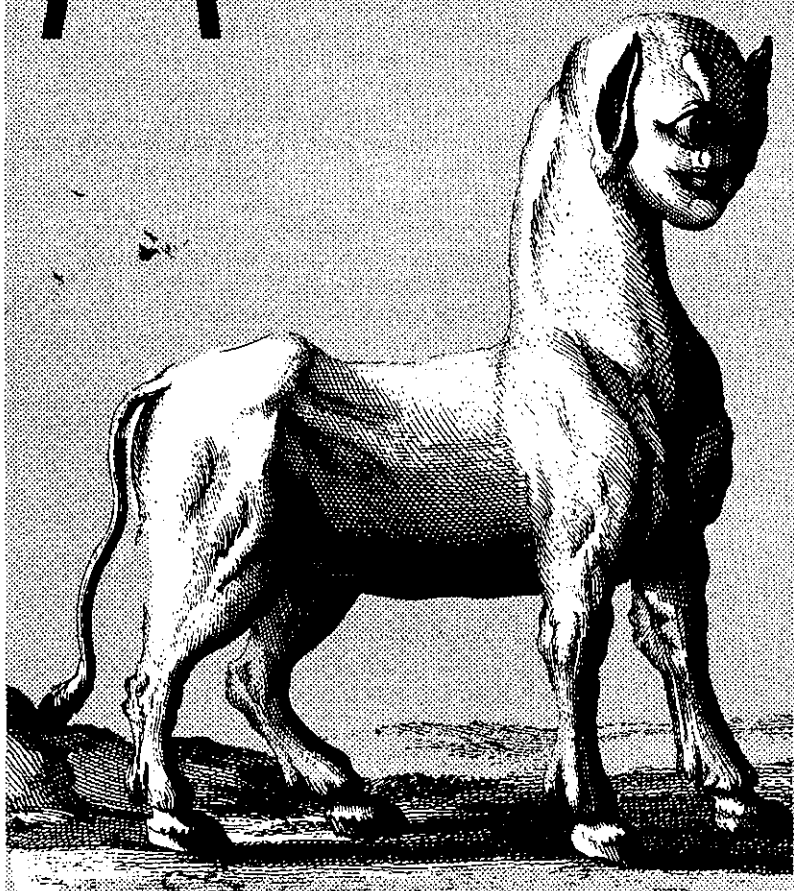
a) ¿Cuánto duró la travesía? ¿A qué hecho se refiere Chaunu cuando dice «reparado el accidente técnico acaecido a la carabela de Martín Alonso...»? ¿De dónde surgen estas informaciones? b) ¿Qué detalles técnicos de la navegación de la época surgen de estos

textos? c) ¿Cómo califica Chaunu a Colón? ¿Por qué? d) ¿Qué actos realizó Colón al llegar a América? e) Comente el primer encuentro entre europeos y americanos. f) ¿Qué datos históricos aprovecha el humorista? Comente el contenido del dibujo.

2. Combinando los textos del Diario, las expresiones del indio norteamericano y el fragmento de Tocqueville:

a) ¿Qué características tuvo el primer encuentro de los amerindios con los europeos? b) ¿Cuáles fueron —según los otros dos testimonios reproducidos— los efectos negativos del avance europeo sobre los indios americanos? c) ¿Qué perspectiva auguraba Tocqueville en 1831? d) Elija dos frases significativas del testimonio indígena y redacte un comentario personal.

Visiones Americanas



El contacto de los europeos con América encendió la imaginación, realimentó fantasías y multiplicó mitos. Imágenes como la de este monstruo de un solo ojo eran frecuentes.

Nuestro colaborador León Pomer, actualmente radicado en Assis, Brasil, como docente de la Universidad de San Pablo, nos ha entregado un trabajo del que presentamos algunos fragmentos. Pomer visualiza en estas páginas la atmósfera de profecías, vaticinios y utopías que rodeó la concepción de América, y la proyección de estas visiones en el pensamiento europeo de la época.

La visión --mucho más que una idea-- de que España inauguraría el reino milenar en la Tierra, uniendo a todas las razas bajo una misma corona universal, sedujo, atormentó y seguramente deslumbró a hombres de Estado, descubridores y eclesiásticos. Pero ya bajo Felipe II comienza a declinar, y la sustituye una suerte de pesimismo apocalíptico. (En el siglo XVII la más alta encarnación del pesimismo es la obra genial de Francisco de Quevedo.) Entretanto, el formidable impulso proporcionado por la absoluta convicción de que España debía unir a la cristiandad bajo un centro único, no podrá menos que situarse entre los motivos fundamentales de una acción que será mundial. *El sentimiento de misión* deberá actuar como potenciador de energías. Súmense otros, tales como *gloria, honor y ambición de riquezas*, y se tendrá una explosiva mezcla que tal vez explique la rapidez con que España conquistó el Nuevo Mundo.

España sedujo a los españoles y a otros que no lo eran. Tommaso Campanella en su *Monarquía española* y otras obras, postula «la amalgamación por España de las diversas naciones». El sacerdote y pensador italiano, muy patriota de su tierra, opuesto a la dominación hispana en el sur de Italia y particularmente en Calabria, su patria chica, no ve otro instrumento que el poder de España para enfrentar a los enemigos de la cristiandad.

En Hungría, país situado en la frontera misma con --según Lutero-- el diabólico y no humano enemigo turco, los soldados españoles son considerados como el único freno posible, sobre todo después de Lepanto. El historiador Ferenc Forgach reconoce los méritos de don Juan de Austria y los soldados ibéricos en las fortalezas húngaras. España fulgura en el continente europeo. Incluso los que temen su poderío, lo enfrentan y desearían verlo caducar, en algún momento aceptan que constituye la máxima posibilidad existente en Europa para salvar la cristiandad.

Durante el 1500, acaso después, los conquistadores y colonizadores no escapan a esta conciencia de misión trascendental. Junto con la conquista del territorio dominado por el Islam, había desarrollado en España la idea de un doble futuro para la monarquía castellana, unida a la de Aragón por el matrimonio de Isabel y Fernando. A la unidad política interna bajo la hegemonía de Castilla debía unirse la predominancia europea, recuperación --tardía, si se quiere, pero recuperación al fin-- del imperio romano y del posterior imperio carolingio. No faltará la necesaria literatura histórica justificatoria. Hernando del Pulgar y Andrés Bernáldez, y con ellos el padre Mariana, elaborarán un pasado capaz de dar amplia legitimidad a las empresas de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II. Los españoles cultos, y puede que también no pocos que distaban de serlo, descubrirán un linaje romano. Carlos I de España y V de Alemania será el descendiente masculino número 120 de Adán, con-

tando en ascendencia a los reyes de Escitia y Sicambria. A la misión trascendente de defender la cristiandad y de expandirla, uníase nada menos que la recuperación y puesta en vigencia de una antigua herencia.

UN NUEVO DAVID

Antiguas profecías, convenientemente reinterpretadas y, cuando fue necesario, reelaboradas, fueron llamadas a deponer en favor de los sueños españoles. El mito del mesías-emperador de la Edad Media recibe nueva vida en la España del siglo XVI, donde el rey pretende ser emperador, si no del universo, sí, por lo menos, del universo cristiano. (Dígase, de paso, que cuando Carlos V hace casar a su hijo Felipe II con María de Inglaterra en 1554, parece estar pensando --así lo cree Pfandl-- precisamente en eso: la monarquía universal.)

Atribúase a San Isidoro de Sevilla (560-636) un esquema profético relativo a la historia del país, concebido en términos de destrucción/reestructuración, o sea, invasión musulmana/reconquista. Ese ciclo profético sirvió hasta la expulsión de los moriscos. Y ambas partes de la contienda se valieron de él, porque los expulsados encontraron en los dichos, supuestos o reales, de Isidoro, fuerzas para galvanizar su resistencia.

En efecto, el vástago de tan ilustre progenie debería conquistar Andalucía. Por algo la toma de Granada, en 1492, está acompañada de un ambiente mesiánico, como lo expresa Colón en su diario. Y lo que es altamente significativo: el acuerdo de los reyes con el genovés para el descubrimiento (la llamada «Con-



Una embarcación navegando bajo un cielo estrellado, grabado en madera incluido en la cosmografía de André Thevet, editada en París en 1575.

vencción de Santa Fe») se concluye en esa oportunidad frente a la ciudad de Granada.

Entre los siglos XIII y XV, ciclos profético-escatológicos, los más variados, son introducidos en España por los franciscanos, por la vía de las tierras catalanas. Todos ellos llevan una fuerte impregnación joaquinista y cargan las influencias de las corrientes de los «espirituales», los «fraticellos» y los «beguinos». Esta afluencia de ideas que sustentaron movimientos heréticos, y que en algunos casos fueron utilizadas para combatirlos, fue posible merced a la estrecha relación de la Cataluña medieval con el sur de Francia e Italia, donde en los siglos XIII y XV se desarrollaron ampliamente los movimientos heterodoxos.

Pero vayamos a los tiempos contemporáneos del descubrimiento, en que Colón peregrina por Portugal y España en busca de comprensión y apoyo para su empresa que, si loca en apariencia, lo es mucho menos si es considerada dentro del clima de profecías que van y vienen y se repiten, y parecen encontrar confirmación en la realidad. Espíritu de cruzada, sueño del «quinto imperio», mesianismo: buenos ingredientes para que la voz del futuro descubridor no enronqueciera en el fracaso. Agréguese que la ambición de riquezas, el afán de glorias, el deseo de honras, la búsqueda de más y mejores negocios por un poderoso capital mercantil, sobre todo italiano, venían a reforzar una actitud que acabaría por no cerrar ojos y oídos a la voz de Colón. Vengamos ahora a Fernando el Católico que, en el entender de no pocos contemporáneos suyos, no por acaso lleva el nombre —el mismo nombre— que su antepasado «el santo». Una profecía de 1486 anuncia: «El rey Fernando es el Encubierto», que es como decir: el emperador de los últimos días, el predestinado a quebrantar definitivamente a los enemigos de la cristiandad.

Son muchas las profecías que corren en torno al marido de Isabel de Castilla. Corren desde mucho antes de su nacimiento, y acaban por señalarlo como el mencionado en ellas. Nada de eso es producto de la casualidad. Hombres sabios se ocupan de acomodar viejas profecías a nuevas necesidades. La política se vale del imaginario, lo manipula. Así, el valenciano Arnau de Vilanova (que aparece frecuentemente citado como Arnaldo de Villanova o Arnaud de Villeneuve) había lanzado en el siglo XIII, en España, la corriente joaquinista ya mencionada; Arnau hablaba de un «nuevo David», que será rey de Aragón y que «reparará el arca de Sión». Colón reproduce esta profecía en la recopilación que hace de ellas, y reconoce en Fernando el Católico el «nuevo David». Pero la profecía no se agota aquí. La en algún momento célebre beata del Barco de Avila (alcanza fuerte influencia en la corte entre 1508 y 1512) parece haber convencido al rey Fernando de lo siguiente: antes de morir habrá recuperado los Santos Lugares, liberado Jerusalem y Tierra Santa. Hay razones para creer que

Fernando aceptó la profecía y se hizo cargo del papel que ella le designaba. Pero, antes que eso, Colón había insistido en que sus propósitos consistían en llegar al fabuloso Oriente pintado por Marco Polo, y extraer de él ingentes recursos en oro, para financiar la recuperación del Santo Sepulcro y reconstruir —idea obsesiva— la «casa santa».

El genovés se ve a sí mismo como alguien importante. Si bien de origen oscuro, deja establecido que su alta maestría marinera tiene linaje: «No soy el primer almirante de mi familia». Recuerda que David, «Rey muy sabio», antes de ser monarca de Jerusalem ha sido pastor de ovejas. Luego él, Colón, por qué no habrá de remontar a grandes destinos, siendo que «soy siervo de aquel mismo Señor que puso a David en ese Estado». ¿Pero el ser siervo de Jehová es condición suficiente para ser un nuevo David? La respuesta parece ir por la afirmativa. Sus palabras —esas y muchas otras— sirven a Madariaga como probanzas de la esencial judeidad del descubridor. Que Colón sentiese llamado a volar alto en la historia de la humanidad, lo dice sin remilgos: «Dios me ha hecho la más grande gracia que haya hecho a nadie

Alegoría de indios americanos según A. Montagnus. La población americana dio lugar a visiones idealizadas, como las del «buen salvaje», y a otras negativas. Europa acuñó ambas.



después de David», escribe a la banca San Jorge de Génova el 2 de abril de 1502. Palabras impresionantes. Los últimos días de su vida le traen el desencanto. Sabrá que los favores divinos no le son otorgados con la generosidad que él había imaginado.

En la versión castellana de la profecía atribuida a Acham Turuley está escrito que «en los últimos fines del Poniente [léase España] nacerá un rey de rostro hermoso que dominará sobre los cristianos y tendrá el mundo en un anillo»; se habla igualmente del «*vespertilio occidus*», el murciélago del sol poniente. Estamos en presencia, sin duda, de un fascinante imaginario, que se origina varios siglos antes del tiempo de Colón, que se transforma, o es transformado, para servir intereses dinásticos (casa de Aragón y su pretensión a la herencia siciliana de los Hohenstaufen), que cala profundo en conciencias probablemente ajenas a la manipulación, y que acaba constituyéndose en un fenómeno que, si rayano en lo místico, deviene en poderoso motor de una acción histórica bien precisa.

El primero en utilizar en España la imagen del «nuevo David» es Vilanova: la misión escatológica de

aquél es reconstruir la ciudadela de Jerusalem. Colón, que lo sabe, se inscribe dentro de esta tradición, que por cierto reaparece en el *Baladro*. En éste, el redivivo David es llamado varias veces «el rey león de España»; es él quien «quebrantará las tres sectas» y «sojuzgará a toda Africa y destruirá a Egipto». Colón, que no es rey y sabe que no lo será, es recompensado con la suprema gracia, lo que ciertamente le otorga una condición semejante a aquéllos que la profecía señala.

Si juzgamos a Fernando siguiendo el juicio que de él da Maquiavelo, no estamos precisamente frente a un ingenuo creyente en antiguas fantasmagorías. La idea de manipulación está presente en el magnífico estudio de Milhou sobre el tema, del cual somos ampliamente deudores. Manipulación a la que contribuyen —y acaso no quepa dudar de su sinceridad— determinados personajes como Jerónimo Torrella, célebre médico astrólogo valenciano de los Reyes Católicos, quien en 1496 informa a Fernando que él habrá de ser el conquistador de Jerusalem. Torrella considera que el tan mentado murciélago de que habló Vilanova constituye algo más que un símbolo de su ciudad, Valencia: es también el símbolo del rey de Aragón. Don Jerónimo apunta: «a pueblo elegido, rey elegido».

El descubrimiento y la conquista de América, y por lo menos un lapso considerable del proceso colonizador, se realizan dentro de este clima de profecías que barren la entera península ibérica, y de las cuales, forzosamente, hemos dado una pálida idea. A ello debe agregarse la astrología, la lectura de los astros y su influencia sobre las vidas humanas; los anuncios, las predicciones, las señales, todo ello ampliamente difundido en las varias capas de la población. En el siglo XVI sigue circulando en España el *Libro cumplido en los juicios de las estrellas*, obra del célebre Abel Ragel, considerado uno de los más grandes astrólogos de todos los tiempos. Traducido al castellano en la corte de Alfonso X por el letrado judío Yehuda ben Mosé, la antigüedad varias veces secular del texto, lejos de quitarle brillo, le otorga autoridad.

Hemos mencionado la ampliamente difundida convicción sobre el final de los tiempos, la decadencia del mundo humano y natural, la espera apocalíptica y las misiones que de ella se siguen. La condición franciscana de varios personajes nombrados fue subrayada. El mundo está en crisis y lo está la cristiandad, pero hay salvación. La esperanza de un milenio de bienaventuranza está presente en no pocos espíritus. Entretanto, prosaicos intereses políticos se entrecruzan con este mundo imaginario y lo aprovechan, se valen de él. Lo hacen sincera o maquiavélicamente, poco importa. Ese imaginario preside el nacimiento del mundo moderno y la incorporación al dominio de Europa del Nuevo Mundo. El Renacimiento inaugura maneras de pensar revolucionarias. Pero los hombres del Renacimiento creen en



la magia y ejercen la astrología. Claro que para ellos la magia ya no es la misma que la tan mal vista por la Iglesia en la Edad Media: la magia será ahora una manera de afirmar la capacidad humana de actuar sobre la realidad neutral y modificarla. La astrología reafirma las correspondencias entre el mundo de arriba y el mundo de abajo. Paraceilso, revolucionario de la ciencia médica, cree en ella. Y realiza notables descubrimientos que hoy --afirman los entendidos-- continúan teniendo validez. Y bien, ¿qué representa el Nuevo Mundo? Vayamos a él.



LOS FRANCISCANOS, AMERICA Y LA SALVACION

Antes de ahora hemos mencionado el «joaquinismo», cuya extraordinaria influencia se proyecta durante varios siglos sobre personajes laicos y eclesiásticos y órdenes enteras, como la de los franciscanos. Es necesario dedicarle algunos párrafos. Joaquín de Flora (1130-1202), «el abate Joaquín», como lo llama Volpe, trabajador incansable y solitario en la soledad de Sila, más profeta que filósofo, amparó con su nombre las obras propias y muchas más, que le fueron atribuidas. Sin contar las que, con autor declarado, pasaron a formar parte de la corriente de ideas, profecías y visiones que tuvieron a Joaquín como iniciador. Mediante la predicación y escritos en for-

El clima que rodeó al descubrimiento de América incluía, junto a los avances de los estudios en la navegación, una preferencia hacia el estudio de los astros y de su influencia sobre las vidas humanas.

ma de salmos y comentarios a los libros sagrados, previó el advenimiento de una tercera edad, para él inminente, sin por eso precisar con exactitud la data de su llegada. Debía ser la edad de los monjes, sin temores, sin servilismo, tiempo de trabajo y disciplina, como las edades precedentes, llamadas por Joaquín edades «del Padre» y «del Hijo», pero la próxima debía ser la edad «del Espíritu Santo». Y por ser la edad del Espíritu, debía ser la de la libertad, porque «dove è lo spirito, quivi è la libertà». Todo eso con ascetismo muy riguroso, predicado con el objeto de esperar en el grado espiritual más excelso el advenimiento de ese tiempo nuevo por él anunciado.

Cada edad tiene un comienzo («*initiatio*») y un tiempo de pleno desenvolvimiento («*fructificatio*»), durante el cual se prepara la siguiente. Las edades se compenetran, la historia es un desarrollo continuo; comporta, por eso mismo, la esperanza. Cada edad reconoce un período de calma o de reposo sabático. Pero el cierre está constituido por una crisis violenta en que los malos son castigados y los buenos recompensados. Joaquín admite dos apariciones personales de Cristo, una antes y otra después del milenio. Entretanto, la tercera edad por él anunciada hará parte de la mayoría de los quiliasmos posteriores, y lo que es más importante, su concepción evolutiva anticipa la moderna idea de progreso. Su doctrina supone que el hombre se irá perfeccionando.

El joaquinismo será una de las fuentes de inspiración de las ideas bucólicas y utópicas del Renacimiento. Colón cita a Joaquín y la idea del paraíso terrenal --Colón lo descubre en Paria, Venezuela-- tiene que ver con la esperanza que trae el joaquinismo: la tierra pudo ser un infierno para el hombre, pero en el futuro no necesariamente deberá serlo. En medio de las tribulaciones medievales, agravadas con la crisis que marca el paso a lo que se ha convenido en llamar «Edad Moderna», hay una luz de esperanza. En sociedades trabajadas por la certidumbre de vivir en un mundo corrompido, el culto de la pobreza apostólica expresa el anhelo de un retorno a la inocencia y la simplicidad de Adán antes de la caída. Eso parece posible en la edad del Espíritu Santo anunciada por Joaquín, en que todos los hombres deberán vivir en la pobreza, en la ausencia de toda perversidad.

Para el profeta que fue Joaquín de Flora, la tercera edad estaría preludiada por persecuciones. El éxito del Islam con Saladino le proporciona un claro indicio: la tercera edad está cercana. Surge una fecha: el año 1260. La anarquía reinante en Italia, sus guerras civiles y conflictos comunales, las pendencias reales y papales, hacían más urgente el advenimiento de un tiempo mejor. Significativamente, el joaquinismo es contemporáneo de la secta de los apostólicos y de la herejía de fray Dolcino, en la segunda mitad del 1200, y es poco posterior al florecimiento de las sectas cátaras y valdenses. Todos estos movimientos heréticos, si bien diferentes en sus manifestaciones

exteriores, están vinculados en lo doctrinario y en lo psicológico. Todos crecen en medio de un mismo clima angustiante y expresan la misma necesidad: paz, y una justicia mejor distribuida.

El joaquinismo no es solamente acogido con entusiasmo por los franciscanos, sino que éstos se transforman en sus mayores difusores. Después de la muerte de San Francisco en 1226, la orden de hecho se divide en dos fracciones: una de ellas se clericaliza y se dedica al estudio; la otra, minoritaria, pero muy activa y calificada, prefiere una actitud más radical: la defensa intransigente de los principios fundacionales de pobreza absoluta. Ese franciscanismo radical toma contacto con los principios del joaquinismo tal como son interpretados por Gerardo di Borgo San Donnino, maestro de la Universidad de París. Los «espirituales», además de sentirse interpretados por una profecía que corrobora su necesidad de salvación, se sienten los protagonistas del proceso que habrá de conducir a la nueva era. Entran en choque —era poco menos que obligatorio— con la jerarquía romana.

Fray Gerónimo de Mendieta (1525-1604) ha vinculado su nombre al papel salvacionista que debería jugar el Nuevo Mundo. Discípulo de Joaquín de Flora y de intérpretes franciscanos de éste, adapta el universo joaquinista a las potencialidades que entrevé en América. Su concepción teocrático-mesiánica sobre la nación y la monarquía hispanas proviene del Antiguo Testamento. Como los teólogos francos de los siglos VIII y IX en relación a Francia, trata de reconstruir los orígenes de España no a partir de la historia profana del mundo grecolatino, sino de la historia sagrada. España no es la sucesora de la Roma pagana: lo es del pueblo elegido en el Antiguo Testamento. (Martín Fernández de Enciso, coautor del célebre requerimiento, sostendrá que Dios había dado las Indias a España en la misma forma que había concedido la tierra prometida a los judíos: éstos y los españoles tenían la misma misión: eliminar la idolatría.)

Mendieta no solamente cree en el papel decisivo que deberán jugar España y sus «benditos reyes» en la conversión final de los judíos, musulmanes y gentiles, sino que está persuadido de que ese acontecimiento constituía la anunciación y preludio del fin del mundo. La *Historia eclesiástica indiana*, su obra mayor, brinda un ejemplo de cómo el mito del mesías-emperador de la Edad Media es transferido a la España del siglo XVI.

Dentro del imaginario que construye el fraile con los materiales que le brinda una vasta y rica cantera de tradiciones, mitos y profecías, América juega un papel muy importante: es el gran campo que se abre para ejercer la acción evangelizadora que Dios ha querido para España y sus hijos. Luego de enumerar los males que la conquista acarrea a la Nueva España (México), acaba aceptando que se trata de una buena

hazaña, y al mismo tiempo una obra misteriosa, admitida por Dios «para librar a los naturales de la servidumbre de Egipto». En su citada obra, terminada en 1596, anota que la extinción de los indios a consecuencia de las enfermedades muestra una especial atención de Dios hacia ellos: por medio de la muerte los libera de la esclavitud y del peligro de perder su fe.

Mendieta periodiza la historia de los nativos americanos. Antes de la conquista, obviamente, estamos en pleno período de la idolatría: los indios habrían vivido en la esclavitud con el pueblo elegido en Egipto. El segundo período lo inaugura Hernán Cortés, el «nuevo Moisés», cuya conquista de México libera a los nativos de la esclavitud y los conduce a la tierra prometida de la Iglesia. El tiempo que va de 1524 a 1564 es la edad de oro de la Iglesia indiana, comparable al tiempo que ocurre entre Moisés y la destrucción de Jerusalén por Babilonia. Pero hay un tercer período (1564-1596), tan sombrío como lo fue la cautividad del pueblo judío en Babilonia. Durante estos años, los indios son explotados y diezmados. Al final de su *Historia eclesiástica indiana*, fray Gerónimo se muestra abrumado, al punto de llegar a compararse a Jeremías: lejos de poder terminar su obra con cánticos de alabanza, deberá hacerlo con voces y lamentos que llegarán al cielo. En los destinos paralelos de los judíos del Antiguo Testamento y los naturales americanos, encuentra motivos más que suficientes para sentirse decepcionado. Si bien por intermedio de la muerte Dios ha librado a muchísimos indios de la esclavitud, los que quedan con vida no ofrecen el espectáculo de una cristiandad feliz. La tercera edad joaquinista no está a la vista.

Los nativos de América y las diez tribus perdidas de Israel

La teoría sobre el origen judío de los indios surgió por primera vez en el ambiente exaltado de la evangelización de México por los doce misioneros franciscanos que desembarcaron en 1524. Estos esforzados varones daban crédito a la visión que había tenido uno de ellos, el hermano Francisco de la Cruz, de Valladolid, según la cual —esa era la interpretación— la Iglesia sería destruida por los turcos y se trasladaría a las Indias, donde encontraría pueblos bien dispuestos a recibir el Evangelio. De ahí la conclusión: los indios debían ser descendientes de las diez tribus perdidas de Israel, deportadas a la Mesopotamia por Salmanasar, rey de Asiria, un siglo antes que las dos tribus del reino de Judá. Las únicas que

habrían regresado a Jerusalén del exilio serían apenas éstas. La nueva cristiandad preludiva magníficamente el fin del mundo: el pueblo elegido estaría retornando al regazo mater no.

El cuarto libro del profeta Ezequiel (Colón lo conoce y lo utiliza como fuente inspiradora), que aunque declarado apócrifo por el concilio de Trento es tenido por venerable por muchos padres de la Iglesia, habla de las diez tribus. Luego de su arribo a la Mesopotamia, la multitud de deportados logra milagrosamente atravesar el río Eufrates y avanza en dirección al Oriente.

De allí, esos migrantes debieron continuar hasta las regiones septentrionales de Asia, para luego pasar por el estrecho de Behring al Nuevo Mundo.

Fray Diego de Durán, en su *Historia de las Indias de Nueva España y Yslas de Tierra Firme*, se muestra convencido de que los nativos descienden de los antiguos hebreos. ¿La prueba? Para fray Diego, las costumbres e instituciones que observa entre ellos. Además, está convencido de que el Evangelio fue alguna vez predicado en tierras americanas por Santo Tomás, a quien relaciona con Quetzalcoatl, el personaje civilizador de los mexicanos.

Por su lado, los misioneros franciscanos encuentran apoyo a su tesis al comprobar que los toltecas guardan la tradición de un diluvio y de un éxodo, y que algunos de ellos practican la circuncisión.

Los aztecas, por su parte, decían haber transportado a su dios Huitzilapochtli en un arca sostenida por sacerdotes. (Menciónese al pasar que Santo Tomás

también fue visto en el Brasil. Lo testimonia el padre Nóbrega, sobre la base de versiones de los nativos, que llamaban al santo con el nombre de «Zumé». Nóbrega vio —no hay error: dice haber visto— los pies del santo impresos profundamente.)

El origen judío de los indios, uno de los mitos más celebrados del Nuevo Mundo, viene de una arraigada creencia medieval sobre las diez tribus perdidas, que debían reaparecer —de acuerdo al Apocalipsis, 7:4-9— el día del Juicio Final. Una de las creencias más persistentes en la literatura apocalíptica era la de que los judíos serían convertidos a medida que se acercaba el fin del mundo. La desaparición de las diez tribus en el interior de Asia viene de una interpretación del Libro de los Reyes, 4.17:6. Si los indios eran verdad las diez tribus perdidas, aparecía la prueba irrefutable de algo que era *vox populi* en gran parte de Europa: el mundo terminaría pronto.

Claro que para los indios no resultó muy beneficioso que les endosaran el judaico linaje. Si ya eran sospechosos por ser «otros» tan diferentes y desconcertantes, el prejuicio antijudío se abatió sobre ellos y no con buenas consecuencias. Finalmente, y para terminar este título, digamos que el padre Joseph de Acosta, autor de la *Historia natural y moral de las Indias*, impresa en Sevilla en 1590, tachó de falsa «la opinión de muchos que afirman venir los indios del linaje de los judíos». El aserto de Acosta no evitó que hasta mediados del siglo XVIII, los indios, en la opinión de muchos, continuaran siendo los vástagos remotos de los perseguidos por Salmanasar.

Mientras unos idealizaban a los indios, encomenderos y funcionarios los consideraban de modo muy distinto: eran simples bestias de trabajar y tributar. Xilografía de 1497.





MISIONEROS EN ACCION

La reforma que iría a influir directamente la misión de los hermanos menores en México es obra de fray Juan de Guadalupe, cuyo sueño más preciado -- el de no pocos de sus hermanos -- era el de un retorno a las más puras fuentes franciscanas. Fray Juan funda la custodia de San Gabriel de Extremadura, de donde salen los «doce» que parten a evangelizar la Nueva España. Es notable la coincidencia entre la vocación americanista de la custodia y el apasionado interés de sus miembros por una radicalización de las interpretaciones surgidas del milenarismo. De la conversión de los indios dependía la realización de las profecías del Apocalipsis. Comenzarán los bautismos masivos. Entretanto, debe decirse que el prior de la misión de México, fray Martín de Valencia, como el posteriormente famoso entre los indios fray Toribio de Motolinia, viven el nacimiento de su misión espiritual en el contexto del milenarismo español de comienzos del siglo XVI.

Un grupo de indios en plena tarea de fundición de metales. Atrás un grupo de animales transporta una carga hacia el lugar de los trabajos. Imagen de Montanus de 1671.

La monja dominicana sor María de Santo Domingo, más conocida --y citada por nosotros-- como «la Beata del Barco y de Piedrahita», será figura clave en la vocación y la vida de Valencia y Motolinia. Desde 1508 comienza a profetizar la próxima reforma de la Iglesia. Los franciscanos se sienten llamados a desempeñar un papel principal, o acaso protagónico, en los acontecimientos que se avecinan. El propio ministro general de la orden, fray Francisco de los Angeles, que es quien envía a los doce a México, es elegido dentro del grupo milenarista.

Ya en México, entre 1524 y 1531 los misioneros bautizan a más de un millón de nativos. Fray Martín de Valencia le escribe al emperador, el 17 de noviembre de 1532, diciendo que él, personalmente, había bautizado, desde 1524, a más de 120.000 personas. Fray Pedro de Gante sostiene, en otra misiva, del 27 de junio de 1529, que el conjunto de los misioneros bautizaba a razón de 140.000 por día. Y Motolinia explica que los bautismos son la obra de 60 sacerdotes franciscanos, y agrega (en 1536) «que los otros sacerdotes pocos se han dado a bautizar aunque han bautizado algunos». Motolinia habla de 100.000 bautizados por sacerdote, o más que eso, «porque algunos

hay de doscientos mil y a ciento cincuenta mil [...]. Fray Toribio suma los números y llega a «cerca de cinco millones».

Más allá de que los números correspondan a la estricta realidad, lo evidente es el furor bautizador de los franciscanos, que contrasta con la parsimonia de otras órdenes. La certeza de que el fin de los tiempos asomaba en el horizonte actuará como formidable incentivo: no había tiempo que perder.

Por su parte, Vasco de Quiroga, obispo de Michoacán a partir de 1537, y buen conocedor de las profecías joaquinatas, tratará de materializar la utopía formulada por Tomás Moro, y eso a pocos años (1516) de haber sido publicada por primera vez en Lovaina. Para Vasco de Quiroga, el Nuevo Mundo era nuevo no porque se lo acabara de encontrar, «sino porque es en gentes y cuasi en todo como fue aquel en la edad primera y de oro, que ya por nuestra malicia y gran codicia de nuestra nación a venido a ser de hierro y peor».

El Nuevo Mundo traía novedad por el carácter y naturaleza de sus gentes, no castigado por el pecado adamita o, en todo caso, menos castigado. Motolinia, a su vez, está convencido de que así «como floreció en el principio la Iglesia en oriente, que es principio del mundo, bien así ahora en el fin de los siglos ha de florecer en occidente, que es fin del mundo». El nombre de «Nueva España» dado a México asume connotaciones mayúsculas si se lo considera a la luz de un ideario que ubica en esa tierra la salvación de la Iglesia y el cumplimiento de la gran misión previa a los tiempos finales.

Nuestro ya conocido Mendieta, bien estudiado por Phelan, cree apasionadamente que los frailes franciscanos y los indios pueden crear juntos la más perfecta forma de cristiandad practicada hasta entonces sobre la tierra, y que llevarían a cabo el reino milenarista profetizado en el Apocalipsis de San Juan. Mendieta idealiza a los nativos, o, al decir de Phelan, los «franciscaniza» exaltando su mansedumbre, su resignación y su afición a la pobreza. Ya se sabe que San Francisco y, luego de él, sus seguidores, consideran la avaricia como el peor de los pecados capitales y exaltan la vida de pobreza, que identifican con la Primitiva Iglesia Apostólica anterior al emperador Constantino (311-337). Mendieta y los franciscanos vieron en la pobreza de los nativos el lazo que los unía a ellos y el potencial que ella representaba para la regeneración de la Iglesia.

Fray Juan de Torquemada, en su *Monarquía indiana* publicada en 1615, no vacila en asociar a la «república» mexicana gentilica con la ciudad de Jerusalem. Motolinia está persuadido de que la evangelización de la Nueva España constituye parte —y acaso no pequeña— del plan providencial de Dios. Y el inscribirse dentro de ese plan, él y sus hermanos, debió de inflamarlos de entusiasmo: ¡ejecutores directos de los supremos designios!

Las Casas, el célebre fray Bartolomé, el empecinado y genial defensor de los indios, fraile dominicano, compartió con los franciscanos joaquinatas la conciencia de estar viviendo la última edad del mundo. Bataillon, gran estudioso de Las Casas, anota que se le atribuye con verosimilitud la creencia en ciertas profecías que anunciaban el próximo fin de la cristiandad europea, destinada a ser aplastada por los turcos y, por lo tanto, imperiosamente necesitada de emigrar al Nuevo Mundo, cuya novedad, una vez más, no reside en su relativamente reciente descubrimiento. Por lo demás, ya se sabe que para Las Casas la «barbarie» indígena gana ampliamente de la «civilización» europea.

También el Perú conoció episodios que se entroncan con el imaginario que anima a los franciscanos, y a otros que no lo son, en México. El dominicano fray Francisco de la Cruz, condenado por la inquisición de Lima en 1578, profetiza la destrucción de la cristiandad europea y su tralación/restauración en el Perú, donde él, fray Francisco, deberá reinar como papa y monarca de una sociedad ideal milenarista. En ella habrán de convivir pacíficamente los lobos —los conquistadores— y las ovejas —los nativos—, considerados éstos como descendientes del pueblo de Israel. Joaquinata convicto, el dominicano asevera ser descendiente del rey David (ya se vio: nombre prestigioso como el que más), en tanto que Felipe II es identificado con Saúl, rey tirano. Fray Francisco anunciaba que su hijo —que no se había privado de tenerlo— sería el nuevo Salomón que reinaría sobre todas las Indias.

Recepción de Cristóbal Colón por Isabel y Fernando el Católico según obra realizada en 1860 por el pintor francés de temas históricos Eugène Devéria.



NUEVO MUNDO Y REDENCION

Las ansias por un mundo mejor encuentran su esperanza en las profecías y en su interpretación. Una Europa del 1500 acosada por mil angustias, una cristiandad trabajada por profundas disconformidades interiores a ella, un horizonte opaco, constituyen el ámbito donde rebeldías y congojas buscan los signos de una redención, de un tiempo que, si bien situado en el futuro, pueda tal vez reeditar una antigua edad de oro. Futuro y pasado pueden encontrarse, pero el futuro —el milenio— deberá hallar en el Nuevo Mundo su hogar privilegiado. Así lo piensan los franciscanos, así lo creen hombres de otras órdenes religiosas, así lo ansían, seguramente, hombres para los cuales el Viejo Mundo está definitivamente condenado.

América aparece como la posibilidad de comenzar de nuevo, de retomar las virtudes tenidas como las primordiales del cristianismo. El indio puede ser visto como el «buen salvaje», como el descendiente de las diez tribus perdidas, como el manso que vive en la pobreza y se conforma con ella. El indio es idealizado en el mismo momento en que para los encomenderos y para los funcionarios de la corona es apenas una bestia de trabajar y tributar. Europa dista de ser una unanimidad. Y al par que produce el feroz explotador de la sangre nativa americana, produce al «otro» europeo, el que descubre la posibilidad del Paraíso o siquiera de una vida menos conturbada. Pierde el relato histórico gran parte de su substancia si ignora lo que bulle en la cabeza de los protagonistas, si se empeña en desconocer lo que Colón piensa

de sí mismo, y lo que piensan otros a quienes un horizonte mítico-escatológico mueve a acciones que podrán parecer sorprendentes, y acaso lo sean, pero son en todo caso más inteligibles en sus motivaciones profundas cuando ingresamos en el universo de lo imaginario, que se suma, qué duda cabe, al afán de riqueza, de honores y, si es posible, de glorias.

Ya sea que los mitos hayan tenido algún asidero en lo real o no lo hayan tenido en absoluto, lo que importa es la fe depositada en ellos. Creer poderosamente en algo, así sea pura ilusión, lleva a mover montañas. Y de esas acciones se va urdiendo la historia, porque, aunque guiadas por un objetivo que nunca habrá de realizarse, producen efectos, resultados inesperados, consecuencias insólitas. El tejido de la historia es tan imprevisible como imprevisibles son las representaciones que se forjan los hombres y las metas que de ellas se siguen.

El mito traspasa las edades, se prolonga en tiempos diferentes. Los de origen bíblico tienen una impresionante permanencia, favorecidos, claro está, por una civilización fundada en el cristianismo. Pero los hay de otros orígenes (asiáticos, africanos), que penetran en la cristiandad y se enraizan en ella. Los hay también que vienen del fondo de los tiempos, antes de todo registro escrito. Y todos ellos, vengan de donde vengan y olvidados sus orígenes, se constituyen en una suerte de patrimonio de pueblos que, sin haberlos generado, no por eso dejan de adoptarlos. En las visiones de los hombres que desembarcan en el Nuevo Mundo para hacerlo suyo hay imágenes que datan de épocas diferentes; imágenes que conviven dentro de un universo imaginario que es el único que tienen los hombres para explicarse el mundo en que viven, para guiarse en sus misterios, para lanzarse a la aventura. Aquellos hombres marcharon detrás de sus visiones.

DARCY RIBEIRO: MIRADA AL FUTURO

El antropólogo brasileño Darcy Ribeiro también se ha preguntado qué actitud asumir frente a los 500 años. Describe las diversas posturas: «*algazara*» de los que quieren celebrar a toda costa; llanto y queja de los que sólo ponen atención en «el genocidio y etnocidio de la conquista», y concluye que ambas son propuestas «nostálgicas». Y da su opinión: «Los latinoamericanos no podemos entrar en esta danza de glorias y reminiscencias macabras. Aquellos horrores fueron los dolores del parto del que nacimos. Lo que merece tenerse en cuenta no es sólo la sangre derramada, sino la criatura que allí

se generó y cobró vida [...]. Somos el pueblo latinoamericano, parcela mayor de la latinidad, que se prepara para realizar sus potencialidades. Una latinidad renovada y mejorada, revestida de carnes indias y negras, heredera de la sabiduría de vivir de los pueblos de la floresta y del páramo, de las altitudes andinas y de los mares del sur» («El pueblo latinoamericano», en *Concilium*, revista internacional de teología, número 232, Ediciones Cristiandad, Madrid, noviembre de 1990).

IGNACIO PALACIOS VIDELA

Notistoria

AMÉRICA 92



16 a 28 de agosto

Universidade de São Paulo

América 92: RAICES Y TRAYECTORIA

Desde el 16 al 20 de agosto se realizó en San Pablo el Congreso Internacional de América 92: raíces y trayectorias.

Organizado por la Universidad de San Pablo (USP), estuvo prolijamente atendido en lo que concierne a los asuntos administrativos: inscripción, recepción de las delegaciones, trámites y certificados.

Si bien contó con participantes de todo el mundo (Francia, España, Italia, Bulgaria, Rumania, Israel, Sri Lanka, etc.), obviamente Brasil fue el país mejor representado en cuanto a la cantidad de expositores. Las otras dos delegaciones numerosas fueron México (estuvieron presentes Leopoldo Zea, el argentino J.C. Grosso e investigadores de distintas universidades mexicanas) y la Argentina, con representantes de las universidades nacionales como Buenos Aires (Romero, Chiaramonte y Ansaldi, entre otros), Córdoba (Guillermo Beato, Eduardo Bajo y otros), La Pampa y Mar del Plata.

La inauguración se realizó en el suntuoso auditorio de El Memorial de América Latina, contó con la presencia de todas las autoridades paulistas, y la presentación estuvo a cargo de la presidenta del congreso, Anita Waingort Novinsky, quien en sus palabras iniciales («Mensaje para América»), sintetizó todos los temas a los que se refirieron posterior-

mente las ponencias: América latina es un todo, signada por un histórico retroceso, descubierta y colonizada por España y Portugal; de ahí se deduce la importancia de la realización del congreso en Brasil, como país integrante de un mismo proyecto americano de conquista que muchas veces es excluido o disimulado en los análisis latinoamericanos. Se refirió después a los grandes «pecados» de los conquistadores: la «obra» del Santo Oficio, la expulsión de los judíos (como minoría excluida) y la destrucción del «otro» (concretamente, la cultura indígena). Finalmente, propuso como mensaje la necesidad de salvar al hombre en su totalidad, sin los mitos de raza pura que actualmente fomentan los grupos neonazis. Los días subsiguientes, el congreso se desarrolló en la USP. Estuvo dividido en conferencias generales y en cinco secciones. Hubo una conferencia sobre cada uno de los grandes temas: I. El encuentro de los dos mundos (América y Europa); II. La expulsión de los judíos en 1492; III. La ciencia árabe y la modernidad; IV. La situación de la mujer hoy, y V. El imaginario europeo y americano.

A su vez, las secciones fueron: 1) General, 2) Judaica, 3) Historia de la ciencia, 4) Lengua, literatura y arte, y 5) Arqueología. Cada sección se subdividió en mesas redondas. Al respecto, debemos decir que no

siempre los trabajos coincidían en las temáticas, por lo cual hubo mesas donde no fue posible sacar una conclusión, ya que se mezclaron trabajos de índole muy diversa. Tampoco hubo una selección previa de calidad de los trabajos, si bien se recibieron las ponencias con un mes de anticipación. Esto garantizó, por un lado, que se pudiera presentar mucha gente y sin exclusiones; pero, por otro lado, la calidad quedó muchas veces afectada. Sobre todo teniendo en cuenta la poca posibilidad de discutir las ponencias, dado el corto tiempo asignado a cada reunión: dos horas para cuatro expositores.

La apertura de la convocatoria hizo que se presentaran ponencias muy variadas en asunto y tratamiento. Así, por ejemplo, entre los más concretos y acotados, hubo trabajos interesantes sobre el arte culinario como una prueba más del proceso de integración y unificación mundial; algunos de interés científico sobre la historicidad de la biología o la cartografía «americanas», y los estudios sobre el uso del *portunhol* (mezcla de castellano y portugués) como elemento de intercambio lingüístico-cultural.

Los trabajos más numerosos fueron a) Estudios sobre el problema de la apropiación y utilización racional de la tierra en las distintas regiones de América; b) La Iglesia como factor central en la dinámica sociocultural del continente americano, independientemente de los juicios de valor acerca de la obra evangelizadora; c) La problemática de la mujer abordada desde los diversos ángulos de la sociología y la antropología (desde el sexo-género hasta el secreto, pasando por el delito) e interesantes estudios deducidos de las relaciones de parentesco; d) La inmigración también fue tratada desde diversos puntos de vista: algunos más originales, apuntando a América como continente de la esperanza para los desclasados europeos, otros más clásicos y puntuales sobre la

adaptación de las distintas corrientes inmigratorias a América y sus aportes: japoneses, italianos, gitanos, chinos, armenios, judíos, etc., hechos con rigor científico algunos, y otros como simple narración reafirmante de un ancestro.

Reflejo también de las corrientes actuales de la historiografía, hubo muchos trabajos analizando la relación entre la literatura (nacional o regional) y la sociedad, y sobre el discurso como elemento constitutivo de la configuración de la identidad de los pueblos.

Una serie de trabajos analizaron el espacio geográfico americano y su relación con sus pobladores, algunos con la idea de que América debe ser redescubierta, puesto que hay zonas indias que todavía no han entrado en contacto con el hombre blanco (descubridor-conquistador).

Pero el tema más importante fue América como totalidad, no sólo en el momento del descubrimiento, sino después de 500 años, donde las esperanzas no se han desvanecido del todo y se multiplican los llamados a la «integración» como única vía para poder hacer frente al proyecto neoconservador actual que rige para toda América latina, o como continente llamado a producir libertadores, diría Zea, ya que América es tierra de encuentro de razas y culturas desplazadas de diversas partes del mundo: Europa, Asia y Africa, que integradas a la cultura americana sólo puede dar una raza de razas, una cultura de culturas. En ese sentido, el mensaje de América 92, planteado en la conferencia final por Leopoldo Zea, parece alentador: el supuesto vacío americano (que pensaba llenar Europa) será colmado, poco a poco, por las diversas y múltiples expresiones del hombre. Ni América ni la historia están agotadas, sino que, por el contrario, hoy es posible el Encuentro.

ELIANA DE ARRASCAETA

SOBRE HISTORIA RIOPLATENSE EN EL PERIODO HISPANICO

Entre el 18 y el 21 de noviembre se desarrollarán en Buenos Aires y Colonia las Jornadas sobre Historia Rioplatense en el Periodo Hispánico. Las mismas se realizan en adhesión al Quinto Centenario, y están organizadas por la Sociedad Argentina de Historiadores, la Academia Argentina de la Historia, el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, el Instituto Histórico del Río de la Plata y el Instituto Argentino-Uruguayo. Por período hispánico los organizadores entienden «al que se extiende desde el descubrimiento del Río de la Plata hasta la instalación de los primeros gobiernos patrios». Las inscripciones se reciben hasta el 15 de noviembre próximo. La comisión que organiza estas jornadas funciona en la calle 61 número 662 de la ciudad de La Plata (código 1900) y teléfono (021) 51-5233. En Uruguay, en la calle Convención 1366, tercer piso, Montevideo, teléfono 91-1087.

SOBRE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES EN LA UNIVERSIDAD DE JUJUY

La Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy anuncia la realización de las Terceras Jornadas Regionales de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales.

El encuentro tendrá lugar en la capital jujeña entre el 28 y el 30 de octubre próximo. Podrán presentarse trabajos sobre un amplio temario, los que no podrán exceder las treinta páginas tamaño carta a doble espacio. Los textos completos se reciben hasta el 15 de octubre. Los resúmenes deben enviarse por duplicado con los datos del autor, el tema abordado, la institución a la que pertenece.

Para participar como expositor es necesario estar inscripto en las jornadas y haber enviado un trabajo. Mayores informes pueden solicitarse a la universidad, sita en la calle Otero 262 (4600) San Salvador de Jujuy, o llamando a los teléfonos (0882) 29171, 29173 y 25618.

LECTORES AMIGOS

SEÑOR DIRECTOR: LEYENDA ROSA



Señor director:

En los umbrales de la conmemoración de los 500 años del descubrimiento de América, los extremos del dilema *América india* o *América hispana* parecen ser los ejes del debate que, sobre el acontecimiento, se viene dando en diversos ámbitos. En algunos sitios con mayor virulencia que en otros, sectores intelectuales, políticos, artísticos, se dan a la tarea de cuestionar la celebración de la gesta de Colón a la luz de las consecuencias inmediatas que tuvieron la conquista y colonización del continente. Dicha postura (por demás extrema) lleva a quienes se sitúan en las antípodas ideológicas de aquéllos a ensalzar desmesuradamente todas y cada una de las instancias que se abrieron a partir del 12 de octubre de 1492. Es así que unos y otros nos plantean *la leyenda negra* y *la leyenda rosa* del proceso de descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. Por haber transcurrido tiempo más que prudencial desde entonces a la fecha, es que podemos realizar un análisis desapasionado y objetivo del hecho histórico en sí y de sus consecuencias.

Más allá del acontecimiento histórico que protagonizó, se sabe que Cristóbal Colón demostró una ambición y unas pretensiones desmesuradas con relación a los nuevos dominios que había aportado a la Corona de Castilla. Pese a ello, y a las graves consecuencias que llegó a tener para su persona, en razón de tratarse de un hombre como cualquiera, con virtudes y defectos, es merecedor del tributo de toda la civilización por su empresa en sí, y no por los aspectos más subjetivos de su personalidad.

Así también resulta ser con los conquistadores y adelantados a los que, a fuer de ser sinceros, hemos de reconocer coraje y valentía de los que no abundan actualmente. Es que estos hombres rudos y toscos, ilusionados con el poder y la riqueza, emprendieron proyectos memorables recorriendo trayectos impensables para nosotros en la actualidad, atravesando ríos desconocidos, selvas misteriosas, desiertos inhóspitos, dando a las generaciones posteriores el dominio de tierras y parajes propios de leyendas. Es cierto que se cometieron atrocidades enormes con los aborígenes de distintos lugares. Pero ¿no era ésa la historia del hombre? Cada conquista del ser humano, ¿no llevaba implícita también muchas veces una injusticia? Pero no nos olvidemos que las comunidades indígenas tenían también un pasado, una cultura, y tenían además sus manos manchadas de sangre como todas las civilizaciones de la historia. Es conocido que al llegar Francisco Pizarro al Perú, el inca Atahualpa acababa de librar una guerra

contra su propio hermano, en sangrienta disputa por el trono del Imperio incaico. Tampoco es un secreto que muchas comunidades aborígenes eran conquistadas, esclavizadas o exterminadas por otros indígenas. Entonces, ¿podemos asombrarnos por el uso de la fuerza empleada por los conquistadores frente al indígena, cuando éstos mismos eran cultores de la violencia?

¿Y la Iglesia? La Iglesia debía necesariamente acompañar el proyecto conquistador encarado por la Corona para garantizar que las tierras incorporadas también serían tributarias del Único Dios. ¿Que hubo malos curas entre los que llegaron a los confines? Seguramente los hubo. Pero ello no empañó la magnífica misión evangelizadora de las comunidades autóctonas, que no solamente recibían instrucción religiosa sino que aprendían escritura, música y diversos oficios, con lo cual se enriquecía el patrimonio cultural de esos pueblos. Ello fue admirablemente retratado, con bastante objetividad y veracidad histórica, en la película *La misión*.

Plantearse el dilema entre una *América india* (que no precisaba la presencia del español, pues era una civilización perfecta, inmejorable) y una *América hispana* (que trajo del Viejo Continente todo lo bueno y maravilloso de su cultura y extirpó de estas tierras todo lo nefasto e inhumano), es egoísta para con ambos protagonistas de la historia americana.

Acaso sería más justo referirse a la *América migrante*, un continente formado en base al aporte de diversos pueblos que, experimentando el desarraigo, dejaron sus lugares de origen para explorar lugares lejanos y fijar en ellos su asentamiento definitivo. Es lógico reconocer como migrante al conquistador español; que llegó aquí con sueños de poder, de riqueza, de progreso, pero sueños en definitiva legítimos. Para ello llegaron a renunciar a sus posesiones en la península para costear sus viajes y los gastos originados en el establecimiento en este continente desconocido. Aquí se establecieron, algunos de manera transitoria, la mayoría de manera definitiva, constituyendo nuevas relaciones con los indígenas, dando origen al mestizaje que constituirá la base de la civilización americana. En cuanto a los aborígenes, creemos que también resulta correcto identificarlos como migrantes, considerando que experimentaban la vida ambulante (similitud con la migración interna) en algunos casos debido a su propia cultura o modo de vida; en otros, fundamentalmente debido a los enfrentamientos y guerras entre diversos pueblos. Ello motivó que hicieran abandono de sus asentamientos primitivos y partieran en busca de nuevas tierras donde fijar su residencia y establecer su cultura.

El conquistador español, el indio, ambos aportaron elementos esenciales para la constitución de esta América que hoy tenemos. Ellos, y más tarde el inmigrante, fueron las piezas esenciales para forjar la tradición cultural y racial del Nuevo Continente, la tierra de la esperanza.

DIEGO A. BAROVERO



REUNION CUMBRE

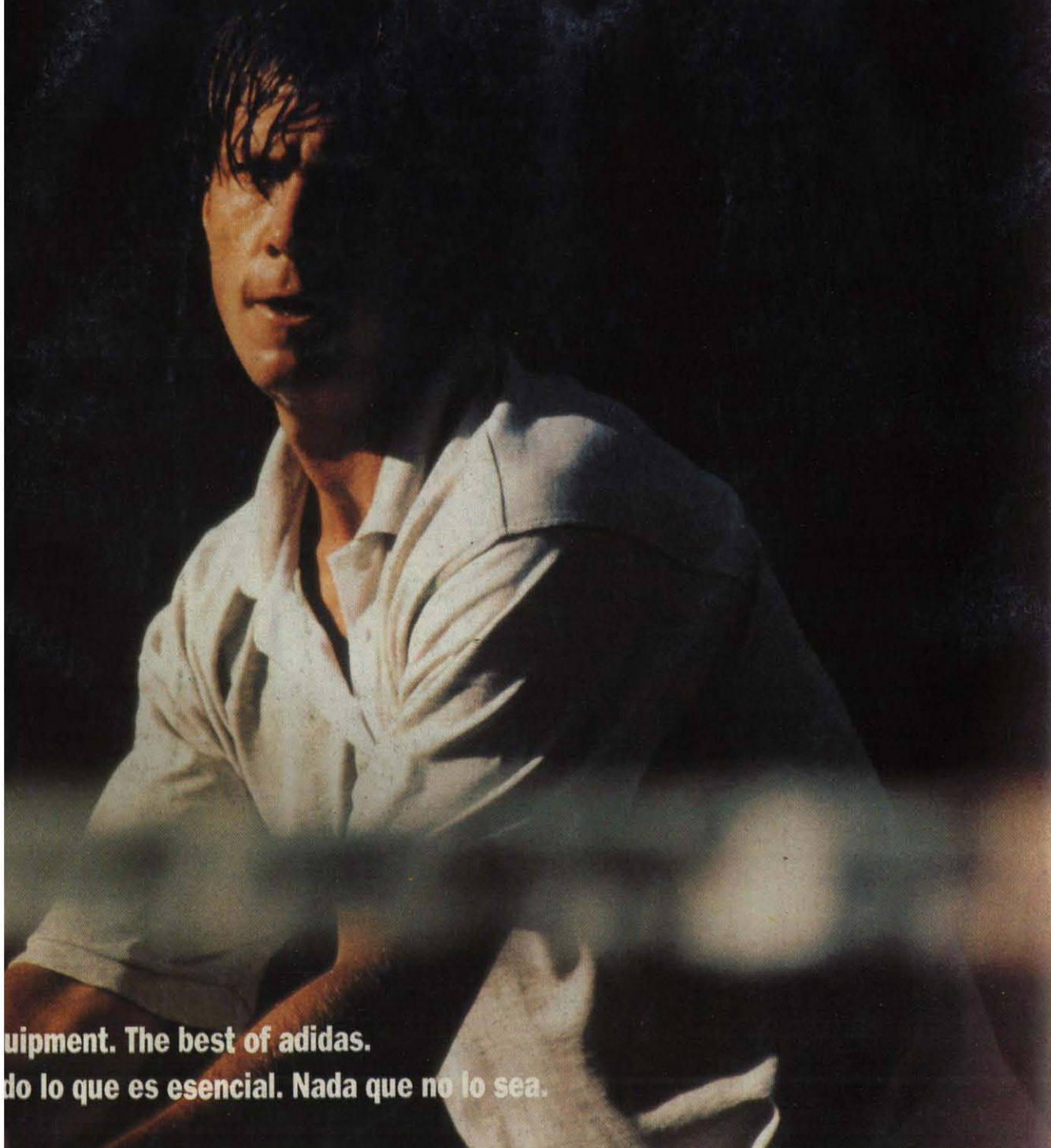
*Qualitas, Visa y Banco Shaw
se reúnen para brindarle un
servicio único y exclusivo.*

*Una sola tarjeta con los
servicios de Qualitas, los
beneficios de Visa y el sólido
respaldo de Banco Shaw.*

*Sea parte de esta
reunión que cambiará
la historia de la
medicina privada.*



Tennis Equipment.



Equipment. The best of adidas.
Hacer lo que es esencial. Nada que no lo sea.



Tennis Hard Court

Tennis Clay Court

